

56

BIBLIOTECA AUTÓNOMA DE NUEVA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

DE ELIOTT

SANCHEZ

SERMONES  
VARIOS

BX1756

S2

VON  
C. I.

135782

2!

*José Angel Benavides.*



1080046342



E#2-6#113



SERMONES VARIOS.

TOMO IV.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

38129





# SERMONES

VARIOS

PANEGÍRICOS Y MORALES.

SU AUTOR

*El P. Fr. Sebastian Sanchez Sobrino,  
lector dos veces jubilado, padre ho-  
norario de provincia, calificador del  
santo Oficio &c., morador en el con-  
vento de S. Antonio Abad de Granada  
de la tercera Orden de penitencia de  
N. S. P. S. Francisco.*

TOMO IV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

*Con las licencias necesarias.*

Madrid: Por D. Julian Viana Razola.

Año de 1828.



BX.1756

52.

V. #



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
 DEL ESTADO DE NUEVO LEON  
 AÑO DE 1986

135782



SERMON  
 DE SAN MATÍAS,

predicado en accion de gracias por haber conseguido del Señor saliese con vida del inminente peligro de la expedicion de Argél un caballero militar devoto suyo, ministro en el dia de Estado.

*Tu Domine, qui corda nosti omnium, ostende quem elegeris ex his duobus, unum accipere, locum ministerii hujus et Apostolatus, de quo prævaricatus est Judas. Act. 1.*

¡Qué feliz éxito el de aquellos negocios que se encomiendan al Señor! ¡y qué loable gratitud la de aquellas personas que rinden á Dios el debido homenaje por la buena expedicion de

BX.1756

52.

V. #



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
 DEL ESTADO DE NUEVO LEON  
 AÑO DE 1986

135782



SERMON  
 DE SAN MATÍAS,

predicado en accion de gracias por haber conseguido del Señor saliese con vida del inminente peligro de la expedicion de Argél un caballero militar devoto suyo, ministro en el dia de Estado.

*Tu Domine, qui corda nosti omnium, ostende quem elegeris ex his duobus, unum accipere, locum ministerii hujus et Apostolatus, de quo prævaricatus est Judas. Act. 1.*

¡Qué feliz éxito el de aquellos negocios que se encomiendan al Señor! ¡y qué loable gratitud la de aquellas personas que rinden á Dios el debido homenaje por la buena expedicion de



sus asuntos! Este es el espíritu de nuestra moral en materia de negocios árdüos, acreditado por las circunstancias, y objeto de esta festividad. Una solemne acción de gracias al Señor, que se ha dignado sacar de un inminente peligro de muerte á un caballero militar, por la intercesión de S. Matías, hé aquí el asunto de este magestuoso aparato, su objeto y su motivo. El suceso por sí mismo nos hace sensible cuánto agrada al Señor nuestra confianza en su divina providencia, y cuánto nos debemos prometer, confiando sin reserva nuestros asuntos á Dios, en cuya mano está la balanza, el órden, la armonía, la prosperidad y el acierto; y sin cuya dirección y beneplácito todo es temeridad, incertidumbre y desconcierto criminal.

Verdad irrefragable que acredita la elección de S. Matías, recomendada á Dios por los apóstoles. Vos, Señor, dixeron estos en ocasión de dar sucesor á Judas, vos que conoceis los corazones

de los hombres, manifestad cuál de estos dos quereis ocupe el lugar del apostolado, vacante por la prevaricación de Judas. Asi oraban despues de haber exâminado los grandes méritos y bellas calidades de Josef, denominado el *Justo*, y de Matías, sin atreverse á decidir por sí solos, temerosos de errar en un asunto de la mayor consideracion y consecuencia, y altamente persuadidos á que el yerro en materia de elección de estado rara vez es leve, y casi siempre irreparable.

Dios en efecto prescribe á cada uno su destino, con la gracia y luces correspondientes al cumplimiento de sus deberes. Si resistimos esta ordenacion, ó adoptada, no llenamos sus obligaciones, nos exponemos al abandono ó substraccion de sus auxilios en el negocio mas árdüo y decisivo de nuestra eterna salud, ora sea abrazado por nuestro mero capricho, y contra el beneplácito de Dios, ora mal desempe-



ñado por desidia y negligencia nuestra; en cuya hipótesis es casi inevitable nuestra ruina.

Si yo consigo pues infundiros horror á tantos males, y descubriros su preservativo, he tratado dignamente la causa de Dios y la de vuestros principales intereses. Uno y otro me es fácil con solo reflexionar sobre la elección de S. Matías. Si adoptamos las precauciones que en la ocasión tomaron los apóstoles, evitaremos las funestas consecuencias que acompañan de ordinario al error en materia de estado; y si imitamos la conducta del apóstol, haremos cierta y perfecta nuestra elección. Hé aquí la materia, que por mayor claridad divido en dos reflexiones. En la primera os mostraré con el exemplo de los apóstoles en nuestro caso los medios que prescribe la prudencia cristiana para el acierto de la elección de estado. En la segunda con el exemplo de S. Matías os manifestaré el modo de cum-

plir los deberes de nuestra vocacion. Si el asunto no es delicado, es á lo menos digno de esta cátedra, del objeto, y de vuestra atención, por las grandes verdades que encierra. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María santísima. Saludémosla rendidamente con el ángel. *AVE MARIA.*

*Tu Domine &c.*

**N**ada hay tan funesto, no solo para el particular, sino tambien para la sociedad, como el error en materia de vocacion. El estado, dice un sabio de nuestro siglo, forma en cierto modo un cuerpo organizado, cuya economía no puede subsistir, sin que sus diferentes miembros ocupen el lugar que les corresponde, segun las miras de la Providencia, que prescribe á cada uno su grado y sus funciones. En es-

IO SÉRMONES

ta hipótesi será un cuerpo sano y robusto, cuyas partes colocadas con analogía á sus usos, conservan una entera armonía, se auxilian mutuamente, y miran de acuerdo á la conservacion del todo. Baxo este plan de economía, reinará bien presto en el estado un orden maravilloso, y una profunda paz, que nos haga traer á la memoria aquella edad feliz que imaginaron los poetas.

Desde el cedro hasta el el hisopo; es decir, desde el mas alto monarca hasta el infimo plebeyo, todos concurrirán al bien de la sociedad. El príncipe, obedecido de sus vasallos, observará él mismo las leyes. El ministerio, apoyando las intenciones del soberano, trabajará por su gloria y por la felicidad de los pueblos. No se oirán en los tribunales sino oráculos dictados por la prudencia y por la sabiduría. Las escuelas públicas baxo la direccion de maestros elegidos por el cielo difundirán por todas partes el gusto de las ciencias, y el amor á la vir-

VARIOS. II

tud, informando á un mismo tiempo el talento y las costumbres. El afecto al príncipe y á la patria hará mirar la milicia como una escuela de honor y de sabiduría. El comercio, semejante á los rios caudalosos que inundan las campiñas, llevará por todas partes una feliz abundancia. Las artes útiles proveerán á las necesidades del ciudadano y al ornato del estado, sin llevar entre los particulares este luxo ruinoso que destruye los imperios. Se darán los empleos con respecto al mérito; en una palabra, los talentos y la virtud serán el medio único para la exáltacion.

Por el contrario, dice, si los hombres resisten el orden de la Providencia; si para elegir estado solo toman consejo del capricho, del humor y las pasiones; si las manos hechas para las armas se apoderan del incensario; si manda los exércitos el que debia ser pastor de los pueblos; si los oráculos de justicia se confian á lenguas desti-



nadas al silencio; si son dirigidas las escuelas por maestros capaces solamente de engrosar el vulgo; si almas nacidas para obedecer se apoderan de la autoridad; si las situaciones reservadas al mérito fuesen fruto del oro ó del favor; si hombres nacidos para las artes se elevasen á las funciones del apostolado; si los brazos finalmente destinados al trabajo de la agricultura se entorpecen en el ocio de las ciudades, ó se debilitan sirviendo al luxo y ostentacion de los poderosos; ¿qué podrá resultar sino un trastorno general, un extremo desorden, un horrible caos, una serie infinita de infelicidades y de crímenes? ¿Cuál seria la confusion del cuerpo humano, si sus diferentes miembros quisieran servir á usos contrarios al destino de la naturaleza? ¿No se destruirian mutuamente en vez de concurrir á su conservacion? Lo mismo sucederia al cuerpo político.

Para evitar pues tantos males, efectos legítimos del error en materia de

vocacion, nos propone la iglesia un luminoso exemplo en la eleccion de san Matías. Junto el sacro colegio para dar sucesor á Judas, que con perfidia habia conspirado contra la vida de su Maestro, y apostatado de su ministerio, con grande circunspeccion y celo ponen sus miras sobre los que despues de un maduro exámen hallaron mas dignos del apostolado. Entre los demas discípulos reconocieron el mérito y las ventajas de Josef por sobrenombre el *Justo*, y de Matías. Al exámen de los méritos unieron sus oraciones, y sin atreverse aún á resolver ni decidir por sí mismos, recurren al Todopoderoso, en cuya mano estan las suertes de los hombres, pidiéndole manifieste su beneplácito, mostrándoles cuál de los dos elige para el apostolado. Dios, que no sabe despreciar las súplicas de los humildes, hizo recaer su providencia sobre Matías, y fue por consiguiente asociado á los doce apóstoles. Notable documento que dexaron á la posteridad, pa-

ra que en la eleccion de ministros, ya sea del santuario, ó ya del estado, se consulte la voluntad de Dios, atendiendo al mérito, y olvidando los respetos humanos. Mas para el caso de las suertes, es menester que como el nuestro, se supongan de igual mérito los candidatos, y que no pueda discernirse sobre cuál será mas del agrado de Dios. En otra hipótesi seria una especie de supersticion abominable, y aun tentar con temeridad al Señor, á no ser que por revelacion indicase este medio de manifestar su voluntad; así como los sueños que leemos en los santos profetas no pueden autorizar entre nosotros el uso supersticioso de ellos, si no estan apoyados sobre igual autoridad.

Encierra este hecho en sí mismo un gran fondo de instrucciones cristianas capaces de precaveros de infinitos males que trae consigo el error en materia de eleccion de estado. Reflexemos. Para obviar los apóstoles

róda precipitacion, se dirigen á Dios con oraciones, para enseñarnos que el hombre insuficiente por sí mismo para asegurarse de su vocacion, debe pedir al Señor aquella sabiduría que le pedia Salomon en el principio de su reinado. Dios de mis padres, Dios de misericordias, decia este monarca, dadme esta sabiduría que está sentada cerca de Vos en vuestro trono, y no me arrojéis del número de vuestros hijos; enviadmela desde vuestro santuario, á fin de que ella esté y trabaje conmigo, y que yo sepa lo que os es agradable. ¿Por qué no dirémos con David: enseñadme, Señor, el camino que debo seguir? ¿Por qué no dirémos con S. Pablo: Señor, qué queréis que haga? ¿Por qué no dirémos con el mismo Hijo de Dios: hágase, Padre mio, tu voluntad y no la mia? ¿Por qué no dirémos en fin con la iglesia en la eleccion de S. Matias: mostradnos, Señor, cuál os agrada de estos dos?

Pero, ¡ó mi Dios! ¿quiénes son los



que os consultan sobre la eleccion de estado? ¿Quiénes los que á este fin multiplican sus oraciones? ¿Qué sacrificios, qué abstinencias, qué limosnas, qué obras de piedad hemos consagrado al Señor para que nos inspire su beneplácito? ¿No es el acaso, el respeto humano, la costumbre, la avaricia ó la ambicion el móvil de nuestras vocaciones? ¿Se consulta otra sabiduría que la de la carne y sangre?

De aqui proviene que pidiendo nuestra vocacion al estado tanta deliberacion, ó no se delibera, ó se delibera mal. Ni se exâminan los talentos, ni se reflexan las obligaciones, ni se atiende á las consecuencias. El corazon sirve de guía al espíritu. El avariento, el sensual, el ambicioso, el cruel deciden sin titubear que su felicidad consiste en la opulencia, en los placeres, en la exáltacion, en la inhumanidad. De aqui el trastorno y la ruina del estado y del santuario. Por haber errado la vocacion, uno des-

acredita el comercio, otro deshonra su familia, éste escandaliza al pueblo, aquel da al público un extraña escena, que colocados en su lugar debido serian acaso honor de los tribunales, exemplo de una comunidad, y felicidad de su patria. Al ver en efecto á muchos colocados en empleos á que no los destinó la Providencia, convendria decirles lo que el Señor á Sobna por boca de Isaías: ¿qué haces aqui, ó quién eres tú? tú has tomado un vuelo que yo no queria darte: yo te haré caer precipitado sobre una piedra; desde mi templo serás transportado á una tierra extraña, y tu pretendida grandeza te servirá de verdadera confusion.

En materia de tanto peso cual es la vocacion de estado, no basta el propio dictâmen, se necesita de sano consejo. Moisés trataba con Dios familiarmente, y fue no obstante necesario le dirigiese su suegro Jetro. Samuel, llamado é instruido por el Señor, consulta sin embargo al gran sacerdote Helí. Los Ma-

gos conducidos por una milagrosa estrella, consultan no obstante á los doctores de la ley sobre el lugar del nacimiento de nuestro Redentor. El mismo Príncipe de los apóstoles consulta al sacro colegio para dar sucesor á Judas. Es pues indispensable tomar sano consejo para abrazar un estado. Sano consejo he dicho, porque como reflexiona un sabio, hay aun Balanes en el mundo, que solamente pretenden perder al pueblo de Dios; hay Jonadaes que no tienen otro empleo que lisonjear la pasión de los Amnones; hay Aquitofeles que conducen á los crímenes mas vergonzosos á nuevos Absalones; hay Atalias que empeñan á nuevos Ocozias en las mas crueles impiedades; ni faltan Artaxerxes que se opongan al edificio del Templo..... Abundan padres insensatos que pretenden confiar la administracion de la iglesia á aquellos mismos hijos que creyeron indignos de la sucesion de sus bienes. ¿Cuántos Danes y Abiro-

nes, cuántos hijos de Aaron, cuántos de Heli, cuántos nuevos Heliodoros no habria menos en el santuario, si se adoptasen los medios de que se valieron los apóstoles para la eleccion de san Matias?

II. Ni nos debemos contentar con que nuestra vocacion sea de Dios, ¿De qué hubiera en efecto servido á nuestro apóstol saber que su vocacion era del cielo, si no la hubiese hecho cierta por su fidelidad? Saul, á quien Dios eligió por rey de su pueblo para que le dirigiese y pelease sus batallas, fue en lo sucesivo reprobado. Salomon, dotado de sabiduría y restablecido de órden del cielo sobre el trono de Israel, por su amor desordenado á las mugeres vino al fin á idolatrar. Joas, educado al pie de los altares y preservado de la muerte por un efecto de la bondad de Dios, que se dignó elevarle al cetro de Judá, degeneró con el tiempo en principe criminal. Judas, para no salir de nuestro caso, ¿no apostató á presencia



de su Maestro, que le habia llamado poco antes y colocado entre sus apóstoles? No es pues la vocacion únicamente, sino la fidelidad á ella, la que forma los héroes en la ley de gracia. Procurad, hermanos, decia el apóstol san Pedro, hacer cierta vuestra eleccion y vocacion por medio de vuestras buenas obras; y S. Gerónimo afirma á este respecto, que para graduar el mérito de un cristiano, no tanto ha de atenderse á los principios como á los fines de su vida.

En nuestro apóstol todo fue precioso. Su vida, regulada por el nivel de la ley de Dios, fue una continua serie de virtudes que abrieron y consumaron la carrera de su apostolado. Llamado por el Señor al ministerio, promovió su honra y gloria, acreditando su doctrina con sus palabras, con su sangre y con su exemplo. S. Clemente Alexandrino afirma por tradicion, que fue uno de los setenta y dos discípulos antes de suceder á Judas; y del mismo

modo de pensar fueron S. Eusebio y san Gerónimo. Lo que sabemos de cierto por los Hechos apostólicos es, que acompañó siempre al Señor desde su bautismo por S. Juan hasta su gloriosa ascension.

Mucho seria de desear que las persecuciones de la iglesia primitiva y el transcurso de los siglos nos hubieran reservado las actas de su apreciable vida y martirio, pues tendríamos sin duda en ellas un luminoso exemplo de fidelidad á su ministerio y de heroica constancia por la fe de Jesucristo. Mas á excepcion de su santidad, autorizada por una irrefragable tradicion, ningun otro monumento seguro nos ha quedado en esta parte, ni podemos con certeza decir si padeció en Etiopia ó en Judea.

Sabemos no obstante, que á poco de su eleccion recibió con los demas apóstoles el Espíritu Santo, y que se aplicó á convertir las naciones. San Clemente Alexandrino dice, que fue singular en recomendar la penitencia

y mortificacion de la carne ; leccion que habia aprendido de Jesucristo , y que practicaba en sí mismo. Los griegos en sus menologias afirman, que en desempeño de su ministerio plantó la fe en la Capadocia y en todas las costas del mar Caspio, y que principalmente residia cerca del puerto de Isso. Pero sea de esto lo que fuere, la incontestable santidad de Matías nos pone en estado de creer que sostuvo dignamente la causa de Dios, y desempeñó con fidelidad las estrechas obligaciones de su apostolado. La maravillosa y rápida extension de su culto por Asia, África y Europa desde los tiempos primitivos, y el piadoso litigio sobre sus reliquias son una prueba auténtica de esta verdad. La Etiopia en efecto, la Judea, la Italia, la Alemania, ó le miran como su apóstol, ó creen venerar sus huesos. Igual pretension tienen los de Praga, los de Colonia, los de Padua y muchos monasterios de la alta Bohemia y de los Países Baxos.

¿ Mas para qué me canso y os molesto? ¿ Qué pudo mover á los basilidianos y á otros hereges de los primeros siglos á fingir el evangelio de san Matías, sino el deseo de difundir el veneno de sus errores á cubierto de la santidad de nuestro apóstol? Aun la pretendida reforma ha dexado en su liturgia por fiesta de precepto á san Matías, con ayuno y vigilia, á imitacion de sus padres cuando eran católicos. Dios arrancó este testimonio de la santidad de su siervo de la boca misma de los enemigos irreconciliables de su religion, como sacó por fuerza de los labios de Balaam las bendiciones de su pueblo; de los de Cayfás la redencion próxima de los hombres; y de los del mismo demonio una confesion abierta de la divinidad de Jesucristo.

Todo conspira á manifestarnos que nuestro santo apóstol, no contento con estar seguro por parte de Dios de su verdadera vocacion al ministerio, se aplicó con fidelidad al desempeño de



sus obligaciones y á multiplicar los talentos que el Señor le habia confiado en depósito. Confusion vergonzosa de nuestra conducta, que ó nos precipitamos en estados á que Dios no nos llama, ó no llenamos sus obligaciones, resistiendo así á su Providencia, ó inutilizando los medios destinados por su sabiduría en órden á nuestra salud y á la edificacion de nuestros hermanos. Por esta via venimos á ser árboles infructuosos, dignos de ser cortados y arrojados al fuego, segun la expresion de la escritura; hombres abominables á los ojos de Dios, y solo acreedores á ser tratados como Moab, como se explica Jeremías.

Amenaza, dice un sabio orador de nuestro siglo, que no solo mira á los temerarios en materia de eleccion de estado, sinó á los que menosprecian cultivar su espíritu para instruccion de los demas; amenaza que mira á los que siendo capaces, no quieren examinar los negocios que traen entre ma-

nos, gastando en placeres el tiempo que deberian emplear en sus obligaciones; amenaza que mira á estos mundanos que andan de círculo en círculo, de visita en visita, y cuya vida no es otra cosa que una cadena prolongada de vicios; amenaza que mira á las personas del otro sexó, que gastando lo mejor del dia en sus tocadores, acomodando los muebles impertinentes de su vanidad, dedican la noche á los espectáculos y al juego ruinoso, al pasatiempo y á concurrencias, donde como carbones se encienden unos á otros en el fuego de la concupiscencia; amenaza en fin que no solo mira á todos aquellos que sin consultar á Dios se empeñan en un estado, sino tambien á todos los que en el desempeño de sus obligaciones pierden de vista el exemplo de S. Matías. Temamos pues, señores, no sea que Dios por sus altos juicios transfiera á otros nuestro episcopado; es decir, las bendiciones y coronas destinadas por su al-

tísima Providencia á nuestros diferentes estados, como trasladó en otro tiempo la bendición de Esaú á Isaac, la corona de Saúl á David, el apostolado de Judas á Matías.

Omnipotente y sempiterno Dios, en cuyas manos no solo estan las suertes, sino los corazones de los hombres, dirigid nuestras luces y nuestras operaciones por las sendas de vuestra justicia, para que arreglando nuestra vocacion á vuestro beneplácito, y llenando con fidelidad nuestras obligaciones, merezcamos ser no solamente llamados, sino tambien escogidos. Esta súplica os hacemos con el mas profundo rendimiento por medio de vuestro gran siervo y apóstol S. Matías, baxo cuya poderosa intercesion os recomendamos asimismo en el dia al generoso jóven que acaba de exponer su vida por el honor de su patria, por la gloria de su soberano, y por el celo de vuestra religion; en cuyo nombre se os consagran estos cultos en accion de gracias y en

reconocimiento á su protector S. Matías por haber conseguido de vuestra beneficencia salir con vida de entre las fauces mismas de la muerte. Premiad, Señor, su celo y su constancia, y despues de una larga vida en empleos honoríficos, dignaos concederle una dichosa muerte y una corona inmortal en vuestro reino. Amen. DIXE.



## SERMON

predicado en el convento de S. Juan de Dios de Granada á los hermanos de la concordia de la *Via Sacra*.

*Habentes itaque, fratres, fiduciam in introitu Sanctorum in Sanguine Christi, quam initiavit nobis viam novam et viventem per velamen, id est, carnem suam. Ad Hebr. c. X. 19. 20.*

Tened, hermanos, confianza de entrar en el santuario por la Sangre de Cristo, por un camino nuevo y de vida, que él nos ha trazado primero por el velo; esto es, por su carne.

Quando salió el primer hombre de las manos de su Criador, aunque formado de miserable barro, era no obstante

como un vaso de honor, que llenaba de delicias al que le habia dado el sér. La justicia original con que fue adornado, el conocimiento de Dios, el amor y submission con que le honraba, la paz interior, la subordinacion de los apetitos á la razon, el derecho incontestable á la felicidad eterna en consecuencia del título de hijo de Dios, que le habia hecho á su imágen y semejanza, eran otros tantos objetos de la complacencia del Señor. Mas habiendo caído por la culpa del esplendor de su primer estado, se convirtió en objeto de cólera y de indignacion, con todos sus descendientes, cómplices infelices de su crimen y de su desgracia. Adán pecador engendró pecadores, y por una funesta sucesion nacemos todos hijos de ira. De aqui el rebelion de las pasiones; de aqui nuestra inclinacion al mal; de aqui el aguijon de la concupiscencia; este enefigo importuno de quien tanto se lamentaba san Pablo, que nos solicita, nos atrae, nos atrastra y nos precipita en el abismo de

la iniquidad. ¡Qué catástrofe tan extraño! El hijo de la luz hijo ya de tinieblas; el heredero del cielo adjudicado á una muerte y á una pena eterna; cerradas para siempre las puertas del paraíso al que le tenia antes por herencia, y convertido en enemigo de Dios su mismo hijo adoptivo y sus delicias.

Pero como el Señor es por su naturaleza la bondad y la misericordia por esencia, por amor al hombre no perdonó á su Unigénito. Envióle al mundo para que tomando nuestra naturaleza se ofreciese en la cruz para merecernos una cumplida y entera remision de todos nuestros pecados, por medio de su preciosísima sangre. Hé aquí el camino nuevo que nos trazó Jesucristo, segun san Pablo, para entrar con confianza en el santuario; camino que se dignó emprender primero para nuestra enseñanza. Bien distante de aquellos fariseos hipócritas, que imponiendo graves preceptos sobre los demas, se desdennan ellos mismos de observarlos, qui-

so ser el primero en abrazar, como único para entrar en el santuario eterno, el camino de la cruz, intimando á sus discípulos que le siguiesen por la misma senda para ser justificados. Si alguno quiere venir en pos de mí, dice por S. Mateo, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame.

Este es, señores, el espíritu que anima á los cofrades de la respetable concordia del santo *Via Crucis*, los cuales por medio de sus ejercicios pretenden declararse abiertamente por discípulos de la cruz de Cristo, única senda para el eterno santuario. Queriendo yo pues apoyar vuestra intencion y rectificar vuestras ideas, os haré ver que el camino del Calvario es el camino único y mas breve para la bienaventuranza: dos reflexiones dignas de esta cátedra, que dividen justamente la materia, y que van á ser el objeto de vuestras atenciones y de mis endeblés conatos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa



intercesion de María santísima. *Ave  
MARIA.*

*Habentes &c.*

**A** pesar de las vanas esperanzas con que se lisonjean los mundanos de obtener finalmente la entrada en el santuario de la eternidad por la senda de los placeres, siempre será verdadero el oráculo del Espíritu Santo, que hablando expresamente de ellos, dice por boca de Job: pasan en delicias sus días, y en un momento descienden á los infiernos. La razon de esto es, porque marchan por un camino que, según Salomon en los proverbios, parece derecho al hombre, y sus postrimerías llevan á la muerte eterna. La única senda pues que derechamente conduce á la bienaventuranza es la de la cruz del Salvador, quien para entrar en su gloria con el

triunfo de Redentor fue menester que padeciese tantas afrentas é ignominias, y que gustase la hiel, como dice Tertuliano, antes que la dulzura del panal; y esta es la senda derecha por donde Dios conduce á los justos. Así, para entrar en el reino del Señor, como afirma S. Pablo, es necesario sea por medio de muchas tribulaciones, y que los que quieren vivir santamente en Jesucristo padezcan persecuciones.

Hé aquí, señores, ideas igualmente sublimes que importantes, y que por mas opuestas que sean á las comodidades y delicias de los mundanos, nunca dexarán de ser ciertas. Mientras durare la verdad de las escrituras, que será eterna como Dios, será asimismo indubitable, que para ser predestinados nos debemos conformar con la adorable imagen de Jesucristo, siguiéndole con la cruz de nuestra tribulacion, é imitándole en sus operaciones.

Yo bien sé que es imposible imitar en Jesucristo las obras de su di-

vinidad y poder. Aspirar á esto seria temerario; y gloriarse vanamente de ello no seria menor impiedad que la de Simon Mago, Tiano, Montano ó Tertuliano. Mas podemos y debemos imitar al Salvador en su obediencia al Padre celestial, en su humildad y paciencia en las mayores tribulaciones, en su conformidad con la voluntad divina, en el desprecio de todo lo terreno, en el amor de Dios y de nuestros hermanos. La práctica de estos actos forma el carácter de los verdaderos discípulos de Jesucristo. Este es el camino de la cruz por donde debemos acompañarle, y esta es la senda única de la bienaventuranza.

Estas verdades os turban, esclavos del placer y de la prosperidad mundana; pero no así á los apóstoles y á los mártires, que fixos en la imagen de Jesucristo miraban como su mayor gloria ser hallados dignos de padecer afrentas en su nombre. De aqui la consternacion y lágrimas de

estos santos solitarios, angustiados, afligidos, errantes por los desiertos, sumergidos en las cavernas de los montes, víctimas ó animados esqueletos de penitencia, de quienes el mundo no era digno, que no aprendian otra gloria sólida que la de padecer afrentas en nombre de Jesucristo, y que se tenian por infelices cuando no sentian la vara de la tribulacion, sabiendo muy bien que para ser aceptos á Dios era necesario que la tentacion los probase, como reveló el ángel á Tobias.

Por mas que nosotros queramos desconocer este language, él será siempre el de las santas escrituras; y la afliccion del justo la mas clara señal de su predileccion; porque la tribulacion, como dice S. Pablo, obra la paciencia, la paciencia la prueba, la prueba la esperanza, y la esperanza no confunde; porque la caridad de Dios será difundida en nuestros corazones por el Espí-



ritu Santo, que se nos ha dado.

Ved pues cuán injustos son vuestros lamentos, idólatras de la prosperidad humana, cuán reprehensible la amargura que manifestais al sentir la vara de la tribulacion con que Dios os visita por un efecto de su misericordia. ¡Ah Señor! Vos que no perdonásteis á vuestro propio Hijo, por solo haber tomado hábito de pecador para redimirnos del pecado, y que siendo la santidad misma é inocente por naturaleza, convino padeciese tanto para entrar en su gloria, ¿dispensaréis por ventura del camino del Calvario; quiero decir, de la tribulacion, á vuestros hijos adoptivos, concebidos en pecado, inclinados á la culpa y cubiertos de miserias? Por el contrario, Vos solo miraréis como verdaderos hijos á los que se conformaren con su exemplar, que es Jesucristo; solo reconoceréis por sus discípulos á los que diariamente tomen su cruz para seguirle con

paciencia, y á estos afligiréis hasta el fondo de su corazon á proporcion que los amais.

¡O santo *Via Crucis*! ¡ó tribulaciones saludables! excluiré aqui con un padre de la iglesia, ¡qué preciosos frutos no habeis producido para el cielo! ¿En qué ocasion, os ruego, dirigieron á Dios sus gemidos Tobías, Susana, Esdras, Daniel y Nehemías? En medio de la tribulacion. ¿En qué ocasion se postra á los pies de los altares la madre de Samuel, con tanto dolor, que la juzga embriagada el sumo sacerdote Helí? En el oprobrio de su esterilidad. ¿En qué tiempo levanta sus ojos al cielo, bañados en lágrimas, aquel judío de Babilonia para implorar el auxilio de los montes eternos? En su mas dura afliccion. ¿En qué estado se hallaba el real Profeta cuando compuso aquellos célebres cánticos, admiracion de todos los siglos y consuelo de los justos oprimidos? En medio de sus

mayores tribulaciones. ¿En qué tiempo, para decirlo de una vez, nos reconcilió Jesucristo con su Padre celestial? En el de la mayor tribulación de su pasión y muerte. ¿No podré yo concluir de aquí que el camino de la cruz ó de la adversidad es el único para la bienaventuranza, y la aflicción del justo la mas clara señal de su predilección?

No por eso imagineis, señores, gradúo igualmente todas las tribulaciones. Es necesario distinguir las que vienen de Dios de las que nosotros nos buscamos. Estas nos hacen ordinariamente criminales, y no habla de ellas el Espíritu Santo cuando promete su asistencia en la aflicción, sacarnos de ella, y despues glorificarnos. Aun las que Dios nos envía pueden considerarse ó como castigo de los malos, ó como estímulo de penitencia para el pecador, ó para mayor exercicio y mérito del justo.

Echad por un momento la vista so-

bre las santas escrituras, y vereis á un Dios enojado, que arma su diestra de furor, y que hace naufragar al género humano en un diluvio universal; le vereis afligir con horribles plagas á un príncipe contumáz, que rehusa obedecer sus órdenes; le vereis arrojar fuego del cielo sobre la infame y nefanda Sodomá y sobre los perseguidores del profeta Elías; vereis salir del santuario llamas abrasadoras para consumir á los que habian encendido en presencia del Señor un fuego profano; vereis abrirse el infierno y absorver vivos á los levitas ambiciosos que murmuraban contra Moysés; vereis hacerse pesada la mano de Dios sobre Saul, Heliodoro, Antíoco, Jezabél, Acab y otros reyes impíos. A todas estas tribulaciones llamo justos castigos de un Dios vengador de su honra y celoso defensor del honor de sus ministros, de su casa y de su gloria.

Pero vereis al mismo tiempo que muchos pecadores por medio de la



afliccion, dexadas las sendas torcidas de su iniquidad, han entrado por las de la justicia, incorporándose con Jesucristo por la gracia. ¿Cuántos no vemos convertidos por la pérdida de un protector, por el trastorno de sus negocios domésticos ó políticos, por medio de una prolixa enfermedad, por la persecucion ó por la pérdida de sus bienes? Ninive floreciente se entrega á los desórdenes del luxo, de la sensualidad, de la gula y demas vicios capitales, y amenazada de su ruina por el profeta Jonatás, se viste de un saco, se cubre de cilicios y de ceniza, y desarma la ira de Dios por su penitencia. Israel en medio de su gloria inciensa á los ídolos de Amnon de Moab, y entre las cadenas de una dura cautividad invoca y da sincero culto al verdadero Dios de sus padres. Manasés y Acab, rebelados contra el Señor entre las delicias y opulencia del trono, le invocan entre las prisiones y adversidades, y reconocen su dominio

supremo. Saulo persigue la iglesia autorizado por su secta; y derribado del caballo y postrado á la voz de Jesucristo en el camino de Damasco, se convierte en vaso de eleccion para llevar su santo Nombre delante de los reyes y naciones del universo. A todas estas y semejantes tribulaciones llamo poderosos estímulos de correccion y de enmienda para el pecador.

Hállanse igualmente justos combatidos de aflicciones en medio de su inocencia, para purificarlos mas y mas, y aumentar su santidad. Job, á quien el mismo Dios no hallaba semejante sobre la tierra, ¿no fue convertido en un momento de la fortuna mas brillante y de la salud mas robusta á una vasta llaga de todo su cuerpo, y de un lecho florido al mas inmundo estercolero? ¿No fueron entregados los mas grandes profetas á la persecucion, al odio, al furor de los pueblos y á la espada de los tiranos? ¿No eran justos Daniel, Susana, Mardoqueo, afligidos

por calumnia hasta el fondo de su corazón? ¿ Los apóstoles, estos hombres de Dios, destinados á solidar el edificio de la iglesia, no fueron abandonados á las mayores ignominias y tormentos? ¿ Pero qué mucho? María santísima nuestra Madre, concebida sin pecado, llena de gracia en su primer instante, y que es de fe no cometió jamás culpa alguna actual, ¿ no padeció mayores tribulaciones que toda pura criatura? ¿ A qué fin, os ruego, estas aflicciones de los justos sobre la tierra? para aumento de sus virtudes, para estímulo de su amor á Dios y de su conformidad con Jesucristo, haciéndoles abrazar su cruz y seguirle con humillacion por este camino, que no solamente es el único, sino el mas breve para la bienaventuranza. Seguidme sin desmayar.

II. Asi como la línea recta tirada entre dos puntos es la mas corta, del mismo modo el santo *Via Crucis* es la senda que hay mas breve para el reino de los cielos. Por grande que

sea la distancia entre estos y la tierra, el camino de la cruz une en un momento estos extremos. Como hablo á cristianos católicos, no necesito detenerme á probar el valor de las indulgencias concedidas por los sumos pontífices á los cofrades de esta venerable concordia en sus santos ejercicios. Baste decir, que siendo muchas de ellas plenarias, en el momento de haber ganado alguna, no solamente quedan en el estado felicísimo de gracia, sino tambien purificados de todas sus culpas veniales y del reato de pena temporal que correspondia á sus delitos. De suerte que si muriesen en aquel instante, ó sin haber cometido nuevo defecto, luego al punto entrarían á gozar de Dios eternamente. Toda la dificultad consiste en prepararse bien para obtener una indulgencia plenaria; es decir, por medio de una verdadera penitencia; mas una vez conseguida, se logra el indulto de una plena remision,



Tan breve es el camino desde el Calvario al cielo.

Pero hagamos ya tránsito desde el *Via Crucis* material al espiritual; esto es, de los ejercicios de la *Via Sacra* á los de un espíritu que sufre la tribulacion de Jesucristo, y que dignamente le sigue con su cruz. Este va por un camino que le conduce muy en breve á la eterna felicidad. S. Bernardo le llama atajo, porque por él se llega en un momento. Desde el patíbulo de la cruz, dice S. Pedro Damiano, hay solo un breve tránsito al reino de Dios.

Venid, dicen los impíos, venid pues y gocemos de los bienes presentes, usemos de las cosas criadas, sin perder un instante como en la juventud: llenémonos de vino precioso y de perfumes, y no dexemos pasar la flor del tiempo: coronémonos de rosas antes que se marchiten; no haya prado alguno que no recorra nuestra luxuria, nada ahorremos de nuestras

diversiones; dexemos en todas partes señales de nuestra alegría, porque esta es nuestra porcion y nuestra suerte.... Asi pasan, dice Job, sus dias en placeres, y en un punto descienden á los infiernos.

Pero, ¡qué suerte tan distinta la de los que siguen el camino de la cruz! Estrecho es, hollado de pocos, sembrado con espinas de tribulacion; mas ¡cuán en breve descubre el rostro amabilísimo de Dios! Apenas el buen Ladron reconoce su delito, y arrepentido confiesa la justicia con que padece, invocando á Jesucristo, cuya inocencia protesta, merece oír la dulce voz del Salvador, que le asegura: hoy serás conmigo en el paraíso. Estéban, este proto mártir de la iglesia, en el momento de estarle apedreando por la fe, exclama lleno de gozo: yo veo abiertos los cielos, y á Jesus que está sentado á la diestra de la virtud de Dios. Lorenzo, honor de los levitas, y gloria de nues-

tra España, entre sus mayores tormentos levanta su voz diciendo: gracias, Señor, os doy por haber merecido entrar por vuestras puertas. Pablo, este apóstol de las naciones, se complace entre sus tribulaciones, y entre ellas exclama lleno de confianza: apetezco morir para estar con Cristo. Paulo, dice el Crisóstomo, cuando experimentaba las mas duras y frecuentes aflicciones se regocijaba y alegraba tanto como si ya viviese en medio del paraíso; porque como el platero no saca el oro del crisol hasta verle bien purgado, así Dios no retira de los justos la tribulación hasta haberlos purificado plenamente. Por esta causa llama S. Bernardo breve y compendiosa para el reino de Dios la senda de la cruz.

Felicitaos pues, justos oprimidos de la tribulación; felicitaos de acompañar á Jesucristo por el camino del Calvario; felicitaos de ser participantes del cáliz de vuestro Redentor.

Vuestra tristeza y afliccion bien presto se convertirán en gozo. Yo no dudo haceros esta promesa en nombre de Jesucristo, y aun añadir, que nadie es capaz de quitaros ni perturbaros un tal gozo. Dios, dice el apóstol, corrige y castiga á todo el que recibe por hijo; pero su mano omnipotente es la que humilla y ensalza, y la que eleva á proporcion que abate.

Llorad por el contrario vosotros, idólatras de los placeres mundanos, que rehusais acompañar é imitar á Jesucristo. No hablo precisamente de aquellos hombres irreligiosos, enemigos de la cruz de Cristo, cuyo dios es el vientre y las delicias sensuales, y cuyo fin es una eterna muerte; no solo hablo de los incircuncisos de corazón, que miran con mas horror la imagen del Salvador que los filisteos al arca de la antigua alianza; hablo tambien con vosotros, los que os glorias de cofrades del santo *Via Crucis*, y de discípulos de

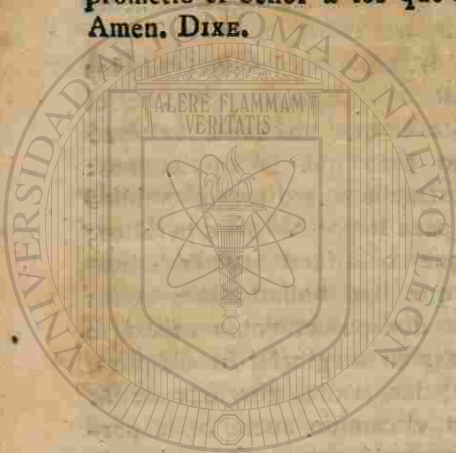


Jesucristo, pero que no le imitais ni seguís con la cruz de vuestras tribulaciones y trabajos; que juzgais basta la profesion de cristianos y ciertos exercicios exteriores de religion para ser salvos. Afligios, os digo con el apóstol Santiago, llorad y lamentaos, porque vuestra risa se convertirá en llanto, y vuestro gozo en tristeza. Vosotros, me atrevo á añadir, no sois verdaderos discípulos de Jesucristo, que solo reconoce por tales á los que negándose á sí mismos toman sobre sí diariamente la cruz de sus trabajos y mortificacion, para ir en pos de él con humildad, con resignacion, con gozo espiritual de haber sido hallados dignos de padecer oprobrios y afrentas á su imitacion y en su nombre. Entonces, entonces empezareis á ser sus discípulos cuando comenceis con estas disposiciones á sentir sus aflicciones en vuestros miembros, como se gloriaba en otro tiempo el célebre mártir S. Ignacio, en ocasion de llevarle al

martirio, y cuando os halleis prontos, como el patriarca Abraham y el santo Job, á sacrificarlo gustosamente todo á vuestro Dios.

Esta es, señores, la senda de los justos; este es el camino real para el cielo; este el que nos indicó y trazó Jesucristo para que le siguiésemos: camino estrecho, pero seguro, único y breve para llegar al reino de Dios; camino que nos allanó nuestro Salvador, y que han hollado bien todos sus fieles discípulos, como necesario para entrar en su gloria. Dexad pues, os ruego, las sendas torcidas de la iniquidad, el camino ancho de la perdicion, y apresuraos á entrar por la puerta estrecha de la mortificacion y desprecio de todo lo terreno, porque el reino de Dios padece violencia, y solo haciéndose violencia se arrebatara. Fixad bien estas ideas en vuestra alma, para que despues de haber sufrido con paciencia las tentaciones y tribulaciones de esta vida, proba-

dos en ellas como el oro en el crisol, recibais la corona de la gloria, que prometió el Señor á los que le aman. Amen. DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

SERMON  
DE NUESTRA SEÑORA  
DE LAS LAGRIMAS,

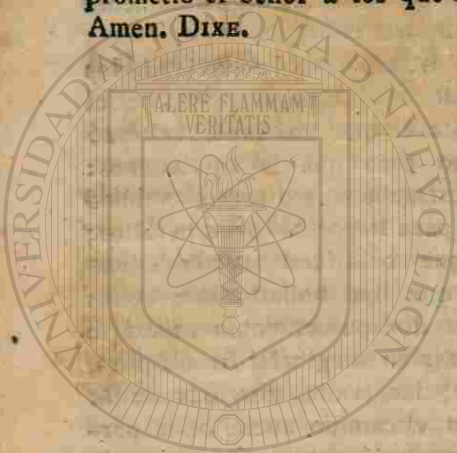
predicado en el convento de S. Antonio Abad de Granada en la pascua de Espíritu Santo de 1778.

*Mibi autem absit gloriari nisi in Cruce Domini nostri Jesuchristi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. Galat.*

**S**i alguna cosa hay fácil de persuadir á los mortales, es el interes de su propia gloria. Formados á imagen de Dios y para gozar de Dios, aspiramos todos naturalmente á ella. Hasta aquí estamos de acuerdo; mas en orden á la verdadera gloria, y medios



dos en ellas como el oro en el crisol, recibais la corona de la gloria, que prometió el Señor á los que le aman. Amen. DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

SERMON  
DE NUESTRA SEÑORA  
DE LAS LAGRIMAS,

predicado en el convento de S. Antonio Abad de Granada en la pascua de Espíritu Santo de 1778.

*Mibi autem absit gloriari nisi in Cruce Domini nostri Jesuchristi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. Galat.*

**S**i alguna cosa hay fácil de persuadir á los mortales, es el interes de su propia gloria. Formados á imagen de Dios y para gozar de Dios, aspiramos todos naturalmente á ella. Hasta aquí estamos de acuerdo; mas en orden á la verdadera gloria, y medios

de conseguirla, no piensan todos igualmente. Acostumbrados unos á las máximas del siglo, y hechos á respirar su aire, miran como una especie de gloria incomparable todo este vano resplandor del mundo; el poder, digo, las riquezas, las magistraturas, la nobleza, los empleos honoríficos; por ellos se desvelan, por ellos suspiran, y en ellos colocan todas sus delicias. Otros, conducidos por el Espíritu de Dios, creen con el apóstol que un verdadero cristiano no puede hallar gloria sólida sino en la cruz de Jesucristo, y juzgan con arreglo á la moral del evangelio, que los medios de obtener tanto bien son las lágrimas penitentes con que se expian las culpas.

El verdadero discípulo de Jesucristo busca como S. Pablo su gloria en las tribulaciones; pues solo por medio de ellas pueden tener conformidad con la adorable imagen de su Redentor; condicion indispensable para ser salvos,

segun el mismo apóstol. Sí, señores, el Unigénito de Dios hecho hombre, humillado, abatido, despreciado, inalterable entre los insultos y oprobrios, y obediente á su Padre celestial hasta el momento de su muerte, es el perfecto modelo que nos debemos proponer, para ser participantes de su gloria: modelo que no debemos copiar sino con el pincel de las lágrimas; porque como afirma S. Juan Clímaco, si ellas no se nos comunicaran por Dios, serian muy pocos los que se salvarían.

Hasta el mismo Jesucristo, cabeza y exemplar de los predestinados, debió segun su oráculo sujetarse á los sufrimientos y á la ignominia de la passion, antes de entrar en su gloria: y como en quanto Dios no podia llorar, tomó nuestra naturaleza; que le proveyó suficiente caudal de lágrimas, como se explica Tertuliano, probando asi antes la hiel que los panales. María santísima asimismo, aunque libre



de toda culpa y mancha, no lo estuvo de un torrente de lágrimas que inundaron su alma sobre el monte Calvario, á presencia de la pasion y muerte de su hijo. Y hé aqui el fundamento de donde yo infiero su mayor gloria; porque juzgo en efecto, que estas lágrimas fueron gloriosas en su origen y por su objeto. Tal es la materia que me propongo ilustrar en un breve discurso digno de vuestras atenciones, y de mis endebles conatos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María santísima. Saludémosla con el ángel.

*Ave Maria.*

*Mihi autem absit &c.*

**C**uando afirmo que las lágrimas de María al pie de la cruz fueron gloriosas en su origen y por su objeto, no debeis mirar esta mi proposicion como

una paradoxa inaudita, ó un entusiasmo poético de los muchos que se prefieren con deshonor del sagrado ministerio. Es por el contrario una verdad irrefragable, que conocerá facilmente todo el que considere que la fuente y origen de estas lágrimas es el Espíritu Santo, y el objeto de ellas la adorable pasion de Jesucristo, Redentor del género humano; dos reflexiones que servirán de materia para vuestra instruccion, y os descubrirán el carácter glorioso de las lágrimas de María sobre el monte Calvario.

En efecto, señores, aunque algunos de aquellos que en el idioma de los mundanos pasan por espíritus fuertes, por una especie de afectacion estóica nos pretendan insensibles por hacernos constantes, degradándonos de la humanidad, para darnos el título de magnánimos; y aunque á este respecto afirmen que las lágrimas ceden en des crédito de un ánimo generoso, y en deshonor de la constancia, sin embar-

go, segun la justa economía de Dios en el plan de su providencia, y atendido el language del evangelio, son las lágrimas un signo sensible, y como un augusto sello de eleccion para la gloria verdadera. Jesucristo, sabio é infalible apreciador del mérito, llama bienaventurados á los que lloran, prometiéndoles en recompensa digna de sus lágrimas las consolaciones del Espíritu Santo.

Mas porque no aprendais por luz las que son tinieblas, ni por gloria lo que es oprobrio é ignominia, consagro esta primera reflexion á ilustrar esta máxima de nuestro Salvador, explicando cuál sea esta bienaventuranza, efecto del don de lágrimas, y haciendo patente cuáles deban reputarse obscuras, cuáles gloriosas, cuáles dimanadas del espíritu del mundo, cuáles originadas del Espíritu Santo. Separemos pues ante todas cosas la ignominia de las unas del honor de las otras; distinguiendo con el apóstol

las que vienen del Espíritu de Dios, de las que proceden de nuestras pasiones. Segreguemos para decirlo de una vez las que se originan de la que S. Pablo llama tribulacion de la carne, de las que resultan de tribulaciones de espíritu segun el sabio, para conocer mejor el mérito y el carácter de las de María.

Seria en efecto un error grosero persuadirse á que todas las lágrimas son gloriosas, ó que provienen todas del Espíritu Santo. Una imaginacion, por exemplo, tímida, como se explica un sabio, estravagante, inquieta, embarazada, es por lo comun origen de muchas lágrimas; un humor triste y melancólico, una emulacion desconfiada, aun sin tener rival; males que en lo fisico ni podemos proveer ni evitar; bienes que ni podemos obtener ni recobrar, son origen por lo comun de vuestro llanto, fuente de vuestras lágrimas. Cada vicio, cada pasion nos turba. Una desesperacion ambiciosa que no alcanza lo que solicita; una insa-



ciable codicia que os marchita, os devora y os consume; el descubrimiento de un artificio criminal que os empobrece y os deshonorra; los bienes enteramente disipados por el juego ó por el luxo excesivo del vestido ó de la mesa; un favor adquirido por inicuas complacencias, que se disminuye ó que se acaba; el descubrimiento en fin de vuestras vergonzosas prostituciones, deidades de barro, idólatras de Adonis, amadores del siglo; ¿no son, os ruego, otros tantos artífices de vuestras lágrimas voluntarias? ¿No es el placer, ¡ó insensatos y ciegos partidarios del mundo! el oro, una belleza frágil, una vil criatura, ú otro miserable objeto de esta naturaleza, lo que perdido ó no conseguido por vosotros, fomenta las mas veces vuestros gemidos, y anima vuestros suspiros? ¿Llamaré yo en esta hipótesi gloriosas vuestras lágrimas? ¿Tendrán ellas el mismo origen que las de María? ¿Podré ponerlas á cu-

bierto de su propia ignominia? ¿Serán indicio de una eleccion que Dios hace de vosotros para su gloria futura? ¿O mereceréis en recompensa de ellas las dulces consolaciones que promete Jesucristo á los que lloran? Nada menos. Inficionadas estas vuestras lágrimas desde su mismo origen, serán cubiertas de oprobrio delante de Dios.

Consultando pues al evangelio y tradicion constante de la iglesia, solo llamo gloriosas en su origen aquellas lágrimas que se emplean en llorar nuestras culpas y las de nuestros hermanos: gloriosas llamo aquellas con que se llora la peregrinacion de esta vida, y la ausencia de la patria celestial, como los israelitas cautivos en Babilonia, quando sentados á las márgenes de sus rios, suspiraban oprímidos con la memoria de Sion: gloriosas finalmente llamo aquellas que tienen por motivo sobrenatural á un Dios ofendido; y estas mismas son las que nacen de superior impulso del Espíritu Santo, cuyo amor

y caridad las produce en nuestros corazones.

De estas lágrimas habla el Nacienceno cuando exclama: ¡ó feliz diluvio, ó lágrimas dichosas! que elevais á un alma penitente, aun estando próxima á caer en el abismo: de éstas habla el Crisóstomo cuando dice: nada es mas gozoso que estas lágrimas; ellas son las mas alegres que la mayor risa, y los que las vierden conocen su admirable suavidad: de éstas habló S. Agustín cuando dijo: que son mas dulces las lágrimas de los que oran, que el gozo de los teatros: de ellas habla el Crisólogo cuando exclama: ¡ó felices lágrimas de los pecadores! que regando el cielo, humedecen la tierra, y apagan el infierno: de ellas habla S. Basilio, llamándolas seminario del gozo, y aumento de la gloria: de ellas dice el Justiniano: ¡ó humildes lágrimas! vuestra es la potencia, vuestro el reyno: vosotras no temeis el tribunal del

Juez, no hay quien os impida acercaros á Dios; entráis solas, mas no volveis vacías. ¿Qué mas? venceis al Invencible, ligais al Omnipotente, inclináis al Hijo de la Virgen, abris las puertas del cielo, y ahuyentais al demonio; de estas habla la Doctrina cristiana, cuando copiando el oráculo de Jesucristo llama bienaventurados á los que lloran. Estos son finalmente aquellos gemidos inenarrables con que segun el apóstol interpela por nosotros el Espíritu Santo, haciéndonos gemir y llorar, como san Agustín se explica.

Tal es, señores, la verdadera idea que debemos concebir de las que llamamos lágrimas gloriosas y bienaventuradas. Tal es su origen excelente, y el carácter singular que las distingue. Segun estos principios, ¿será temeridad afirmar, que las lágrimas de María dimanaron del Espíritu Santo? ¿Negaremos á nuestra augusta Madre un don concedido á tantos justos? El



don precioso de lágrimas, este privilegio singular, unido íntimamente con las consolaciones del Espíritu Santo, esta voz de la naturaleza muda, y sin mas articulacion que la que le comunica la gracia; pero que siempre es oída de Dios, ¿tendrá en María inferior lugar á aquel de donde en todo tiempo han dimanado las lágrimas de los demás santos? ¿Qué, osarémos negar á la Madre del Omnipotente lo que es forzoso conceder á Job en la pérdida de su familia y bienes, á Tobías en medio de su afliccion, á Jacob al ver ensangrentada la túnica de su hijo, á Judit en las calamidades públicas de su pueblo, á Raquel en la muerte de sus hijos, á la piadosa Ana en el oprobrio de su esterilidad, á Jeremías finalmente en la infelicidad de Israel?

Dimanaron todas estas de Dios. ¿Carecerían las de María de tan alto origen? Atendida la justa economía del Señor, que en la distribucion de sus

gracias sabe mezclar las lágrimas con los gozos, y las aflicciones con las glorias, y que se dignó preferir á María á todos los demás justos, atendido su augusto carácter de Madre y heredera del Crucificado, no pudo negarle aquel torrente de lágrimas que pedia con instancia el profeta, para llorar las calamidades públicas de su pueblo. Con esta gloriosa fuente de lágrimas debia regar el Espíritu Santo aquel huerto cerrado, obra de sus mismas manos, como habia prometido por boca del eclesiástico. De este mismo origen y manantial en fin debian salir los gemidos de aquella viuda, cuyas lágrimas, segun la escritura, regando sus mexillas, se elevaron hasta el cielo. Gloriosas pues debieron ser estas lágrimas dimanadas de tan alto origen, siendo uno mismo el espíritu que las causaba y exáltaba, que las humillaba y elevaba, que las animaba y aceptaba.

II. Ni deben reputarse menos gloriosas por su objeto que por su ori-

gen; pues si es este el Espíritu de Dios, aquel es la adorable pasión de Jesucristo, que respecto de María no fue menos gloriosa que dolorosa. Seguidme con atención. Es verdad que Dios en la tragedia angusta del Calvario puso presentes á María sin intermision sus lágrimas, como David se explica; es constante que se las dió á beber hasta embriagarla, como dice el mismo; es innegable que todos los profetas nos la presentan ya como una ciudad desamparada y viuda en la muerte de sus hijos; ya como desolada y oprimida todo el día de tristeza; ya como una muger verdaderamente fuerte, que corre apresurada al desierto, no tanto al olor de los unguentos, como al de las penas de su Hijo; ya en fin como una Madre afligida, á cuyos ojos ha desfallecido su luz, que busca, y no halla con quien dividir sus aflicciones, ni quien la consuele sobre la tierra, porque su consolador se ha retirado mucho en

cumplimentó de sus divinos oráculos: es verdad que los padres y doctores de la iglesia nos la proponen triste, afligida y compasiva á presencia de un Dios hombre desfalleciente, sin especie ni hermosura, conculcado y despreciado, reputado entre inicuos, cubierto de ignominias, herido y humillado por Dios, hecho una vasta llaga, y semejante al pelicano del desierto; es verdad que al ver esta dura situacion de su dueño y hacedor, le alimentaba aquel pan de lágrimas que en otro tiempo á David, regando con ellas sus vestidos y la tierra: es verdad, según la tradicion constante de los padres, que estas sus preciosas lágrimas recibían aumento cuando consideraba sobre este horrible monstruo del pecado, que debiendo su origen al principe del infierno, deberá su consumacion al gefe de los réprobos: este misterio de iniquidad, que obrándose de día en día, se extiende á manera de torrente impetuoso por todas las generaciones. Pero es



igualmente cierto que la verdadera gloria de un alma justa sobre la tierra son las dulces consolaciones del Espíritu Santo, que no podemos negar á María en estas circunstancias; porque atendida la voluntad de nuestro Soberano Legislador, anunciada á los mortales por S. Pablo, María no menos que nosotros debió gloriarse en la cruz de Jesucristo. Es asimismo indubitable que María, Madre y heredera del Crucificado y de su Espíritu, debió tolerar gozosa su cruz; esto es, sus aflicciones, como de Jesucristo afirma el apóstol. Ni es menos cierto que los apóstoles, según consta de sus mismas actas, iban llenos de gozo por haber sido hallados dignos de sufrir oprobrios en nombre de Jesucristo, y que S. Pablo se gloriaba en todas sus enfermedades y tribulaciones.

¿Mas para qué nos detenemos? ¿Es imposible, os ruego, observar el precepto de gloriarse en la cruz del Salvador, como de algunos otros pretenden

los impíos? ¿Ó por ventura no comprendió á María, que no podía ignorar la voluntad de su Hijo en esta parte, y que debió ser la primera en acreditar con su exemplo la observancia de las leyes? ¿Le faltaria acaso un ánimo generoso y pronto, ó los auxilios necesarios para conformarse con la adorable imágen de su Hijo; condicion sin la cual no serémos predestinados, según el apóstol? Lejos de aquí, calumnias groseras; no pretendais obscurecer las glorias de María sobre el Calvario.

Pero mostremos ya con alguna individualidad los motivos poderosos de gloriarse que se presentaban al espíritu de María en el conflicto de sus lágrimas. ¿No veía, os ruego, elevado sobre el Calvario aquel estandarte glorioso baxo el cual debian algún día alistarse todos los reyes y pueblos de la tierra? ¿No veía cumplidas las promesas del cielo, desaparecidas las sombras, pasado el tiempo de las figuras,

evacuadas las profecías, el deseo de los patriarcas satisfecho, venida la plenitud del tiempo? ¿No veía la ley antigua abrogada, abolidas sus ceremonias y sacrificios, profanos ya sus sacramentos y festividades, deshecha la sinagoga, y el templo antiguo abandonado? ¿No veía, como se explica un orador de nuestro siglo, la ley de gracia establecida, el nuevo testamento ya sellado, quitado el velo á las escrituras, subrogado el evangelio á la ley de Moisés, un nuevo orden de cosas, un orden mas sublime, mas recomendable, mas santo, una oblacion mas pura y mas preciosa, un pueblo mas fiel, sacramentos mas eficaces, templos mas augustos, ceremonias mas loables, leyes mas perfectas, gracias mas abundantes? ¿No veía que Jesucristo habia conquistado enteramente su reino, que habia recibido un golpe mortal la idolatría, confundida la sabiduría de los filósofos, destruidos los oráculos, vencidos los de-

monios, reconciliado el cielo con la tierra, satisfecha la justicia del Padre, vengada su gloria, concluida la mision de su Hijo, y conquistada por esto la gloria del Redentor? ¿No veía los gloriosos triunfos de la fe por el ministerio de los apóstoles, la constancia y trofeos de los mártires, la piedad y amor de los confesores, la pureza finalmente de las vírgenes? Motivos todos de tanto gozo, objetos de tanta gloria, que no pudieron ser suprimidos en el corazon de María durante la tragedia del Calvario que los producía. Es pues constante, señores, que las lágrimas de María no fueron menos gloriosas por su adorable objeto que por su origen.

Aprended, os ruego, vosotros á llorar y á gloriaros en la cruz de Jesucristo, si quereis recibir algun dia las dulces consolaciones del Espíritu Santo. Rociad vuestro pan y vuestro lecho con lágrimas, esta dichosa agua, este bautismo de penitencia, como un padre



se explica. La pasión de Jesucristo, las ofensas de un Dios sumamente bueno, la pérdida de su gracia, la ruina de vuestra alma ó la de vuestros hermanos, son solamente objetos dignos de vuestros suspiros, y los que únicamente pueden hacer gloriosas vuestras lágrimas. Llorad pues ahora, os diré con el Crisólogo, cuando se regocijan los impíos, á fin de alegraros cuando empiecen ellos un eterno llanto. Llorad ahora, repito con S. Macario, antes que entrando en la eternidad, despedacen á vuestros cuerpos vuestras mismas lágrimas.

Vos, augusta y soberana Madre, que en medio de vuestra mayor aflicción mirabais como gloria vuestra, y con una tierna complacencia y gozo espiritual la reparación de nuestras almas y las humildes lágrimas de los penitentes, no mireis ahora con desden nuestros turbados corazones. Por vuestra intercesión pedimos á Dios humillados y contritos un precioso don de

lágrimas para expiación de nuestras culpas. Indignos somos de tanto beneficio; pero sois Madre nuestra, Madre de misericordia, Madre de clemencia, nuestro asilo y refugio, dulce esperanza nuestra: á ti clamamos, á ti suspiramos en este valle de lágrimas: mostradnos despues de este destierro á Jesus vuestro Hijo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

DIXE.

SERMON  
DE LA NATIVIDAD,  
DE MARÍA SANTÍSIMA,

predicado en el convento de los Remedios de Antequera.

*De qua natus est Jesus, qui vocatur  
Christus. Matth. 1.*

Si por un efecto de fidelidad, senado nobilísimo, religiosísimos prelados, congreso ilustre de varones perfectos, sabios y piadosos oyentes, si por un efecto de fidelidad, repito, celebramos con regocijos públicos el nacimiento y exaltación al trono de nuestros príncipes y señores naturales, que en esta ocasión

acostumbran derramar beneficios sobre sus pueblos, ¿con qué alegría, con qué aclamaciones, con qué acciones de gracias no deberémos celebrar la gloriosa Natividad de María, esta Hija primogénita del Altísimo, Reina del cielo y de la tierra, destinada para Madre de Dios, y por consiguiente para remedio del género humano? ¿Mas qué digo? ¿No se dexan ya ver en vuestros semblantes los caracteres indelebles de vuestra gratitud? Os haria ciertamente agravio si no os creyese herederos de la piedad de vuestros padres. Acostumbrados desde la tierna infancia á ofrecer los mas rendidos homenajes á esta Madre del Omnipotente, que venerais como dulce y benéfica Patrona baxo el titulo de *Remedios*, mirariais como vanos esfuerzos, por no decir como atentado, quisiese yo hoy persuadiros una estrecha obligación que nace con vosotros mismos, y que vuestros mayores solicitaron grabar altamente en vuestros católicos y generosos



pechos. No es mi ánimo pues acusaros de ingratitude ó de negligencia en esta parte; antes sí el de encender mas y mas vuestros afectos, complaciéndome con vosotros mismos en los justos aplausos con que celebráis el Nacimiento de vuestra soberana Princesa.

¿Mas quién soy yo para promover vuestra alegría y encender vuestros ánimos? ¿O qué os diré de nuevo capáz de complaceros? Lo inefable de la materia y la dignidad con que hasta aquí ha sido desempeñada por tantos sabios oradores, á quienes justamente venero por maestros, cubren de confusion mi rostro. Pero hablo en mi propia casa, ante una comunidad respetable, á quienes debo mi segundo sér: hablo en una cátedra donde consagré al Señor las primicias de mi predicacion: hablo en un templo lleno todo de la magestad y gloria de María, y hablo á presencia de los hijos mas afectuosos de esta Reina: todo lo cual me infunde confianza, y mas

quando me propongo hablar ceñido al elógio que de ella forma la iglesia universal en este dia.

«Tu Natividad, dice, ¡ó Virgen y Madre de Dios! ha llenado de gozo al universo mundo, porque de ti salió el Sol de justicia Cristo Señor nuestro, que borrando el anatema, nos dió la bendicion, y confundiendo la muerte, nos comunicó la vida eterna.» Hé aquí, señores, en substancia el mayor elógio que puede pronunciarse de la Natividad de María; elógio consagrado por la Iglesia mas há de once siglos: elógio que nos presenta sus mas augustos caracteres: elógio que nos asegura sus mayores beneficios: elógio, para decirlo de una vez, que nos descubre 1. su Dignidad. 2. su Poder. 3. su Beneficencia, como otros tantos remedios eficaces de nuestras dolencias. Tres breves reflexiones dignas de esta cátedra, de mi objeto, de vuestras atenciones y de mis endeblés conatos.

Animad ¡ó Dios! mis palabras, y encended el corazón de mis oyentes con aquel fuego divino que abrasa en amor vuestro al de los justos, para que se renueve hoy vuestra gloria en el templo de nuestras almas. Vuestra causa, Señor, se trata y la de vuestra Madre augusta: no permitais profane vuestro divino testamento con labios impuros; purificadlos como los de vuestro profeta, para que dignamente anuncie vuestras obras y misericordias. Este auxilio os pedimos humillados ante ese augusto trono, fuente, origen y principio de toda gracia. *Ave MARIA.*

*De qua natus est Jesus &c.*

**S**i quisiese, señores, imitar en este día á un célebre orador de Filipo, rey de Macedonia, concluiría en un solo periodo el completo elogio de la dig-

nidad de María y del remedio universal que nos preparó en su Nacimiento la sabia Providencia. Bástanos saber, dixo, que fuiste padre de Alexandro; dexando así entrever todo el fondo de su panegírico; esto es, la exáltacion del padre por las glorias del hijo. ¿Con cuánta mas justicia podria yo concluir el de María, diciendo: bástanos saber que naces para Madre de Jesucristo? Dignidad incomparable, origen de toda su exáltacion y su grandeza, fuente de sus privilegios y manantial inagotable de sus dones. ¿Mas qué digo? ¿No son estas breves palabras las que profiere en su elogio el evangelio de este día? ¿No dice únicamente que de María nació Jesus, que se llama Cristo? ¿Y no basta, os ruego, esto para que la creamos elevada á la mas alta dignidad que obtuvo, ni pudo jamas obtener pura criatura? Reflexionemos. María, Madre de Jesus; ¿quién medirá la elevacion, la profundidad, la



latitud de esta encumbrada montaña de Sion, montaña de Dios, montaña santa, montaña donde habita el Señor con complacencia? ¿Quién no divisa este animado promontorio de resplandor y de luz, elevándose sobre otros de incomparable altura; quiero decir, á María sobre los ángeles, arcángeles, tronos, virtudes, principados, dominaciones, potestades, querubines y serafines; de una vez, sobre todo lo que no es Dios?

María, repito, Madre de Jesus; ¿qué rasgos tan maravillosos de potencia, de magestad, de gloria no nos presenta la fe en un tal misterio! Formemos, señores, idea por su estrecha union con Jesucristo. Esta union en efecto no es una simple union de afinidad ó de sociedad, es una union de consanguinidad, que la constituye, segun S. Agustin, de una misma substancia, de una misma carne, de una misma sangre con Jesucristo: vínculo tan estrecho, que como el hijo en lo

humano no puede representarse sin madre, Jesucristo no puede concebirse sin María: y como el hijo es una porcion de su madre, Jesucristo es una porcion de María. Dignidad verdaderamente sublime, de la cual concluye S. Gregorio, que María en virtud de ella solo reconoce por superior á Dios, que le comunica en el modo posible su inefable perfeccion de engendrar á su Unigénito; pues es de fe puede ella con toda verdad decir: vos sois mi Hijo muy amado, en quien yo me he complacido, y á quien tan verdaderamente engendré en la plenitud del tiempo, como vuestro Padre celestial os engendra en el esplendor de los santos.

María, Madre de Jesus; ¿qué incomparable perfeccion no le comunica el Padre Eterno! Para que la conozcamos nos eleva S. Bernardo hasta el trono de Dios, para que alli contemplemos la divina generacion del Verbo. Ved, nos dice, la admirable propor-

cion que hay entre la eterna fecundidad del Padre, y la maternidad misteriosa de María. Si el Padre engendra á Jesucristo de su propia substancia, María le concibe de su misma sangre: si el Padre le engendra por el conocimiento de sus grandezas, María le concibe por la humilde confesion de su nada: si el Padre le engendra de un modo inefable, María le concibe de un modo milagroso: si el Padre le engendra semejante á sí mismo, María le concibe semejante á sí misma y á su Padre: si el Padre en fin divide solo con María los derechos que tiene sobre Jesucristo, María solo divide con el Padre los derechos incontestables que tiene sobre su Unigénito.

María, Madre de Jesus; ¡qué altísima dignidad! Á vosotros, ángeles del cielo (uso de las palabras de un célebre orador moderno), á vosotros, ángeles, comunicó el Padre su pureza; á vosotros, profetas, comunicó sus luces; á vosotros, reyes de la

tierra, comunicó su magestad; á vosotros, héroes y conquistadores del universo, comunicó su poder; con vos sola, ¡ó santa Madre de Dios! divide, para decirlo así, su divina fecundidad. Vosotros, ángeles, fuisteis embaxadores de Jesucristo; vosotros, profetas, fuisteis sus pregoneros; vosotros, justos del antiguo testamento, fuisteis sus figuras; reyes y jueces de Judá, vosotros fuisteis sus ascendientes; María, mas privilegiada que vosotros todos, viene á ser su verdadera Madre; el seno de una Virgen es tan luminoso como el del Padre celestial. Los ángeles se admiran, gime el infierno, tiembla y se estremece: toda la tierra en fin resuena en alabanzas de María, que viene á ser la Madre del Criador.

Confundíos aqui, Arrios impíos, blasfemos Maniqueos, Nestorios orgullosos, rebeldes Valentinianos y Helvidios, Eutiques presuntuosos, necios Jovinianos, Julianos pérfidos, á presencia de la sabiduría que encierra



este misterio. A pesar de vuestra perfidia triunfará nuestra religion, y confesarémos á Jesucristo verdadero Hijo de Dios y de María; Dios verdadero, y verdadero hombre; una sola persona, y sin confusion de naturalezas; consubstancial al Padre segun la divina, inferior á los ángeles segun la humanidad, y hecho participante de nuestras miserias, á excepcion del pecado.

Y tú, ó grande enfermo del género humano, como S. Agustin se explica, tú, que yaces mortalmente herido, y en total impotencia de curarte, respira finalmente; pues tocado el Hijo de Dios de tu deplorable estado, viene ya á curarte qual médico omnipotente: despues de la revolucion de los siglos, llegó al fin la plenitud del tiempo, la noche terminó, vino la aurora, desaparecieron las tinieblas, y el sol difundió sus rayos para iluminar á todo el mundo. Hé aqui una Heroína singular, que viene á proveer-

te de universal remedio: hé aqui, digo, María, obra de los consejos eternos, á quien el Todopoderoso elige para dar dueño y paz á la tierra, fe á las naciones idólatras, fin á los vicios, órden á la vida, arreglo y disciplina á las costumbres, como S. Gerónimo se explica: hé aqui una criatura incomparable, en quien va á residir como en trono de su misericordia el Señor de las Magestades, el Dios de la santificacion, el Padre de la castidad, el Autor de la incorrupcion, el Conservador de la verdadera paz, el Libertador de su pueblo, el Medianero de la salud, como se explica el Taumaturgo. Hé aqui en fin la muger verdaderamente fuerte y superior á toda criatura, en la qual no se sabe qué cosa sea mas admirable, si su altísima dignidad, ó si el poder limitado que Dios le comunicó para remedio del linage humano.

II. Como el Señor es la bondad por naturaleza, y la misericordia por esencia, adorablemente ingenioso por la sa-

lud del hombre, dispuso que sus mayores amigos tomasen baxo su proteccion y amparo los diferentes reinos, ciudades y villas del universo cristiano, para que por medio de sus oraciones y ruegos desarmasen su justa cólera, y sirviesen como de canales á sus inmensos beneficios. Por un efecto de esta divina economía, y queriéndolos proveer de remedio universal en todas vuestras aflicciones, inspiró á vuestros ascendientes el saludable pensamiento de votar por Patrona á María, cuya proteccion es la mas poderosa. Seguidme sin desmayar.

Desde que la antigua serpiente engañó á nuestros primeros padres, y en ellos á todos nosotros, fue amenazada del Altísimo con el poder de una muger que quebrantaria su cabeza. Formó á esta criatura extraordinaria como un terrible ejército en orden de batalla. Comparóla á su caballeria contra los carros de Faraon, haciéndonos traer á la memoria, segun la expresion

de S. Gregorio, el ministerio de sus santos ángeles en el castigo de los egipcios; dióla en fin un poder sin límites, haciéndola superior á todo lo que no es Dios. Esta es, Señor, la muger verdaderamente fuerte, que dificultaba hallar el sabio, cuyo valor es inestimable; y en frase de los padres de la iglesia, ella es el principio de la salud, árbol de la vida, remedio del mundo, puerta del cielo, redentora con el Redentor, mediadora con el Mediador, víctima con el Cordero sin mancha, y torre fortísima de David, donde estan pendientes mil escudos inexpugnables, para que podamos prevalecer de todos nuestros enemigos visibles é invisibles.

En vano pues se glorian los wolcos del poder y fortaleza de su reina Camila: en vano celebran los asirios á su idolatrada Semiramis; los masagetas á Tomiris, los egipcios á Cleopatra, y los orientales á Zenobia. ¿Qué mérito el de estas decantadas



heroinas respecto del poder de María?  
 ¿No triunfa ella diariamente del demonio, cuya potencia no hallaba Job con qué compararla sobre la tierra? ¿No triunfa, repito, de este infernal dragon con mas fortaleza que Judith de Holofernes, que Esthér de Aman, que Jael de Sisara, que Thebites de Abimelech, y que de Seba la muger de Abela? ¿No ha trastornado ella, dice Eutimio, las aras de los ídolos, y los templos del gentilismo, haciendo cesar en sus altares la efusion de sangre humana? ¿No ha exterminado todas las heregías, como la iglesia canta? ¿No ha castigado con último suplicio á todos los enemigos de su honor y de su culto? Aquí la lengua blasfema de Nestorio es roida de gusanos, porque se opone á su augusta cualidad de Madre de Dios: allí arroja el infame Arrio las entrañas, porque niega la divinidad de su Unigénito: aqui el impío Coprónimo se abrasa interiormente con un fuego infernal, por haber

blasfemado contra el honor virginal de esta Reina: alli el pérfido Juliano es penetrado de una saeta, por haber calumniado su pureza; aqui..... mas ¿para qué me canso y os molesto?

¿No es constante, Señor, que esta feliz criatura es superior en poder á los ángeles, á las potestades, á los tronos, y que Dios la hizo Reina del cielo y de la tierra? ¿Quién podrá pues resistir su poder? ó ¿qué no podrá obtener á favor de sus hijos? No diré yo por un exceso de piedad, ó de una falsa y mal entendida devoción, que tiene autoridad para salvar las almas que por un justo é irrevocable juicio ha condenado su Unigénito. Esto seria debilitar su poder, y en vez de elogio una atroz injuria contra Jesucristo y contra María; pero si diré con un moderno orador, que puede conseguir lo que no pudo Abraham, esto es, el perdon de una ciudad infame: si diré, que puede contener mejor que Moisés las venganzas

del Señor contra un pueblo idólatra; sí diré, que su poderosa intercesion debe inspirarnos mas confianza que las oraciones de Onias y Jeremías á Judas Macabeo; diré en fin con toda la iglesia, que Jesucristo en el seno de su gloria reconoce por su madre á María, y que inclinado á las súplicas de esta augusta medianera, le dice como Salomón á Bethsabé: pide, Madre mia, que no me es permitido rehusar tus peticiones: yo pondré donde os agrada mis ojos de misericordia; á vuestras oraciones suspenderé mi cólera, cerraré los abismos, encadenaré al demonio. Sé tú el refugio de los pecadores, el remedio de los afligidos, la fortaleza de los flacos, la protectora de los pueblos, y la reconciliacion para el dia de la ira. ¿Qué no debeis pues esperar, nobles antequeranos, de patrona tan poderosa, principalmente si atendeis á su carácter tan benéfico?

III. La beneficencia, Señor, ha calificado en todo tiempo á los mayores

héroes. Como Jesucristo, Rey inmortal de todos los siglos, es por esencia la bondad y la comunicacion del bien, dispuso que sus mayores amigos lo sean con respecto á este adorable exemplar, sin cuya conformidad nadie puede ser salvo. Segun este principio de nuestra moral, María santísima, que en las miras del Omnipotente debia aventajarse á toda pura criatura en calidad de Reina del cielo y de la tierra, y de Madre de su Criador, debe sin duda ser la mas benéfica de todas ellas: siendo de fe que es superior por gracia á todo lo que no es Dios. De este solo principio se concluye con evidencia, que su proteccion es la mas benéfica.

¿Pero qué digo? Aun cuando quisiese yo ocultar con un silencio infiel sus continuos beneficios al género humano, ¿no bastaria por todos su divina Maternidad, por la cual hubimos aquella Hostia pacífica, en que fundaba sus esperanzas la antigua ley: Hostia que ha sido, es y será consolacion



de la nueva: Hostia viva é inmaculada; nuestra santificacion y redencion, que quita los pecados del mundo, y nos purifica con su propia sangre? Por otra parte, ¿no es cierto que los templos consagrados á Dios en honor de esta gran Reina son como el arca del testamento en casa de Obededon, una fuente inagotable de bienes espirituales y temporales para todos los que la invocan, y un remedio universal de sus aflicciones? Recorred los anales y fastos de las diferentes naciones que se glorían de la proteccion de María, y hallaréis erigidos por todo el orbe cristiano muchos preciosos monumentos en señal de gratitud á sus innumerables beneficios.

¿Que no pueda detenerme á presentaros aqui todos los ilustres trofeos de las enfermedades y miserias humanas, que penden en nuestros templos como otros tantos monumentos eternos de la beneficencia de María! ¿Quién, os ruego, ha estimulado á los reyes para

que pongan baxo su poteccion su trono y sus estados? El carácter benéfico de María. ¿Quién, repito, estimula al guerrero para que la invoque en los combates, al marinero en la borrasca, al viagero en el peligro, al pobre en la miseria, al moribundo en la agonía? El carácter benéfico de María. ¿Quién estimula al pecador á implorar su augusto Nombre? El carácter benéfico de María. ¿Quién estimula al justo á buscar su proteccion para conseguir el don de la perseverancia? El carácter benéfico de María. ¿De dónde en fin dimanar como de asilo todas las gracias concedidas al pueblo cristiano, y el remedio de sus necesidades? Del carácter benéfico de María. Los Justinianos, los Heraclios, los Comnenos, los Montfortes, los Estanislaos, ¿no obtuvieron en este augusto Nombre la victoria de sus enemigos, y la seguridad de sus estados?

Pero no mendiguemos exemplos extraños. España, Señor, España misma,

que desde el suceso del Pilar se gloria de la augusta proteccion de esta Reina, ¿no podrá deponer sobre su singular beneficencia? Aqui D. Pelayo, príncipe de Asturias, encerrado en una cueva, y cubierto de piedras, dardos y saetas por una gran multitud de bárbaros, invoca su patrocinio, y ve perecer en un momento ochenta mil de ellos, unos penetrados de sus mismas saetas, y otros precipitados por los montes. Alli Alfonso VIII, rey de Castilla, triunfa baxo la misma proteccion de toda la morisma, dexando doscientos mil enemigos en el campo de batalla. Aqui Alfonso IX, rey de España, deshace un numeroso ejército de moros, dexando poblado de cadáveres todo el campo por la visible proteccion de esta reina. Alli Jacobo I de Aragon, llamado el *Victorioso*, despues de haber libertado tres grandes reinos del poder de los mahometanos, y de haber edificado infinidad de templos en honor de María, consiguió baxo

su patrocinio aquella memorable victoria del reino de Valencia, en que un sinnúmero de enemigos aparecieron muertos sin heridas.

¿Qué reino, qué provincia de las de este vasto imperio, qué cuerpo ya civil, ya militar, ya literario, ya eclesiástico no ha experimentado grandes beneficios baxo esta augusta Tutelar? Vosotros mismos, piadosos antequeranos, ¿cuántas veces no habeis sido favorecidos de vuestra Patrona en las necesidades espirituales y temporales? ¿No ha sido ella vuestro universal remedio en las urgentes tribulaciones de la hambre, de la peste y de la guerra? ¿Cuántas veces no hubiera peligrado vuestra vida y vuestra suerte eterna sin el socorro de María? ¿Cuántas no os ha prevenido con bendiciones de suavidad y de dulzura, para que no caigais en el abismo de las culpas? ¿Cuántas no os ha sacado de entre las mismas fauces de sataná con su poderosa intercesion? ¿Quién hay,



para decirlo de una vez, que no haya experimentado muchas el calor de su misericordia?

¿No podré yo, señores, concluir de aquí, que la Natividad de María, elevada por Dios á la mas alta dignidad, al poder mas sublime, á la mayor beneficencia que jamás se confirió á pura criatura, llenó de gozo al universo mundo, como precursora de la próxima redencion, y como remedio universal del género humano? Apoyado sobre estas verdades, que son el fundamento de nuestra religion y nuestra moral, ¿no podré complacerme con vosotros en tanta celebridad? ¿No podré con este motivo alentar vuestra confianza en la proteccion de tan excelsa, poderosa y benéfica Patrona? ¿No podré daros la enhorabuena de que militeis sobre la tierra baxo la tutela y amparo de una Madre que tiernamente os ama, y que es poderosa para destruir todas las huestes infernales, y salvaros de sus astucias y

ardides? Si conoceis pues, os diré con S. Bernardo, que fluctuais en el mar tempestuoso de este siglo, fixad la vista en el norte de María, para no quedar sepultados en sus ondas. Si se enfurecen los vientos de las tentaciones, si tropezais con escollos de tribulacion, recurrid á María. Si os turba la gravedad de vuestros delitos, si os confunde el horror de vuestra conciencia, y el terror del juicio, buscad vuestro refugio en María. En los peligros, en las angustias, invocad á María. No falte de vuestros labios, no se aparte de vuestro corazon, para que consigais el remedio universal en vuestras necesidades, porque no es posible, dice un padre de la iglesia, perezca un devoto de María. ¿Qué estímulo de confianza! ¿qué satisfaccion para vosotros los que os gloriais de su alta proteccion!

Mas no aprehendamos, señores, por luz las que son tinieblas. He dicho y repito, que no es posible perezca un

devoto de María. ¿Y quién es este? ¿por ventura el que se contenta de honrarla con los labios, sin amarla de corazón? Esta clase de devotos abunda mucho en el pueblo cristiano. Confesémoslo de buena fe, señores. ¿Qué es lo que tocamos por una lamentable experiencia? Innumerable multitud de gentes que concurren á este templo á solicitar el remedio de sus necesidades, pero que al mismo tiempo nada omiten de sus placeres, ó que mantienen de por vida el divorcio, la discordia, el pleito injusto, el trato sospechoso. Devotos de María, pero que ó no dan en conciencia su trabajo, ó retienen la sangre del pobre, ya defraudándole en sus limosnas, ó ya en sus justos salarios. Devotos de María, pero que viven como otros tantos fariseos llenos de orgullo y de soberbia, cargados de pasiones violentas, de vicios delicados y sutiles, y que baxo el pretexto de celo desacreditan sin cesar al sacerdote, al magistrado, á

las personas libres y casadas, hablando en tono de oráculos de la corrupcion del siglo y relaxacion de las costumbres, sin reformar jamas las suyas. Devotos de María, pero que no dexan la mala costumbre de jurar, de maldecir, de blasfemar, ni restituyen la hacienda ni la honra que han quitado, ni jamas se han propuesto un deseo sincero de convertirse á Dios. ¿Juzgais, señores, tengan vida estos huesos áridos de la religion, estos cadáveres de la fe, á cubierto de algunos actos de piedad, de algunas oraciones tibias, dirigidas á Dios por medio de su Madre? ¿Son estos los devotos que no pueden perecer? ¿Tendrán estos seguro su remedio en María?

¡Ah señores! en vano os gloriaréis de su alta, poderosa y benéfica proteccion, si no aprendeis á ser sus devotos verdaderos. Tales son, segun el espíritu de la iglesia, los verdaderamente convertidos, los que buscan su salud eterna, los que sincéramente se proponen volver á Dios, de quien se han separa-



do por la culpa, los que temen los juicios del Señor y desean amarle eficazmente, los que se apartan de las sendas de la iniquidad para entrar en las de la justicia, baxo la proteccion y amparo de Maria. Ninguno que persevere en este propósito padecerá ruina, todos se salvarán y conseguirán el remedio universal de sus males. Si somos pues hijos de Abraham, que sean de Abraham nuestras obras; quiero decir, si nos gloriamos del poderoso y benéfico patrocinio de Maria, si la veneramos por patrona, no pongamos impedimento á su influxo con el desarreglo de nuestra vida.

Augusta y soberana Madre, remedio nuestro, abogada nuestra, consuelo nuestro, dulce esperanza nuestra, desde el sόllo de grandeza á que os elevó el Todopoderoso no os desdeñeis echar una mirada favorable sobre nosotros. Pecamos, hemos errado las verdaderas sendas. ¿Mas cómo podremos volver á ellas, si el conductor nos falta? No somos dignos de tanto beneficio. Mas sois

Madre nuestra y del divino Salomon. Pedidle, os rogamos, por la paz del estado y de la iglesia. Cesen ya, Madre mia, los rigores de justicia que merecen nuestras culpas. No veamos mas desolaciones en nuestra patria ni en nuestro santuario: no veamos injuriado á vuestro Hijo, arrastradas y deshechas las imágenes de vuestro culto. ¿Qué, han de entrar en este templo incircuncisos de corazon? ¿han de profanar vuestros altares? ¿han de afean vuestro simulacro? Aquí de vuestra potencia benéfica. Rogad al Dios de los exércitos conmueva el desierto de sus corazones, que los atraiga y los convierta, para que todos conozcamos y confesemos que solo á Dios se le debe el honor, la fortaleza, la gloria, la virtud y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen.



## SERMON

DE ACCION DE GRACIAS,  
 predicado en el convento de S. Antonio  
 Abad de Granada, con el motivo del  
 Capitulo Provincial de los RR. PP. de  
 la Tercera Orden de Penitencia de  
 N. S. P. S. Francisco, celebrado en 5  
 de Julio de MDCCLXXXIII.

*Confiteor tibi Pater, Domine cæli et  
 terræ, quia abscondisti hæc à se-  
 pientibus et prudentibus, et revelasti  
 ea parvulis. Matth. XI.*

Yo te alabo, Padre y Señor del cielo  
 y de la tierra, porque escondiste es-  
 tas cosas á los sabios y prudentes  
 (segun la carne), y las descubriste  
 á los párvulos.

Asi habla (P. Rmo., Ven. Provincia,  
 congreso de sabios), asi habla nuestro

Redentor Jesucristo, dando gracias á  
 su Padre celestial en ocasion de haber  
 hecho las elecciones de sus discípulos,  
 destinados á la predicacion del evan-  
 gelio y gobierno de su iglesia; y con  
 las mismas palabras no dudo yo co-  
 menzar la solemne Accion de gracias  
 que da al Todopoderoso esta santa  
 Provincia, no solo por el singular  
 beneficio que acaba de recibir en la  
 eleccion pacífica de un superior igual-  
 mente sabio que prudente, y de unos  
 conjueces tan celosos como ilustrados,  
 sino principalmente por habernos da-  
 do en nuestro origen un padre tan  
 esclarecido en virtudes y tan bene-  
 mérito de la iglesia; hablo de nues-  
 tro patriarca S. Francisco de Asis,  
 este héroe de la ley de gracia, que  
 á la pureza de los serafines supo unir  
 el celo de los apóstoles: este héroe  
 de la pobreza evangélica, sobre quien  
 puso el mismo Dios sus ojos para los  
 mas altos designios de su Providen-  
 cia: este héroe favorecido del cielo



con la viva imágen, de Jesucristo: este héroe, reparador del santuario por el cúmulo de sus virtudes, y objeto de la aclamacion pública por el esplendor de su piedad, por el rigor de sus ayunos, por la austeridad de sus penitencias, por el desprecio que hacia del mundo y de sí mismo, por el celo de la honra de Dios y de su casa: este héroe glorioso aun sobre la tierra, colocado por el Señor á la frente de un pueblo indigente y numeroso, que pone en Dios toda su confianza, segun la expresion de Sofonias, y que abunda baxo la mano benéfica de su altísima Providencia: este héroe....

¿Mas para qué me canso, si no es posible reducir á compendio todas las bellas calidades y singulares privilegios con que Dios se dignó honrar á su fiel siervo Francisco, ni numerar todos los justos títulos que nos obligan á dar al Señor las mas rendidas gracias por habernos dado un padre tan ilus-

tre? Ciñome pues por ahora á proponeros la consumada prudencia con que desempeñó el ministerio de reparador de la iglesia que le habia encargado Jesucristo. Bastará echar brevemente la vista sobre su preciosa vida para descubrir los admirables rasgos de su prudencia, objetos dignos de la imitacion de todos sus hijos, tanto los súbditos como los prelados. La materia, si no delicada, es interesante, propia de esta cátedra y de las circunstancias. Pidamos las luces del Espíritu Santo por medio de la poderosa intercesion de María santísima. *Ave MARIA.*

*Confiteor tibi Pater &c.*

Cuando pretendo ensalzar la prudencia con que nuestro patriarca seráfico, para que sus hijos le imitasen,

supo conducirse á sí mismo y á sus súbditos, á fin de reparar la iglesia, no entiendo por *prudencia* cierto género de astucia criminal, propia de los sabios del mundo; prudencia con que acostumbran disimular los ardides de su corazón, ocultando el verdadero sentido de las palabras, para que lo falso pase por verdadero, y lo verdadero por falso; prudencia detestable, que los jóvenes aprenden con el uso, que los hace orgullosos, que les inspira amor á los honores, convirtiéndolos en esclavos de la vanidad, y víctimas de la ambición; prudencia que compensa con otros mayores los agravios que recibe, y que cuando la faltan fuerzas para ello, enseña á disimular con una paz aparente lo que no puede vengar con su malicia; prudencia totalmente carnal, característica de los hijos del siglo, y en que estos se aventajan mucho á los de la luz, según la expresión de Jesucristo; prudencia abominable, y que con mas

justo título merece nombre de malicia, como la llama S. Gregorio; prudencia en fin réproba, condenada por el evangelio, y que Dios confundirá según su oráculo.

Hablo pues de una prudencia que no sabe fingir; que ama, y no disimula la verdad; que sabe mas bien sufrir que cometer la ofensa; que no busca las ocasiones de vengarse; que coloca su mayor gloria en tolerar oprobrios por defender la verdad; que enseña á orar por los enemigos; que ama la pobreza y la humillación; que desprecia los bienes de la tierra por adquirir los del cielo; que busca y sigue á Jesucristo con la cruz de la mortificación; que cela en fin la gloria de su Dios.

A esta virtud sublime, aunque reputada comunmente por necedad y locura entre los mundanos, doy nombre de *prudencia*; prudencia que el Padre celestial oculta á la penetración de los sabios según la carne, y que



solo revela á los párvulos ó humildes segun el evangelio; prudencia que modera las virtudes, que sazona y dirige los ejercicios de piedad, ordenando los medios á su fin; prudencia que distingue la crueldad de la justicia, la fortaleza de la temeridad, la piedad de la supersticion, la presuncion de la esperanza, el temor de la pusilanimidad. A esta pues, que es la de la salud, llamo verdadera *prudencia*, y en ella afirmo que hizo Francisco maravillosos progresos en desempeño del ministerio de reparador de su iglesia con que le habia honrado Jesucristo, y para enseñanza nuestra asociados al mismo por herencia. Economía santa, superior á toda fortaleza, como se explica el sabio, y que elevó á nuestro padre seráfico á tan alto grado de excelencia, que debe ser mirado por todos como el siervo fiel y prudente del evangelio, constituido por Dios sobre su familia.

Reflexemos. Nace Francisco en el

seno de la esplendidez y la abundancia; mas aunque empeñado en el comercio del siglo, jamas perdió de vista el grande y único negocio de la eternidad. Oye la voz de Dios como otro Samuel, y la obedece como otro Paulo. Renuncia de la opulencia y de los intereses mundanos, y con prudencia cristiana se entrega á Dios sin reserva. Verdadero imitador de Jesucristo se retira al desierto para triunfar de su enemigo. Firme en el propósito de buscar á su amado, ni se intimida con las amenazas de su padre, ni le abaten los malos tratamientos que éste y los demas parientes le hacen sufrir. Fixo en la imagen de Jesucristo desnudo sobre la cruz, elige por su patrimonio la pobreza, renunciando ante el obispo de Asís no solo de sus derechos, sino tambien de sus vestidos, y hasta de su misma filiacion, diciendo á su padre con entereza y alegría: hasta aqui os he llamado padre en la tierra, pero desde ahora diré con mas confianza:

Padre nuestro, que estás en los cielos, en quien pongo toda mi esperanza, y quien es todo mi tesoro.

Libre ya por medio de esta resolución generosa de los vínculos de la carne y de la sangre, para seguir mas de cerca á Jesucristo huye á la soledad, donde habla Dios al corazón. Allí como inocente paloma gime entre las cavidades de las peñas, alaba y bendice á su Criador, contempla sus maravillas, le da continuamente gracias por haberle sacado como á otro Abraham de la Ur de los caldeos, y emprende un género de vida austera, mortificada, penitente, á imitación de su Gefe, de Elías y el Bautista.

¡Qué sería ver á Francisco, este nuevo morador de los desiertos, convidando á las aves y á las bestias á que le acompañasen en las alabanzas de su Criador! El silencio de la noche, como se explica un orador de nuestro siglo, el mormullo de los arroyuelos, el suave canto de las aves, el cielo, este libro

abierto y elocuente de las maravillas del Señor, ¡qué estímulo para Francisco! ¡qué incentivo para amar á su Dios! ¡qué poderoso motivo para cantar sus alabanzas, y publicar su gloria y su magnificencia! ¡qué consolaciones no recibe en su conversacion con el Señor! ¡qué dulzura en la contemplacion de sus adorables perfecciones! ¡qué raptos en la consideracion de sus grandezas! Vosotros, vanos amadores del siglo, no teneis idea de estas sublimes ventajas, que solo sabe apreciar y dirigir en los justos la prudencia de la salud eterna, único fin de nuestra peregrinacion, y objeto de nuestros desvelos.

Bien hubiera querido Francisco vivir siempre en su amada soledad ignorado del mundo, y solamente conocido de Dios. Pero la luz no fue criada para que estuviese oculta, sino para ser colocada sobre el candelero, é iluminar á todo el mundo. El Señor, que le destinaba para sus altos fines, hizo



110 SERMONES

volar por todas partes la fama de su santidad. Los poderosos, los pobres, los ignorantes, los sabios, todos hablan de Francisco como de un hombre de Dios; respetan sus virtudes y solicitan su direccion.

El mismo Jesucristo le inspira aquella máxima de su divina prudencia; conviene á saber, que no es bueno vivir para sí solos, sino que es menester trabajar para el bien de los demas: y queriendo que este nuevo Abraham, que habia salido de su casa y de su tierra por obedecerle con fidelidad, fuese célebre por su nombre y por una innumerable descendencia, le llena de bendiciones para constituirle como á siervo fiel y prudente sobre una dilatada familia, que acreditase eternamente sobre la tierra la Providencia de su Señor, y que fuesen obreros infatigables de su viña. Llama pues á Francisco como á otro Moysés, para comunicarle sus voluntades. Vé, Francisco, le dice, y repara mi

VARIOS. 111

iglesia, que amenaza ruina.

Pero, ¡ó mi Dios! ¿en qué circunstancias? Echad por un momento la vista sobre aquellos dias lúgubres, en que vió la iglesia salir de su seno á los albigenses, que mezclando con destreza el buen trigo con la cizaña, trabajaban sin cesar por obscurecer la belleza del santuario, persiguiendo á sus ministros, combatiendo y despreciando los dogmas, profanando y arruinando los templos, y ultrajando los mas augustos misterios; dias funestos, en que los enemigos de la religion, contratando alianzas con Federico y otros poderosos, se empeñaban con ardor en trastornar la iglesia por sus mas profundos cimientos; dias lamentables, en que los católicos mismos, por la relaxacion de sus costumbres, servian de tropas auxiliares para tan execrable designio. Reinaba por todas partes la ambicion, la usura, la mala fe, la soberbia, el ódio, la venganza, el dolo y la injusticia. La sensualidad é

impureza, este vicio abominable que debería ser desconocido en el mundo, habia tomado un ascendiente infeliz sobre todos los estados, de suerte que toda la carne, no menos que en tiempo de Noé, tenia corrompidos sus caminos.

En circunstancias tan difíciles elige Dios á Francisco, este nuevo Gedeon de la ley de gracia, que debia erigirle altares sobre las ruinas de Baal. ¿Le juzgais por ventura intimidado como á Moysés y Jeremías á vista de las gravísimas dificultades que la reforma del mundo le presenta? Nada menos. Fiel á la voz de su Maestro, se persuade como otro Pablo, que nada le es imposible, y que lo puede todo en el Señor, que le conforta. Su prudencia le sugiere las armas que debe emplear para una empresa tan árdua. No son poderosos exércitos, soldados agueridos, capitanes experimentados con los que pretende sujetar el mundo al imperio de la cruz. Verdadero imita-

tor del apóstol, no pone su confianza en el pomposo aparato de una vaná elocuencia, mas propia para seducir que para formar el espíritu en sana doctrina; se gloria no saber mas que á Jesucristo crucificado; en su Nombre únicamente va á echar la red como el Príncipe de la iglesia para sacar á los mas grandes pecadores del abismo de su iniquidad. Medita sobre la raíz de todos los males, y halla que segun S. Pablo es la avaricia, y que todos estudian en ella, como se explica Jeremías. Elige pues como medio necesario para contrarestar á este mónstruo la renuncia del mundo y de todos sus bienes aparentes. Sobre este sólido fundamento se propone instituir sus tres órdenes, persuadido á que cortado el mal en su raíz, era ya fácil el cumplimiento de los preceptos y consejos evangélicos. En consecuencia hecha eleccion de sus discípulos para enviarlos á evangelizar el reyno de Dios, les intima á imitacion de Jesucristo, que renuncien de



todo, sin llevar mas equipages ni provisiones que lo que voluntariamente les quiera suministrar la piedad de los fieles, para renovar asi el espíritu de la pobreza y desnudez evangélica.

No faltó desde luego, ni aun en los últimos siglos han faltado quienes gradúen de ociosos y vagamundos á los que abrazaron en su origen y siguen en el dia esta generosa resolucion, acusando á los mendicantes de gente fanática, visionaria, molesta y perjudicial á la república. El abad de Fleuri, á quien los críticos de nuestros dias siguen en esta parte sin exámen, aunque venera la santidad de nuestro patriarca, no duda representarle como un buen hombre, seducido del amor propio, sin la prudencia y luces necesarias para penetrar el espíritu del evangelio, y que solo entendió materialmente ó segun la corteza aquellas palabras que Jesucristo dixo á sus apóstoles; conviene á saber: no poseais ni oro ni plata, ni trai-

gais dinero en vuestras bolsas; en las cuales, segun nuestro erudito historiador, solamente quiso prohibirles la avaricia.

No me permite el tiempo, P. Rmo., rebatir en esta hora una calumnia tan grosera, tan injusta é injuriosa no ménos á la infinita sabiduría de Dios, supremo Legislador, que á la prudencia singular de nuestro patriarca. Lo cierto es que si muchos intérpretes del carácter de nuestro pretendido crítico se hubiesen dedicado á ilustrar el evangelio, hubiera hecho éste progresos considerables, y tendria toda la luz necesaria en los puntos mas difíciles. Mas por desgracia nuestra semejantes expositores no se han aplicado á ilustrar las escrituras.

De cualquier modo la sola aprension, como dice un sabio, de tener que desprenderse del siglo, de sus rentas é intereses para ser perfecto, parece no causaba menos tristeza en la imaginacion de nuestro crítico, que causaron

al jóven del evangelio aquellas palabras de Jesucristo: si quieres ser perfecto, vé y vende todo lo que posees, dalo á los pobres, y ven y sígueme; y estoy persuadido que nuestro sabio no hubiera salido mejor librado que Ananías y Safira, si hubiese tenido que ofrecer como estos el valor de su patrimonio á los pies de S. Pedro. La prudencia cristiana, P. Rmo., dista mucho de los juicios de la carne, si se digna Dios comunicarla á los sabios y prudentes segun el siglo; antes sí para confundir su orgullosa sabiduría permite sea reputada de ellos por necedad, como se explica S. Gregorio.

Quería Francisco reparar el estado de perfeccion y de pobreza de la iglesia primitiva, y con singular prudencia instituye un pueblo nuevo, libre de la corrupcion del siglo, enemigo declarado de la avaricia y de la ambicion que ella inspira, y que hiciese florecer la sencillez apostólica. A este fin instruye á sus discipulos en las mismas

máximas que Jesucristo á los suyos cuando los envia á predicar el reyno de Dios.

Apenas este nuevo Moysés descende del monte con las tablas de la ley; el pueblo de Dios se multiplica aun en medio de las mismas persecuciones. De lo mas remoto de España, de Francia, de Alemania parte una multitud de jóvenes, que venidos á Italia, buscan á Francisco para decirle lo que el ejército de Judéa á Simon Macabéo: tú serás nuestro gefe, y nosotros haremos lo que tú nos mandes. Bien presto la Porciúncula, esta madre fecunda, no puede abrigar en su seno tantos hijos ilustres, viéndose precisada á derramarlos por otras muchas regiones á evangelizar el reyno de Dios, despues de haberse celebrado el primer capítulo general. ¡Qué gloria para Francisco verse en esta asamblea presidiendo á mas de cinco mil religiosos! ¡Quién no exclamaria con el profeta Balaam á presencia de



un semejante espectáculo, ¡cuán hermosos son tus pabellones, ó Jacob, y tus tiendas, ó Israel! ¡Qué gloria para Francisco, repito, ver salir del seno de su familia una multitud de obreros evangélicos á llevar el santo Nombre de Jesucristo á las regiones mas remotas, y á defender la religion con su palabra, con su pluma y con su sangre delante de los reyes y poderosos del mundo! Danieles, Simarinas, Buenaventuras, Antonios, Luises, Bernardinos, Capistranos, dadme aqui testimonio de esta verdad. El mundo, por mas corrompido en sus máximas, hará siempre justicia á vuestros trabajos apostólicos.

Pero estos son solamente los primeros ensayos de Francisco en orden á desempeñar su ministerio de reparador de la iglesia. Su amor se extiende á todo el género humano. Conoce que no todos pueden ser religiosos; que la sociedad debe ser tan durable como el mundo; que en la tierra

no menos que en el cielo debia haber diferentes gerarquías, y que no podia disputarse á la gracia el poder de santificar á cada uno en su estado. Dicitale pues su prudencia la institucion de un tercer orden que comprehendiese uno y otro sexó, el matrimonio y el celibato: un orden, como se explica un orador de nuestro siglo, donde pudiesen profesar los soldados sin abandonar las armas, los negociantes sin renunciar de sus comercios licitos, los magistrados sin dexar sus togas, los príncipes y los reyes sin degradar su trono, los pontífices sin deshorrar las tiaras; un orden en fin que admitiese tantas condiciones como el cielo. Pensamiento sublime, hijo no de una política carnal y mundana, sino de una prudencia evangélica, heroica y generosa, de una prudencia revelada no á los necios é ignorantes presumidos, sino á los párvulos en malicia, á los sabios humildes, como S. Agustin se explica; de una prudencia finalmente per-

fecta; cristiana y acreditada por Francisco en su gobierno para instruccion de sus hijos. Renovad aqui vuestra atencion. Dios quiere ser alabado en sus obras.

Bien quisiera Francisco vivir siempre baxo la sujecion y dependencia de súbdito; pero como Dios le destinaba para gefe de su familia, se vió precisado á inspirarle aquellas sabias máximas de gobierno que estimó conducentes al fin que se proponia; es decir, al logro de su salud eterna. Vela incansante; como reflexiona un sabio, sobre el rebaño que Dios le ha encomendado; sigue sus pasos, averigua sus intenciones, observa sus modales, ceta sus exercicios, exámina sus ocupaciones, medita sus enfermedades, alienta, exhorta, ruega, reprehende, corrige. Enemigo de toda indiscrecion, nada manda que primero no observe; Heva el peso que impone, para no incurrir en la inconsecuencia de los fariseos, y enseña á obedecer por la obe-

diencia misma. La suavidad y la fortaleza, estos dos caractéres de la prudencia directiva del Salvador, son el objeto de la imitacion de Francisco en su gobierno. Manda á Fr. Pedro Cateo que suavice su rigor con estas notables palabras: ¿en qué conoceré yo que amas á Dios, y á mí su siervo? En que cualquier religioso que llegare con culpa, aunque sea un gran pecador, no se aparte de tu presencia sin misericordia, y aun solicítalo para que te la pida, ni le des otra penitencia que la que Jesucristo dió á la Magdalena: *vade in pace, et noli amplius peccare*. Lejos de nuestro patriarca la dureza imprudente, la crueldad farisáica, el afectado rigorismo.

Mas no por esto imagineis que aprobó Francisco la indolencia en el gobierno. Sabia disimular como varon prudente; pero jamas dexaba correr impunes los delitos por conservar aquella falsa paz de que se lamenta un profeta. La fortaleza, P. Rmo., no es



menos propia del superior que la dulzura; y la prudencia dicta que se conduzca de distinto modo con los frágiles que con los incorregibles, con los sumisos que con los soberbios, con los transgresores públicos de las leyes que con los ocultos.

En crédito de estas verdades vemos no rara vez á Francisco severo y fuerte, ya con Fr. Elías cuando se presenta en hábito profano, ya con su mismo compañero cuando forma juicio temerario de un pobre, ya con un anciano que habia escandalizado con impurezas á un jóven, ya en otras muchas ocasiones en que le dictaba su prudencia debia armarse de celo para reprimir el crimen, vindicar la inocencia, sostener con vigor la causa de Dios, y arreglar el fervor indiscreto.

El gobierno, PP. MM. RR., pide mucha discrecion, y es necesaria una singular prudencia aun para los ejercicios mismos de piedad. El vehemente fervor, dice S. Bernardo, precipita

cuando no va conducido por la prudencia. Hermanos míos, decia un día Francisco á sus hijos, si se me hubiese consultado, yo hubiera examinado sus fuerzas y moderado su fervor. Así hablaba con algunos que por sus mortificaciones excesivas se habian hecho inútiles á la religion, prohibiéndoles expresamente semejantes austeridades. ¡Ah cuánto seria de desear volviese aquel siglo feliz, en que se vió obligada la caridad á templar el rigor de la penitencia!

Así conducia este siervo fiel y prudente la familia que Dios le habia encomendado sobre la tierra. Así desempeñaba la gloriosa comision de reparador de la iglesia que su Señor le habia encargado. Conducta sábia, conducta siempre uniforme, que le hacia agradable á Dios y á los hombres, y que junto con las bendiciones del cielo, le grangeaba la estimacion de los pueblos. Todo el mundo le seguia, aplaudia sus consejos, veneraba sus

máximas, solicitaba su direccion: hasta el mismo sultán de Egipto, Meledin, este hombre fiero é inhumano por naturaleza, y cuyas manos teñidas aún con sangre de cristianos respiraban crueldad, trata á Francisco con la mas alta estimacion, le honra, le admira y franquea sus tesoros en vez de la corona del martirio que él buscaba.

Francisco sin embargo de ser un espectáculo de admiracion para el mundo, se considera á sí mismo como el objeto mas vil y digno de desprecio. Verdadero imitador de S. Pablo, este vaso de eleccion destinado á llevar el Nombre de Jesucristo á las naciones de la tierra, se juzga nuestro patriarca como un vaso inútil, digno del olvido. La humildad preside en todas sus obras. Si en Poreiúncula está á la frente de todos sus hijos, solo se distingue de ellos por la superioridad de su modestia. Si va á Roma á obtener la confirmacion de su regla, la humildad habla y solicita por boca de

Francisco. Si el papa no condesciende á su peticion al principio, con silencio humilde y modesto espera Francisco respuesta favorable. Si el pontífice aprueba su instituto, su humildad le hace evitar toda vana ostencion de gefe. Las raras virtudes con que Dios le distingue sirven á Francisco como un nuevo estímulo de humillacion en su presencia. La vanidad jamas corrompió sus méritos, y siempre se reputó á sí mismo como el mayor de los pecadores: ni creia tener otra cosa que virtudes imperfectas y vicios efectivos, mandando á uno de sus discípulos que le reprehendiese sus defectos, para balancear por medio de este lenguaje injurioso la veneracion que le daban. El espíritu de humildad, para decirlo de una vez, le impidió su ascenso al sacerdocio, haciéndole creer que era indigno de tan alta dignidad.

Mas el Señor le ensalzaba y distinguía á proporcion que él se humi-



llaba. Es costumbre de los grandes príncipes dar muestras de particular estimacion á sus valídos. Yo no hablo aquí de las raras virtudes que distinguen á Francisco del comun de los santos. Hablo únicamente de la impresion de sus llagas con que le honró Jesucristo. Este nuevo Moysés descende del monte Alberna todo resplandeciente con las insignias del Redentor, caracteres augustos que le asemejaban al Crucificado, y que conservó gloriosamente todo el resto de su preciosa vida.

¡Que no pueda yo, señores, detenerme á manifestaros la singularidad de este privilegio, la fiel correspondencia de Francisco á tan grande beneficio, su infatigable solicitud por el bien de las almas, los rápidos progresos de sus tres órdenes baxo la prudente conducta de este llagado serafin, las grandes ventajas que ellas han producido en toda la iglesia católica, dilatando el imperio de la

cruz por el Asia, por la Europa, por Africa y por América hasta los confines mas remotos del mundo, sin otras armas que la pobreza y renuncia de todo lo terreno, la humildad, la obediencia, el amor á Dios y á sus hermanos!

Prudentes del siglo, sabios segun la carne, vosotros jamas podreis comprender cómo han podido subsistir por tantos siglos semejantes establecimientos, sin mas fondos por lo comun que los de su providencia. Mas entretanto que fatigais vuestra imaginacion carnal con discursos vanos, confesad á lo menos estos hechos que no podeis desmentir, pues ellos bastan á convencernos que son obra singular de Dios, concebida en sus eternos designios para reparacion de su iglesia, y revelada no á un sabio segun la carne, sino al humilde Francisco, que supo conducirla á su perfeccion por medio de una prudencia evangélica y de unas reglas que sir-

viesen de modelo á sus hijos, herederos sobre la tierra de su elevado ministerio.

Atendamos pues, os ruego, á la cantera de donde hemos sido cortados. No seamos ociosos admiradores de la prudencia celestial de nuestro padre. Si por tanto beneficio somos obligados á dar á Dios rendidas gracias, no perdamos jamas de vista tan singular maestro, procurándole imitar en todas sus acciones. Su fidelidad, su celo, su total renuncia del mundo, su dulzura con los delinquentes sumisos, su fortaleza con los rebeldes y soberbios, su humildad y desprecio de sí mismo, hé aqui los caracteres de la prudencia apostólica de Francisco, la economía santa, la sábia conducta que nos debemos proponer por modelo de imitacion en nuestras operaciones, ya como súbditos, ya como prelados. Lejos de nosotros todo afecto terreno, toda crueldad, toda venganza, toda ira, toda simulacion, toda avaricia,

el esplendor de la religion, conservaremos su espíritu, su perfeccion y disciplina evangélica, harémos cierta nuestra vocacion, estimable y glorioso nuestro nombre, nuestra vida feliz, dichosa nuestra muerte, y agradable á Dios nuestra accion de gracias. Amen. DIXE.





## SERMON

## DEL MIÉRCOLES DE CENIZA,

predicado en el convento de S. Antonio  
Abad de Granada año de 1770.

*Convertimini ad me in toto corde vestro,  
in jejunio, planctu et fletu. Joel. II. 18.*

**H**ombres de polvo, divinidades de barro, cuyo Dios es el vientre y las delicias; vosotros, que deslumbrados con el falso oropel de las riquezas y vanidades del siglo, desatendeis la dignidad del alma, y el único fin para que fue criada; ya es hora que desperteis del profundo letargo que os aturde, y que deis á vuestro espíritu el honor que le es debido, segun la

expresion del eclesiástico. Es una confusion vergonzosa, por no decir criminal, que ocupados únicamente en indagar el curso de las estrellas, la situacion de los astros, la virtud de las plantas, las propiedades de los brutos, la anatomía de los cuerpos, los títulos de la nobleza, el espíritu de las leyes humanas, olvideis el de las divinas, y toda la importante economía de las obras de la gracia. Como si fueseis solamente criados para la diversion, y pasarlo bien en esta vida, decís no rara vez en vuestro corazon ingrato lo que el impio, segun el testimonio de S. Lucas: «Des-  
»cansa, alma mia, come, bebe, huél-  
»gate:» ó con aquellos de quienes habla el sabio: «Llenémonos de vino  
»precioso y de perfumes, antes que  
»se nos pase la flor del tiempo: co-  
»ronémonos de rosas antes que se mar-  
»chiten: no haya prado alguno que  
»no recorra nuestra lascivia; goce-  
»mos todos de nuestras diversiones,

»y dexemos en todas partes señales de  
»alegría, porque esta es nuestra he-  
»rencia y nuestra suerte.” ¿Qué mas  
podría decir, para explicarme con pa-  
labras de S. Basilio, el que juzgase tener  
alma de un bruto, pues olvidados de los  
bienes del alma, únicamente hablan de  
los destinados al cuerpo?

Pero ;ó qué distinto lenguaje el  
del Espíritu Santo por boca de sus pro-  
fetas! Oid cómo se explica por Joel:  
convertíos á mí con todo vuestro co-  
razon, con ayunos, llantos y gemidos.  
Hé aqui la imágen de un verdadero  
penitente; hé aqui las ocupaciones de  
un cristiano que desea salvarse; hé  
aqui el espíritu de la moral que pro-  
fesamos; hé aqui el origen del ayuno  
y mortificacion del santo tiempo de  
cuaresma, que hoy nos intima la igle-  
sia en la augusta ceremonia de las ce-  
nizas. No será pues fuera de propósi-  
to hablaros sobre una estrecha obli-  
gacion del cristianismo, que son mu-  
chos los que la ignoran, y mas los que

ó por indolencia ó por desprecio no  
la observan; como si el pecador pu-  
diera salvarse sin penitencia, ó con-  
quistarse el cielo sin violencia contra  
lo determinado por Dios. Hablemos  
pues en primer lugar del dogma del  
ayuno; y en segundo del espíritu del  
ayuno: dos breves reflexiones dignas  
de esta cátedra, acomodadas á las  
circunstancias del tiempo y á la ins-  
trucccion de mis oyentes. Pidamos las  
luces del Espíritu Santo por medio de  
la poderosa intercesion de María san-  
tísima. *AVE MARIA.*

*Convertimini ad me &c.*

La santidad y necesidad de las buenas obras para salvarse es un dogma de nuestra religion, establecido sobre las santas escrituras, confirmado por la tradicion de todos los siglos, y decidido



por la iglesia contra Lutero, Calvino y sus secuaces. Entre otras obras de esta naturaleza merece singular atencion el ayuno, que en general no es otra cosa que un tiempo y exercicio de mortificacion, consagrado á Dios para aplacar su ira, satisfacer por las faltas que le han irritado, y atraer sus bendiciones. Parece que la naturaleza misma quiso inspirarnos su práctica, pues cuando estamos poseidos de una grande tristeza perdemos el apetito y rehusamos la comida.

Prescindiendo por ahora de otras diferencias, dividamos el ayuno en eclesiástico y espiritual. Este consiste en la total renuncia del pecado, y aquel en la abstinencia y única comida que la iglesia prescribe en ciertos tiempos y dias, como un riguroso precepto que liga á todo fiel cristiano que á consejo de ambos médicos no esté legítimamente excusado. Empecemos por su institucion y necesidad, dexando para despues el modo de practicarlo

para que nos sea útil.

El precepto que Dios impuso á nuestros primeros padres, prohibiéndoles comiesen la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, vino á ser al mismo tiempo una prueba de su obediencia al Criador, y el origen de todas las leyes divinas concernientes al ayuno. Oigamos á los padres de la iglesia. Como Adan, dice San Atanasio, fue arrojado del paraíso por haber comido del fruto prohibido, es la obediencia á la ley del ayuno la que debe abrirnos la puerta. Por tanto apenas crió Dios al hombre, luego al punto, segun S. Juan Crisóstomo, le puso el freno del ayuno. Si en el paraíso fue este necesario, añade, ¿qué será fuera? Si antes de la llaga fue útil la medicina, ¿no será despues necesaria? Si cuando no habia aún rebelion de pasiones se nos habian dado armas oportunas, ¿cuánto mas necesitaremos de ellas despues de la cruda guerra de sensualidad y de ape-

titos que nos ha movido el demonio? Se necesita pues del auxilio del ayuno. Aun cuando Dios, dice Tertuliano, no hubiese ordenado el ayuno, deberíamos no obstante expiar por la hambre la golosina que desde el principio del mundo introduxo la muerte en la humanidad. Ayunamos una cuaresma por tradicion apostólica, y todo el mundo conviene en esto con nosotros, como se explicaba S. Gerónimo. S. Agustin, hablando sobre la materia, dice que todo lo que observa la iglesia universal, aunque no esté establecido en los concilios, se tiene por derivado de los apóstoles. El Nacianceno, escribiendo al magistrado Celusio, que no ayunaba la cuaresma, le reprehende en esta forma: tú, ó juez, cometes en no ayunar un gravísimo crimen. ¿Cómo guardarás las leyes humanas, menospreciando así las divinas? No hay continente, decía S. Basilio, isla, ciudad, nacion, canton de tierra el mas remoto, donde no sea

proclamado este ayuno. Los exércitos, los caminantes, mercaderes, navegantes, por lejos que esten de sus casas, oyen en todas partes su solemne promulgacion, y la reciben con alegría. El número de los que ayunan se extiende á los hombres de todos los siglos, de todas clases y dignidades. Los ángeles forman las listas de los que ayunan; cuidad de que el nuestro ponga en ellas nuestro nombre, y no desertemos del estandarte de nuestra religion. S. Ambrosio, S. Hilario, san Bernardo, S. Isidoro, de una vez, todos los padres se explican en semejantes términos; pero entre otros merece mucha atencion S. Ireneo, que siendo del segundo siglo, habla ya de la obligacion del ayuno cuadregesimal, apoyándola en la tradicion de sus mayores; es decir, de los discípulos de los apóstoles. Ni debe ser omitido san Dionisio Alexandrino, que á mediados del siglo tercero, hablando del ayuno de los seis dias inmediatos á la pas-



cua, dice que algunos pasaban esta semana sin tomar ningun alimento; otros lo hacian asi por cuatro dias, y otros por dos solamente. Origenes tambien hace por el mismo tiempo expresa mencion de los cuarenta dias destinados al ayuno. Añadid al testimonio de la tradicion el de los concilios. En los cánones atribuidos á los apóstoles, porque contienen su doctrina, se ordena que el clérigo que no observe el ayuno de la cuaresma sea depuesto, y el secular ó lego excomulgado. Celébrense dos sínodos, dice el concilio general Niceno, uno antes del ayuno de los cuarenta dias, para que apaciguadas todas las disensiones, y purificadas las almas de toda mácula, puedan presentarse puras delante de Dios. El emperador Constantino para esforzar los decretos de este concilio acerca del tiempo de celebrar la pascua, se queja de algunos que no observan los ayunos mandados antes de ella. Muy poco despues se celebró el con-

cilio de Gangres, cuyo cánon 19 es un anatema contra los que no guardan el ayuno prescrito por la iglesia. El laodiceo manda, que durante la cuaresma no se usen sino alimentos secos. Y prescindiendo por ahora de otros, el concilio VIII toledano declara, que el que no hubiere ayudado toda la cuaresma será mirado como indigno de la resurreccion del Salvador, y de la participacion de la comunión pascual; imponiéndole por pena la prohibicion de comer carne durante todo el año.

Pero ¡ó tiempos! ¡ó costumbres! ¡ó corrupcion del siglo! ¡ó deplorable abandono de las leyes mas sagradas! ¿Quién hay que no se crea legítimamente excusado del precepto? ¿Cuál es el que no alega ya la debilidad de estómago, ya la de cabeza, ya el maréo, ya la fluxión, ya las ocupaciones, con otras mil excusas frívolas? Con ellas, y sin consulta de médico ni de confesor ilustrados, ha-

siendo de jueces en causa propia, sacuden los mas la obligacion, quebrantan el precepto, juzgándose en plena seguridad de conciencia, mientras Dios los reprueba. ¿Tanta flaqueza para excusarse de las leyes del ayuno, y tanta fuerza y teson para quebrantar las demas? ¿Tantas culpas, y tan ninguna mortificacion? ¿Ignorais que el hombre pecador que ha perdido la gracia del sacro bautismo no puede ser salvo sino por la penitencia, por el ayuno, la oracion y demas buenas obras? ¿Ha prescrito por ventura la religion con el tiempo? ¿ó ha deferido Dios á vuestra pretendida delicadeza en favor de vuestros pecados? Ah señores! uno es Dios, uno el bautismo, una la fe, una la moral de Jesucristo, unas sus obligaciones, que desde el cedro hasta el hisopo; es decir, desde el mas alto monarca hasta el infimo plebeyo comprehenden respectivamente á todos. El ayuno está incluido en la necesidad de la penitencia para des-

armar la cólera de Dios, y atraer sus bendiciones sobre la tierra. Así lo creyeron los penitentes y los justos de todos los siglos. La penitencia sin el ayuno, dice S. Basilio, es vacía é inútil; ayunando, sigue, satisfacemos á Dios.

David humillaba su alma con el ayuno, y á veces por tan continuo se le debilitaban las rodillas. Josué y los ancianos permanecieron postrados delante del arca sin tomar alimento hasta el fin de la tarde por la derrota que habia padecido el ejército de Israel en el cerco de Hai. Las once tribus del pueblo de Dios que habian tomado las armas contra la de Benjamín, viendo que no podian resistir á los que salian de las puertas de Gabaá, se postraron delante del arca, y ayunaron hasta la tarde. Temerosos en otra ocasion los judíos de ser derrotados por los filisteos, se congregaron en Maspha delante del Señor, y ayunaron hasta puesto el sol. David



asimismo ayunó durante la enfermedad del hijo primero que tuvo en Bethsabé, muger de Urías.

El ayuno en efecto precedia siempre á las grandes empresas, ó á los grandes peligros. A él recurrieron Saul para combatir á los filisteos; Josafat para defenderse de los moabitas y ammonitas; Esdras y los judios que le acompañaban á Jerusalem; los habitantes de Bethulia á vista de las tropas de Holofernes; Esther y los de su pueblo para inclinar á Dios á que impidiese la execucion del edicto exterminador de Amam; Judas Macabeo contra Georgias y Nicanor, enemigos irreconciliables del pueblo de Israel; Daniel, Nehemías y muchos otros justos en sus aflicciones. ¿Mas qué digo? Aun los mas grandes pecadores inclinaron la misericordia de Dios, y desarmaron su justa cólera luego que se humillaron con la penitencia y el ayuno. El suceso de los ninivitas será siempre una prueba ir-

refragable de esta verdad. El malvado rey Acab con el ayuno y penitencia pacificó la indignacion divina. Es pues constante, señores, que debemos todos sujetarnos al ayuno, como á una ley promulgada solemnemente por la iglesia, cuyo origen es divino, cuya observancia de necesidad, y cuyos efectos los mas saludables, como nos es fácil ver en la escritura, la tradicion, los concilios y los padres. Ayunemos, dice S. Basilio, porque hemos pecado: ayunemos para evitar el pecado. Miremos esta mortificacion como parte de nuestra penitencia, como un remedio contra nuestras pasiones, como un medio ventajoso para triunfar de nuestro comun enemigo, que continuamente nos rodea para ver si puede devorarnos. Este es el fin de la institucion del ayuno. Con él se preparó Moises para recibir la ley, y con él triunfó el profeta Elías de todos sus enemigos. ¿Qué mas? El mismo Jesucristo, la santidad por na-

turaliza, y que con un soplo de su divino aliento podía no solo rechazar, sino exterminar y aniquilar á Satanas, se dignó emprender el riguroso ayuno de cuarenta días con sus noches, para darnos exemplo, y mostrarnos las armas á que no puede resistir nuestro adversario. ¿No será justo pues que nosotros, pecadores en nuestro origen, concebidos en culpa, y cubiertos con la lepra de tantos pecados, desertemos de las banderas de nuestro gefe y maestro, alegando frívolas excusas para sacudir el peso de la ley, y en ella uno de los medios mas poderosos para aplacar á Dios, y triunfar de nuestros enemigos? Yo bien sé que hay personas legítimamente excusadas; pero éstas, á excepcion de los enfermos actuales, de las embarazadas, de las que estan criando, de los que se ocupan en trabajo recio, y de los que tienen indulto pontificio para no ayunar, deben consultarlo antes de creerse exóneradas con el médico y con el confesor para

proceder sin remordimiento de conciencia. Y advierto, que no inducen menos estrecha obligacion las témporas y las vigiliias de todo el año que el santo tiempo de cuaresma, sobre el cual padece ordinariamente el pueblo una crasa y culpable ignorancia.

Ni nos debemos contentar con la observancia material del ayuno. Es menester que le acompañe el del espíritu, para que sea agradable á Dios y útil á nosotros. ¿El ayuno que yo escogí, dice el Señor por Isaías, consiste acaso en que un hombre afija su ánima por un día, ó en que encorve como un arco su cabeza, y haga cama de saco y de ceniza? ¿Por ventura llamarás esto ayuno y día acepto al Señor? No es este el ayuno que yo escogí. Romped las ligaduras de la impiedad, desatad los vínculos que os oprimen, dad por libres á los que habeis perjudicado con tratados injustos y usurarios. Partid con el hambriento vuestro pan, hospedad á los pobres peregrinos, vestid al desnudo y no despre-



cieis á vuestro semejante. Si así lo hiciéreis brillará vuestra luz como la aurora; marchará delante de vosotros la justicia de vuestras obras; os protegerá la gloria del Señor; le invocareis y os oirá.

Si solamente hubiera pecado la gula, dice S. Bernardo, bastaría que ayunase ella sola. Mas si también han pecado los miembros, ¿por qué no deberán ayunar? Ayunen pues los ojos, absteniéndose de miradas curiosas... Ayune la lengua de murmuraciones y detraiciones de palabras inútiles y vanas.... Ayune el oído propenso siempre á fábulas y rumores, absteniéndose de escuchar ociosidades ajenas de la salud eterna.... Ayunen las manos de toda obra y señal mala.... Ayune principalmente el alma de todos los vicios, y renuncie de su voluntad propia para conformarse á la de Dios, que reprobua todo ayuno que carece de estas calidades.

En efecto, por austero y riguroso que él nos parezca, es infructuoso delante del Señor si no va acompañado de

sentimientos de oración, de penitencia y de suspiros, que le hacen eficaz; pero si ayunamos animados de este espíritu, nos harémos agradables á Dios, que no sabe despreciar á un corazón contrito y humillado. Oid cómo se explica por un profeta: ceñíos y llorad, sacerdotes, dad voces, ministros del Señor; entrad cubiertos de un saco y enlutados, porque faltó de la casa de vuestro Dios el sacrificio y la libación. Intimid un santo ayuno; convocad al pueblo, congregad los ancianos, todos los moradores de la tierra á la casa de vuestro Dios, y clamad al Señor... Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor Dios vuestro, porque es benigno y misericordioso, paciente y clementísimo.... Acordaos de que se acerca el día del Señor, día grande y terrible, cuyo rigor nadie podrá sostener... Convertíos á mí con todo vuestro corazón, con ayuno, con llanto y con gemidos... Y sabréis que yo estoy en medio de Israel... y nunca jamás será confundido mi pue-

blo.... Vosotros comprenderéis que soy vuestro Dios, y derramaré mi espíritu sobre mis siervos y siervas. Hé aquí el espíritu del ayuno y el fin á que se dirige esta mortificacion en las miras de Dios y de su iglesia. Seguidme sin desmayar.

Toda la vida cristiana, dice el santo concilio de Trento, debe ser una continua penitencia; es decir, que el hombre pecador debe con frecuencia detestar sus culpas, y mortificarse por ellas, por la incertidumbre en que vive de si estan ó no perdonadas; porque, ¿quién puede decir, mi corazon está limpio, puro estoy de pecado, segun la expresion del Espíritu Santo en los proverbios?

Y si en todos tiempos somos obligados á hacer frutos dignos de penitencia, principalmente en este tiempo santo, tiempo aceptable, dias de salud, en los cuales, conforme á la expresion del profeta, entre el átrio y el altar llorarán los sacerdotes ministros del Señor,

diciendo: perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no des tu heredad en oprobrio, dias sagrados en que se renueva la memoria de los mayores beneficios de nuestro Salvador, de sus tribulaciones y afrentas por amor al hombre; de su pasion y muerte por redimirlo; dias en que la iglesia nuestra madre clama á grandes voces, diciendo á los pecadores con Isaías: abandone el impío sus caminos, dexese sus pensamientos el malvado, conviértase al Señor, y tendrá misericordia de él; dias solemnes de expiacion en que todos deben exâminar sus conciencias, purificar sus almas, castigar y corregir sus pasiones, y afligir con penitencias hasta el fondo de su corazon, para copiar en él la adorable imâgen de Jesucristo, sin cuya conformidad nadie puede ser salvo; tiempo en fin, en que el pecador, como S. Agustin se explica, obtiene la misericordia por medio de la penitencia. No perdais jamas de vista aquel oráculo del Señor; conviene á saber, que todo



árbol que no lleva fruto será cortado y arrojado al fuego: haced pues, os ruego, frutos dignos de penitencia: castigad vuestros cuerpos y reducidlos á servidumbre á imitacion de S. Pablo, preparándoos así á absteneros de toda culpa, propiedad característica asimismo del ayuno espiritual, sin el cual el corporal es vano.

Si queremos vencer con Cristo al diablo, dice Máximo, abstengámonos todo lo posible de la comida y la bebida, y ayunemos de vicios con todas nuestras fuerzas. El ayuno corporal consiste, segun S. Juan Crisóstomo, en abstenerse de comida, y el espiritual en la abstinencia de los vicios, y este es el perfecto ayuno en sentencia de san Agustin. El verdadero ayuno, dice san Basilio, es estar exento de vicios. Contener la lengua, refrenar la ira, la detraction, la mentira, el perjurio, este es el verdadero ayuno. Los que se abstienen de alimento, y no del pecado, sen, dice S. Ambrosio, semejantes al

diablo, que ni come, ni dexa de pecar. ¿De qué puede servirnos, como S. Agustin se explica, evacuar de comida el cuerpo, llenando el alma de pecados? ¿Qué puede aprovecharnos no beber vino, si nos embriagamos de ira? ¿Qué aprovecha la abstinencia de carnes si con murmuraciones inícuas despedazamos los miembros de nuestros hermanos? ¿Qué aprovecha debilitar el cuerpo con la abstinencia y entumecer el ánimo con la soberbia? ¿De qué utilidad será el ayuno, añade el Crisóstomo, si contento con no comer gastas el dia en jugar, en deleites, en perjurios y blasfemias? ¿De qué sirve macerar la carne sin rectificar el espíritu? Reconoced pues, carísimos hermanos, que para obrar la salud eterna no basta la abstinencia corporal; se necesita la del espíritu, que consiste en abstenerse de los vicios. Esta es la santificacion del ayuno que nos manda Dios por su profeta, y esto quiere decir cuando nos clama: convertíos á mí de todo vuestro

corazon con ayuno, con llanto y con gemidos. *Convertimini ad me in toto corde vestro, in jejunio, planctu, et fletu.*

Omnipotente y sempiterno Dios, que dominais poderosamente el corazon de los mortales, y sois mas árbitro que ellos de sus mismas voluntades, sujetad su rebeldía á vuestras leyes sacrosantas; hacedlos dóciles y sumisos á los preceptos de la iglesia, estudiosos de su salvacion, flexibles á vuestras inspiraciones; en una palabra, hijos fieles de Jesucristo, que atentos á sus divinos exemplos se conformen con vuestra voluntad en la mortificacion, en la obediencia, en la humildad, en el amor, en la caridad, en daros finalmente honor, gloria y alabanza por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

EXHORTACION

hecha al Venerable Órden Tercero de S. Antonio Abad de Granada, con el motivo de la eleccion de oficios.

*Nam qui me erubuerit, et meos sermones, hunc Filius hominis erubescet, cum venerit in majestate sua, et Patris, et sanctorum angelorum. Luc. IX.*

El que se avergonzáre de mí y de mis palabras, se avergonzará de él el Hijo del hombre cuando venga en su magestad, y del Padre y de los santos ángeles.

Con qué palabras, carísimos hermanos, con qué palabras mas eficaces podia yo reconveniros hoy al cumplimiento de las obligaciones de cristianos y



corazon con ayuno, con llanto y con gemidos. *Convertimini ad me in toto corde vestro, in jejunio, planctu, et fletu.*

Omnipotente y sempiterno Dios, que dominais poderosamente el corazon de los mortales, y sois mas árbitro que ellos de sus mismas voluntades, sujetad su rebeldía á vuestras leyes sacrosantas; hacedlos dóciles y sumisos á los preceptos de la iglesia, estudiosos de su salvacion, flexibles á vuestras inspiraciones; en una palabra, hijos fieles de Jesucristo, que atentos á sus divinos exemplos se conformen con vuestra voluntad en la mortificacion, en la obediencia, en la humildad, en el amor, en la caridad, en daros finalmente honor, gloria y alabanza por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

EXHORTACION

hecha al Venerable Órden Tercero de S. Antonio Abad de Granada, con el motivo de la eleccion de oficios.

*Nam qui me erubuerit, et meos sermones, hunc Filius hominis erubescet, cum venerit in majestate sua, et Patris, et sanctorum angelorum. Luc. IX.*

El que se avergonzáre de mí y de mis palabras, se avergonzará de él el Hijo del hombre cuando venga en su magestad, y del Padre y de los santos ángeles.

Con qué palabras, carísimos hermanos, con qué palabras mas eficaces podia yo reconveniros hoy al cumplimiento de las obligaciones de cristianos y

de las que habeis profesado en nuestro V. Orden? Si cuando todo el mundo corre precipitado á los placeres, al luxo, á la vanidad y á la desenvoltura, no hacemos nosotros frente á este desorden general, que como un impetuoso torrente se extiende sobre toda la tierra; si cuando estudian todos en la avaricia, raíz fecunda de los vicios, no manifestamos nosotros un noble y cristiano desinterés de las cosas del mundo; si cuando los pecadores marchan levantada la cabeza, llenos de orgullo y de soberbia, no mostramos nosotros celo por la causa de Dios, junto con la humildad y mansedumbre que tanto nos recomienda el evangelio; finalmente si cuando los hijos del siglo se fatigan por restablecer y adelantar las obras de tinieblas; quiero decir, las delicias, los bailes, los juegos ruinosos, la gula, la destemplanza, que reservan de propósito para los dias consagrados á Dios, para que sea mas solemne la desercion y mas atroz la

injuria, no asistimos nosotros á los ejercicios de piedad, y á que voluntariamente nos hemos obligado por nuestra profesion, temerosos tal vez de que nos tengan por beatos, como dice el vulgo, ó por ilusos, fanáticos y visionarios, como nos llaman los hereges y libertinos; esto, ¿qué otra cosa es que avergonzarnos de Jesucristo, de su evangelio y de las obras de luz? Y en esta desgraciada hipotesi, ¿cuál será nuestra suerte, hermanos míos? Yo no dudo exponerla á los ojos de vuestra fe. Ésta nos intimaba que si así nos conducimos seremos desconocidos de Jesucristo delante de su Padre celestial. Terrible sentencia, señores, que no me atreveria á proferir á no haberla antes pronunciado el mismo Dios de magestad que nos ha de juzgar. Seguidme con atencion.

Envia el Salvador á predicar á sus discípulos, y despues de haberles impuesto varios preceptos, les dice: si al-



guno quiere venir en pos de mí, niegue-se á sí mismo, abraze su cruz diariamente, y sígame; porque el que así no lo hiciere no es digno de mí. ¿Qué le aprovecha al hombre lograr todo el mundo, si se pierde él mismo, y padece su alma detrimento? El que se avergonzará de mí y de mis palabras, el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en su magestad, y del Padre y de los santos ángeles.

Hé aquí, señores, el fundamento sólido en que estriba nuestro V. Orden, y aun el edificio cristiano. Nuestro padre seráfico no se propuso otro objeto en la institucion de sus tres órdenes que hacer frente con ellas á la corrupcion del siglo, confesando de palabra y por obra abiertamente á Jesucristo. Fiel discípulo suyo, no se avergüenza del evangelio, como otro Pablo. No se avergüenza, digo, de la pobreza, de la desnudéz evangélica, de la humildad, de los abati-

mientos, del desprecio del mundo, del sufrimiento en las injurias y adversidades, máximas todas que consagró Jesucristo con su exemplo. No se avergüenza de orar y demas ejercicios de religion que acreditan á los verdaderos discípulos del Salvador: no se avergüenza de parecer en público en hábito despreciable y penitente: no se avergüenza de ser burlado, mofado y despreciado de los mundanos, sabiendo que mucho antes lo habian executado con Jesucristo, y que los que quieren vivir en la piedad de su Señor han de ser perseguidos, como enseña san Pablo. Mira por el contrario todas estas cosas como un rico patrimonio, que desea ardientemente pase por herencia á sus hijos, á fin de que puedan seguir reparando la iglesia, obra que el mismo Jesucristo le habia encomendado.

Estas máximas, hermanos míos, aunque comunmente despreciadas en el día, son la basa fundamental en que

estriba no solo nuestra V. Orden, sino el edificio de la moral cristiana, y á este fin hemos sido fundados en la iglesia: institucion recomendable y santa, que tiene por primer objeto acreditar la causa de Dios y su doctrina contra los escándalos del siglo y las obras de tinieblas. Sí, señores, el amor á nuestro Criador y la caridad, alma y nervio de todo el cristianismo, no puede subsistir ni conservarse sino entre la piedad y el espíritu de penitencia; ni la obra de la reparacion de la iglesia, á que hemos sido asociados por nuestra profesion, se puede conciliar con el espíritu del mundo; porque jamas habrá participacion entre Jesucristo y Belial, entre la luz y las tinieblas.

¿Cuándo volveréis vosotros, siglos religiosos, en que con edificacion de todo el mundo vimos florecer á este V. Orden con notable ruina de las potencias infernales? Desde el oriente al occidente, desde el aquilon al

mediodia gentes de todas edades, de todas condiciones y estados abrazaban con ardor este santo instituto, y se gloriaban de asistir públicamente á sus ejercicios. Los pontifices, los reyes, los cardenales, los sabios, los grandes no se desdenaban vestir nuestro hábito y ceñir nuestro cordon, mirándole como insignia de su mayor honor. A fines del siglo pasado se contaban en solo Madrid mas de setenta mil personas profesas de esta V. Orden, siendo las del primer grado y distincion las primeras en solicitar los officios y empleos mas humildes. Sin salir de entre nosotros mismos, ¿qué espectáculo de tanta edificacion no se observaba en este templo ahora cincuenta años, viendo concurrir á los ejercicios infinidad de personas de las mas calificadas?

¿En qué consiste, os ruego, la triste y notable diferencia que lloramos? Yo me atrevo, señores, á decirlo: en que nuestros mayores, como mas sencillos,



eran mas religiosos; como mas desprendidos del mundo, eran mas aplicados al culto y al templo; como mas estudiosos de su salvacion, eran mas frecuentes en los ejercicios de piedád; como mas persuadidos de las ventajas y excelencias de su instituto, eran mas observantes de su regla; de una vez, como dotados de mayor celo por la causa de Dios, miraban con mas ardor los progresos y el esplendor de un Orden que mandó instituir el mismo Cristo para edificacion de su iglesia.

Tenemos muchas ocupaciones, oigo decir á algunos. ¡Vano pretexto! ¿No tenian nuestros mayores las mismas? Sin embargo el deseo de alabar á Dios y santificar su propia alma les multiplicaba el tiempo, ó por mejor decir, les hacia emplearlo mejor que nosotros. *Una sola cosa es necesaria*, segun el evangelio; esta es, ocuparse en el principal negocio de la salvacion, y escuchar y meditar la pala-

bra de Dios para observarla.

Los que se excusan con pretexto de ocupaciones, ó por motivo de otras frivolidades mundanas, estan ciertamente comprehendidos en aquella terrible parábola del Salvador, que nos conservó S. Lucas. Un hombre, dice, hizo una grande cena, y llamó á muchos, y cuando llegó la hora del convite envió á uno de sus siervos á decir á los convidados que viniesen, porque todo estaba preparado. Todos ellos á una comenzaron á excusarse. El primero le dixo: he comprado una granja, y necesito ir á verla; ruégote que me tengas por excusado. Otro dixo: he comprado cinco yuntas de bueyes, y los quiero ir á probar; ruégote que me tengas por excusado. Otro le dixo: me he casado, y por eso no puedo ir allá... ¿No son estas ó semejantes las excusas que se alegan para no asistir á los ejercicios de piedad, y al culto religioso en los dias festivos? Resfriada la caridad y el amor de Dios en la

sucesion de los tiempos, ¿qué podría esperarse sino la negligencia, la desercion y el abandono de las cosas espirituales? Vosotros, señores, lo tocais, ni es necesario que yo pondere unos males tan notorios.

Lo mas sensible es, que todas estas vanas excusas y pretextos, lejos de ponerlos á cubierto, los hacen reos de la ira de Dios, dignos de todo su ódio, y de la exclusion de su reino. Oid cómo se explica el Salvador irritado contra los que se habian excusado de asistir al convite: *en verdad os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados (y se excusaron) gustará mi cena; como si dixera: todos ellos serán excluidos de mi reino celestial: me han desconocido, se han avergonzado de los exercicios de la religion, del culto y de la piedad, yo me avergonzaré de ellos delante de mi Padre y de los santos ángeles; y aquellos solamente reconoceré y confesaré por míos en su presencia, que me*

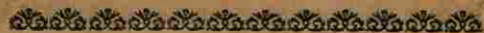
hubieren reconocido y confesado delante de los hombres. Tanto hay que temer, señores, de volver á Dios la espalda por gozar de las satisfacciones del mundo, principalmente en los días consagrados á la piedad y al culto. El reino de los cielos padece violencia, y solo por violencia se arrebatá, dice Jesucristo. Es necesario el exercicio de las virtudes mas sublimes, trabajando con el mayor empeño para adquirir por fuerza y por virtud, segun la expresion de san Gerónimo, lo que no se posee por naturaleza, porque las pasiones de esta vida no son acreedoras á la gloria futura, objeto único de nuestra peregrinacion. No os engañeis, hermanos míos, Dios no puede ser burlado.

Y vosotros, pequeña grey, si unís á mis deseos vuestra piedad y vuestro celo, no temais, alentad si vuestra confianza en el Padre de las misericordias. Aún tenemos custódio en Is-



raél; aún vela, digo, sobre este corto rebaño nuestro padre y fundador Francisco, cuya alra proteccion no permitirá que su obra quede por tierra con detrimento de la vuestra. Vosotros mismos sois por herencia los comisionados para defender este muro de la iglesia católica; aplicad á su reparo todas vuestras fuerzas: sacudid, os ruego, la pereza, la desidia, la negligencia que os oprime, porque el comun enemigo vela, y da continuas vueltas al rededor de vosotros, para asaltaros y devoraros con furia. Desechad ese vano y mundano respeto que os detiene; quiero decir, ese frívolo temor de incurrir en la censura de los hijos del siglo, que calumnian vuestra aplicacion al templo. No os avergonceis de los exercicios de la religion, para que Jesucristo no se avergüence de vosotros en el día de la ira. Atended á la piedra de donde habeis sido cortados: si os gloriais de hijos de Abraham, sean de Abra-

ham vuestras obras; es decir, si os habeis alistado á militar baxo las banderas de Francisco, imitadle en la humildad, en el amor de Dios, en la pobreza de espíritu, en el desprecio del mundo y de las obras de las tinieblas, en la aplicacion al culto, en el celo por la honra y gloria del Señor; para que os conozca por verdaderos hijos de Francisco en el día del juicio. Asi os lo pido por las entrañas de Jesucristo, y así lo espero de vuestro celo cristiano, para que unidos en vínculos de paz y caridad en esta vida, merezcamos en la eterna ver y gozar de Dios, que vive y reina, Padre, Hijo, y Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.



SERMON  
DE SAN SEBASTIAN  
PARA LA VILLA DE ORXIVA.  
1785.

*Máximus in salutem electorum Dei.*  
Eccli. 46.

Con qué confianza, ilustres habitantes de Orxiva, he subido este día á ocupar la cátedra de la verdad! Si atiendo á mis oyentes, hallo que por muchos años han conservado inviolable el depósito de la fe, y el celo de sus mayores por la iglesia y religion católica. Si considero el augusto personaje, objeto de vuestra veneracion y cul-

to, hallo uno de aquellos gloriosos héroes del cristianismo, que abandonando con pecho apostólico su patria, su carne y sangre, sus empleos y magistraturas, lleno del Espíritu de Dios, testificó con su vida la divinidad de Jesucristo; un héroe, comparable por su celo con los Elías y Phinees; por su constancia con los Ignacios, Policarpas, Justinos é Ireneos; por sus trabajos á favor de la iglesia con los Cirilos, Atanasios y Crisóstomos: hablo del apóstol y padre espiritual de los santos mártires Marco, Marceliano, Cromacio, Claudio, Cástor, Victorino, Castulo, Sinforiano, Tranquilino y Tiburcio, con otra infinidad de preciosas víctimas de la religion: hablo, para decirlo de una vez, del glorioso mártir S. Sebastian, patrono de esta ilustre villa, defensor de la iglesia de Roma, y abogado universal de la salud de los pueblos.

No extrañeis pues le aplique por elogio las palabras con que el Espí-



ritu Santo formó en otro tiempo el de Josué, capitan del pueblo de Dios, llamándole *máximo para la salud de los escogidos del Señor*; porque tambien san Sebastian, capitan de las guardias pretorianas del imperio romano en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, fue destinado para el mismo ministerio, confiriéndole Jesucristo por boca de su vicario en la tierra el título de defensor de la iglesia; illustre carácter que es facil de demostrar por un breve sumario de su vida, que forma por sí mismo su mayor elogio, y que va á ser blanco de vuestras atenciones y de mis débiles conatos. Ayudadme todos á pedir auxilios, postrándoos con rendimiento ante aquel augusto y soberano Señor sacramentado, principio, fuente y origen de todo bien. Pongamos por intercesora á su clementísima Madre, saludándola con el ángel. *AVE MARIA.*

*Máximus in salutem &c.*

¡Qué notable diferencia, señores, entre las obras de Dios y las de los hombres! Concebidos en pecado, obscurecido nuestro entendimiento, llena la mente de tinieblas, indócil la voluntad, inclinados al vicio, rodeados, por no decir esclavos, de las pasiones mas violentas, conocemos con imperfeccion, juzgamos con imperfeccion, pensamos con imperfeccion, y obramos con la misma; y si algo ha de haber bueno y perfecto en nuestras obras, ha de venir de arriba, segun el oráculo del Espíritu Santo. No asi las obras de Dios; ellas son siempre perfectas, dirigidas á su gloria y al bien de nuestras almas. Como es la Sabiduría por esencia, no puede errar en sus proyectos; como es la Omnipotencia misma, nada hay que pueda resistir sus

voluntades, ni alterar sus adorables disposiciones. Así cuando se propuso sacar á su pueblo de la dura esclavitud de Egipto, suscitó un Moyses que cesase su honra, y castigase con horrendas plagas la obstinacion de Faraon, hasta dexarle sepultado con todas sus tropas y sus carros entre las aguas del mar Roxo; y á un Josué que exterminase con su invencible espada al amorreo, al jebuseo, al fereceo, al geteo, dándole dominio sobre el sol, hasta colocar su pueblo en la tierra de promision. Cuando determinó castigar á los falsos profetas de Baal, y contener el furor de los reyes impíos, suscitó un Elías, este hombre de Dios, celador infatigable de su honra. Para hacer frente á la impiedad de los arrianos, que desolaban por todas partes la herencia de Jesucristo, suscitó un Atanasio, armándole de prudencia, de sabiduría y de invencible constancia, para que triunfase de sus ardides, y sostuviese con vigor la cau-

sa de su Dios. Finalmente, para no cansar con muchos exemplos vuestra atencion, siempre que el comun enemigo ha suscitado tempestad contra la iglesia, Dios, que vela sobre su conservacion hasta la consumacion de los siglos, la ha proveido de gloriosos defensores que trabajen por la salud de sus escogidos.

Baxo este plan de providencia suscitó en medio del siglo III al ilustre Sebastian, uno de los mas célebres mártires de la fe de Jesucristo, y protector de otros muchos. Narbona vió este sol en su oriente, y Roma le admiró en su ocaso. Educáronle sus padres en el temor de Dios, é instruyéronle en la religion, aplicado al culto, obediente á sus leyes, dócil á sus inspiraciones, sumiso á los mayores, y lleno de respeto al santuario: admirables disposiciones que hicieron á Sebastian veraz en sus palabras, juicio en sus racionios, sabio en sus consejos, fiel en todas sus obras, cons-



tante en sus resoluciones, afable, humano y lleno de benevolencias para con todo el mundo. Virtudes á propósito para ocultar en la corte un cristiano interior baxo la idea sencilla de hombre de bien.

Aunque miraba con aversion la carrera militar, para poder no obstante asistir con mas facilidad á los confesores y mártires de la fe, pasó á Roma, y se alistó en el ejército del emperador Carino. Concilióse bien presto el respeto de los soldados, la benevolencia de los grandes, la estimacion de los pueblos, y el amor de los príncipes. Carino y Numeriano le dieron toda su confianza como á uno de los mas hábiles cortesanos, y Diocleciano despues le confirió el honroso empleo de capitan de una de las compañías de las guardias pretorianas.

La sabia economía del Señor, que colocó en la corte de grandes monarcas á Josef el antiguo, á Mardoqueo, á Daniel, á Esdras, para la

salud y libertad de sus escogidos; esta misma llevó á la corte de Diocleciano á Sebastian, para que fuese como un muro inexpugnable en defensa de su iglesia. Su prudencia le enseñó á ocultar un verdadero apóstol baxo el hábito de soldado; no porque se avergonzase del evangelio de Jesucristo, como muchos cristianos de nuestro siglo, ni por miedo que tuviese de dar con su sangre público testimonio de la divinidad del Salvador; sino porque esperaba á declararse en tiempo mas á propósito, para que fuese mas ilustre su martirio.

Cuando Diocleciano fue al oriente, dexó por su colega á Maxímiano en occidente, y Cromacio se retiró de Roma á la campaña con licencia del emperador, llevando consigo una innumerable muchedumbre de gentes, convertidas en la mayor parte por Sebastian. Fue en esta ocasion la célebre disputa de nuestro santo con el presbítero Policarpo, sobre cuál de los dos acompañaria á

los que se iban, y cuál quedaria en Roma para animar y asistir á los mártires; disputa originada del celo de Dios, que S. Agustin deseaba ver repetida en su tiempo entre los ministros del santuario, y que llevada por apelacion al tribunal del santo pontífice Cayo, se decidió á favor de Sebastian, mandándole permanecer en Roma por defensor de la iglesia. En este altísimo ministerio se ocultó por algun tiempo, empleado en convertir almas á su Criador, enseñando á los rudos, dirigiendo á los perfectos, confirmando á los flacos, socorriendo al pobre, á la viuda, al huérfano, hecho en fin todo para todos como otro Pablo.

¡Qué gloriosos, ¡ó mi Dios! eran los pasos de este evangelista de la paz de Jesucristo y de sus bienes eternos! ¡Qué de preciosos frutos no dió á vuestro santuario! Mas era venido el tiempo en que Sebastian manifestase su ardiente celo por la religion, y la

diese ilustre testimonio con su sangre. A esto dió ocasion el martirio de los dos hermanos Marco y Marceliano, jóvenes de calidad, convertidos á la fe desde su infancia. Habian ya confesado á Jesucristo generosamente en los tormentos; pero los peligrosos enlaces de la carne y de la sangre, las lágrimas é importunos ruegos de sus padres, las instancias de sus amigos les hacian al parecer titubear en la fe, y apostatar de la religion. Sabido este peligro por Sebastian, que les habia asistido en su prision, animándoles con sus exhortaciones, los fortaleció de nuevo en tan inminente riesgo. Dió el Señor tal energia á sus palabras, que no solamente los confirmó en la fe, sino que consiguió la conversion de sus padres, del juez de la causa, de los oficiales subalternos, y de todos los presos. Conquista verdaderamente gloriosa, obra del brazo del excelso, que con adorable misericordia se dignó derramar sus bendiciones de dulzura,



de suavidad y fortaleza sobre los labios de Sebastian, defensor de su iglesia.

Pero una victoria de la religion tan illustre no pudo, dice un sabio, estar oculta mucho tiempo; ni Sebastian, capitán y conductor de este pueblo de Dios, pudo dexar de incurrir en la indignacion y furor de un príncipe enemigo declarado del Nombre de Jesucristo. Bien presto fueron denunciados como por otro Judas, por un falso hermano llamado Torcuato. Bien presto todos estos illustres personajes, que profesaban la religion, y exercian los actos de piedad dentro del mismo palacio, fueron condenados en odio de la fe á los tormentos mas crueles é inhumanos. Bien presto el emperador Diocleciano mandó llamar á Sebastian á su presencia, y con rostro severo y turbulento le reprehende de haber correspondido tan mal al afecto y confianza que siempre le habia profesado, declarándose contra los dioses y em-

pecadores con tanta ingratitud, defendiendo á Jesucristo y á sus discípulos, é introduciendo en su palacio una secta de religion tan perniciosa.

Mas nuestro adorable Salvador, que se dignó anunciarnos que cuando fuésemos acusados y presentados por su causa delante de los reyes y príncipes no temiésemos, porque el espíritu de Dios hablaria por nosotros, infundió tal fortaleza en el corazón de Sebastian, que sin titubear le respondió estas notables palabras, que copio de un autor de su vida.

Lejos, ó príncipe, le dice, de haber faltado á tu afecto y confianza; lejos de haber incurrido en la nota fea de ingrato á tus beneficios; lejos de haberme declarado contra tu Magestad en el culto que doy á Jesucristo, he creído no poderos dar prueba mas sincera de mi fidelidad, que pedir diariamente y con instancia por la conservacion de tu vida y de tu imperio, no á unos dioses quiméricos, obra de

las manos de los hombres, sino al solo Dios verdadero y omnipotente, á quien siempre he adorado; porque creo firmemente ser una cosa bien inútil y bien extravagante esperar auxilio de las piedras, cuando todo bien y don perfecto debe descender del Padre de las luces. Desengañaos, príncipe, que yo no haré traicion á Dios por obedecer á los hombres.

Palabras dignas del cielo de Sebastian, y capaces de conmovér á Diocleciano si su corazón no estuviese tan endurecido como el de Faraon. Asi lejos de calmar su ánimo, solo sirvieron de irritarle mas; de suerte, que sin otra forma de proceso, mandó le sacasen al campo, le atasen á un palo, y cubriesen de saetas.

¡Qué sería ver la complacencia con que recibió nuestro héroe una sentencia tan injusta! Yo, señores, me represento á Sebastian, que á imitacion de los apóstoles, caminaba al suplicio lleno de gozo por haber sido halla-

do digno de padecer oprobrios por el nombre de Jesucristo; le admiro recibiendo con singular dulzura estas saetas, como el proto-mártir de la iglesia las piedras, y mirándolas como un efecto del amor divino que incendiaba su alma. Me parece en fin que le oigo en esta ocasion gloriarse de que empezaba entonces á ser discípulo de Jesucristo, como se disonjeaba en otro tiempo aquel glorioso mártir de la primitiva iglesia S. Ignacio, cuando le conducian á Roma cargado de prisiones, para ser devorado por las bestias.

Execútase con el mayor rigor la sentencia, su cuerpo todo es cubierto de agudas y penetrantes saetas hasta dexarle por muerto. Pero aún te reserva Dios, ¡ó invencible defensor de la fe! para mayores triunfos por la iglesia. Tus heridas no son mortales: Irene, viuda del mártir Claudio, tu discípulo, te desatará, curará tus llagas, y volverás bien presto á tu an-



figua robustez. Asi en efecto sucedió.

¡Qué suceso tan alegre para la iglesia de Roma ver sano á su defensor! La viuda, dice un célebre orador, el pobre, el huérfano lloran de gozo, viendo á su tutor, su padre y bienhechor. Los flacos y débiles en la fe se confirman con la presencia de su apóstol, los perfectos se llenan de alegría á vista de su maestro, los desterrados se consuelan con la feliz nueva de su protector: todos los fieles se regocijan y cantan al Señor dulces himnos en accion de gracias por el hallazgo de un gran tesoro. Todos quisieran que jamas les faltase un tal caudillo. Le ruegan con instancia se oculte del furor de Diocleciano.

Mas era llegado el tiempo en que Sebastian debía consumir su gloriosa carrera: busca qual ciervo herido las fuentes de las aguas; habiendo ya gustado en parte las delicias del cáliz del Salvador, arde en el deseo de ser anatematizado por Cristo y por

sus hermanos, como otro Paulo, y mira como su mayor gloria testificar la divinidad de Jesucristo con su sangre. Víctima preparada del cielo, lograrás tus designios; la impiedad de Diocleciano añadirá nuevos laureles á tu frente.

En efecto, salióle Sebastian al encuentro en una escalera de palacio, y acercándose á él, le echó en rostro sus injustas crueldades. ¡Qué seria ver á este nuevo Elias á presencia de aquel otro Acab, perseguidor de los unguidos y escogidos del Señor! Con una constancia verdaderamente apostólica le representa su locura en perseguir los cristianos, y su gran facilidad en dar oídos á las imposturas de los sacerdotes de los ídolos, cuyo empeño era desacreditar á los cristianos como reos de estado; como si fuesen delitos de lesa magestad dar culto al verdadero Dios, orar diariamente por su felicidad y la del imperio, y guardarle inviolable fidelidad.

Sorprehendió á Diocleciano la libertad de Sebastian, á quien creia ya muerto, y sin mas deliberar mandó quitarle la vida á palos, y que arrojasen el cadáver á la gran cloaca ó albañal de Roma, para privar por este medio á los cristianos hasta de las reliquias de su defensor. Executóse al punto la sentencia, que segun la cronología mas exácta fue en 20 de Enero del año 288 de la Encarnacion del Verbo Eterno. Pero, ¿quién es el hombre contra los consejos del Excelso? ¿Cómo podian impedir los paganos los adorables rasgos de la Providencia sobre el honor de este glorioso mártir, que tanto habia trabajado por la salud de los escogidos? Una piadosa matrona llamada Lucina fue avisada por él mismo en sueños del lugar donde estaba arrojado su cuerpo, y habiéndole removido de alli, le enterró en las catacumbas, á los pies de los apóstoles san Pedro y S. Pablo, donde los fieles iban á orar secretamente, hasta que venida

la paz de la iglesia en tiempo de Constantino, vino á ser público y universal su culto. En Roma era ya solemne en medio del siglo iv de la iglesia. Bien presto pasó de Italia á las Galias, á España, al Africa, y aun al Asia. San Dámaso á fines del siglo iv ó á principios del v edificó sobre sus reliquias una iglesia, que hoy se numerá entre las siete antiguas estacionarias de Roma.

Ni tardó Dios en manifestar al mundo cristiano cuánto le agradaba la memoria de este protector universal de la salud de sus pueblos.

Roma, dice un sabio, que le habia perseguido y quitado la vida con inhumanidad, fue la primera que experimentó los maravillosos efectos de su proteccion contra el azote de una peste violenta que la destruia por los años de 680 en tiempo del papa Agaton. De aqui la gran confianza de los pueblos de la cristiandad en la intercesion de S. Sebastian contra la peste. Pavia,



Milan y Cápua imitaron el exemplo de la capital del mundo cristiano, cuando se vieron asaltadas de semejante afliccion. Milan y Lisboa en el siglo xvi, para omitir por ahora otras muchas ciudades de Alemania, Francia y España experimentaron los maravillosos efectos de su intercesion quando las devoraba una cruel pestilencia.

Así premia Dios el celo infatigable de su siervo fiel y prudente Sebastian; así remunera sus trabajos apostólicos por la iglesia, y su heroica constancia en vindicar sus derechos, en promover su gloria, sostener su causa, y extender su culto y su piedad; así manifiesta en fin á las generaciones futuras, que le habia desde luego destinado para defensor de su iglesia, y máximo protector de la salud de sus escogidos: *maximus in salutem electorum Dei.*

Este es, ¡ó ilustre villa! S. Sebastian vuestro patron. Este es el generoso exemplar que se propusieron imi-

tar vuestros mayores en defensa de la religion de Jesucristo, y á quien se encomendaron quando el furioso Aben-Farax, capitan del rebelde Aben-Humeya, perseguia á los cristianos de esta Taha. No perdais jamas de vista la dulce memoria de Don Alonso de Algar, cura de esta villa, ni la de D. Gaspar de Sarabia su alcalde, ni la invencible constancia con que sufrieron por treinta y nueve dias encerrados en una torre con otros 152 cristianos el cerco y los continuos asaltos del ejército de Aben-Farax, sin otro alimento que dos cargas de caza y un pellejo de aceite: todo á fin de sostener con fidelidad los derechos del soberano y la causa de la religion.

Atended pues, os ruego, á la cantera de donde habeis sido cortados: si os gloriais de hijos de Abraham, sean de Abraham vuestras obras; quierro decir, si os lisonjeais del patronato de S. Sebastian, y de ser descen-

dientes de aquellos cristianos generosos que defendieron la causa de Dios y de su patria cuando la rebelion de los moriscos, imitad su constancia, su celo, su piedad, para no vivir y morir cubiertos de ignominia.

La obligacion de mi ministerio, y el ardiente deseo de vuestra salud eterna me estimulan vivamente á lamentar vuestra indolencia, y la falsa seguridad en que vivís mientras Dios os reprueba. ¿Cómo no lloraré con desconsuelo al ver en esta villa, tan recomendable por su piedad en otro tiempo, extendidos á manera de torrentes los vicios mas vergonzosos y enormes, por falta de un celo cristiano? Si, señores, falta de celo juzgo, que domine la desemboltura, que reyne la licencia, que tengan fuerza de ley mil abusos detestables, sin haber quien los corrija.

Y si no decidme, ¿dónde estan los que hacen frente al vicio? ¿dónde los que celan la causa de Dios? ¿Dónde es-

tan entre vosotros los Moysés, los Elías, los Finées, los Sebastianes? ¡Ah! en medio del diluvio de pecados que inundan esta villa, apenas se halla un Noé que se dedique á construir asilo: en medio de tanto temerario que osan blasfemar el santo Nombre de Dios, apenas se halla un Moysés que los castigue: en medio de tanto hijo desobediente que ofenden á sus padres y á Dios con insolencia, apenas se halla un Job que ofrezca sacrificios por ellos: en medio de tanta lascivia, que hace arder al pueblo, no menos que la infame Sodoma, en el fuego de la luxuria, este vicio detestable, que deberia ser desconocido entre cristianos, apenas se halla un Loth que predique penitencia, un Finées que castigue las insolencias de la juventud, un Elías que cele la causa de Dios, un Sebastian que vindique su gloria, y sirva de esendo al santuario.

En tan deplorables circunstancias echad, ¡ó ilustre patrono! una mira-



da favorable sobre esta villa que os ha encomendado el Altísimo. Alcanzad del tesoro de sus misericordias gracias abundantes y eficaces para que conozcan lo torcido de sus sendas, para que se conviertan á verdadera penitencia, para que amen en fin á su divino Criador. Su escudo sois, su protector, y gefe de su salud: no permitais, ó mártir gloriosísimo, se pierda en ninguno de nosotros el precioso é inestimable fruto de la sangre de Jesucristo; no olvideis jamas la generosa liberalidad con que vuestros devotos promueven vuestros cultos; alcanzadles recompensas eternas, para que os acompañen en la bienaventuranza, alabando y gozando de Dios, que vive y reyna Padre, Hijo y Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

DIXE.



SERMON  
DE MISA NUEVA,

predicado en el convento de S. Antonio Abad de Granada dia de la Circuncision del Señor.

*Ecce hic positus est in ruinam, et in resurrectionem multorum in Israel.*

Luc. II.

Hé aqui un sugeto destinado para ruina y resurreccion de muchos en Israel.

Asi habla, congreso ilustre, comunidad religiosísima, gravísimos oyentes, asi habla Simeon, este anciano venerable y santo, teniendo á Jesucristo en sus brazos para ofrécérle al Padre Eterno, en cumplimiento de

da favorable sobre esta villa que os ha encomendado el Altísimo. Alcanzad del tesoro de sus misericordias gracias abundantes y eficaces para que conozcan lo torcido de sus sendas, para que se conviertan á verdadera penitencia, para que amen en fin á su divino Criador. Su escudo sois, su protector, y gefe de su salud: no permitais, ó mártir gloriosísimo, se pierda en ninguno de nosotros el precioso é inestimable fruto de la sangre de Jesucristo; no olvideis jamas la generosa liberalidad con que vuestros devotos promueven vuestros cultos; alcanzadles recompensas eternas, para que os acompañen en la bienaventuranza, alabando y gozando de Dios, que vive y reyna Padre, Hijo y Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

DIXE.



SERMON  
DE MISA NUEVA,

predicado en el convento de S. Antonio Abad de Granada dia de la Circuncision del Señor.

*Ecce hic positus est in ruinam, et in resurrectionem multorum in Israel.*

Luc. II.

Hé aqui un sugeto destinado para ruina y resurreccion de muchos en Israel.

Asi habla, congreso ilustre, comunidad religiosísima, gravísimos oyentes, asi habla Simeon, este anciano venerable y santo, teniendo á Jesucristo en sus brazos para ofrécérle al Padre Eterno, en cumplimiento de



la ley de los primogénitos, intimada por Moysés al pueblo de Israel: y de las mismas palabras no dudo ya usar cuando este nuevo sacerdote entra por la primera vez á ofrecerse á Dios en su templo.

La unidad de ministerio y sacrificio, junto con la representacion de la persona misma, me hacen adoptar este language. ¿Pero qué cosa mas justa? Allí nos presenta la iglesia á Jesucristo, Pontífice de los bienes futuros, y eterno Sacerdote segun el orden de Melquisedech, ofreciendo el primer sacrificio de su adorable Sangre á beneficio del género humano; y aquí un nuevo sacerdote que exerce por la primera vez y por los mismos fines las sagradas funciones de su ministerio. Allí se sujeta voluntariamente Jesucristo á las leyes de la Circuncision, para enseñarnos á obedecer; aquí un nuevo ministro del Altísimo, que por una obediencia voluntaria entra desde este momento en

las obligaciones árduas del sacerdocio. Allí finalmente recibe Cristo el nombre de JESUS ó *Salvador* de los hombres, nombre que le habia dado su Padre desde la eternidad; y aquí un nuevo sacerdote que en el plan de su divina Providencia debe entrar de coadjutor.

Esta especie de analogía entre Jesucristo y el nuevo sacerdote que le representa; asi como constituye á este, conforme á la sentencia de S. Gregorio, en la mas alta dignidad que jamás se vió sobre la tierra, y aun superior en ella á los ángeles, le liga al mismo tiempo con las obligaciones mas estrechas; pues son las que mas interesan á la iglesia y á la sociedad: excelencia no menos temible que sublime; ministerio igualmente tremendo que honorífico, de cuyo buen ó mal desempeño pende nada menos que la ruina ó la salud de muchos en el pueblo cristiano, segun el oráculo de Simeon cuando entró Jesucristo á to-

mar posesion del sacerdocio, en que estaba confirmado por juramento irrevocable de su Padre.

¿Qué mucho pues, señores, intimo yo las mismas palabras á este nuevo sacerdote, cuando entra la vez primera á exercer su ministerio, que es uno, proporcionalmente hablando, con el de Jesucristo? ¿Por qué no le diré con Simeon, que atienda y reflexione seriamente, que va en este momento á entrar en el santuario de Dios para resurreccion ó ruina de muchos? I. Para resurreccion, si desempeña con fidelidad su ministerio. II. Para ruina, si no corresponde como debe á su vocacion. Este es en dos palabras el asunto, digno verdaderamente de esta cátedra y de vuestra atencion.

Animad, ¡ó Dios! mis palabras, y purificad mis labios, para que no profane vuestro divino testamento cuando pretendo promover vuestra gloria. Encended asimismo el corazon de mis oyentes con el fuego de vuestro amor

divino: iluminad su entendimiento para que perciban vuestros oráculos. Así os lo pedimos, Señor, por los méritos y poderosa intercesion de Maria santísima. *AVE MARIA.*

*Ecce hic positus est &c.*

Si consultamos las santas escrituras hallaremos que Jesucristo en calidad de sumo Sacerdote vino al mundo á encargarse de nuestros verdaderos intereses, y á reconciliarnos con su Eterno Padre; funciones adorables, que son las principales de un sacerdote de la ley de gracia; funciones, repito, que participamos del augusto sacerdocio de nuestro Salvador; funciones que nos elevan á la dignidad mas sublime; funciones que nos lligan á los mas estrechos deberes. Reflexemos algun tanto sobre ellas para quedar convencidos que bien desempeñadas



obrarán la resurreccion de muchos en el pueblo cristiano; pero que tratadas con infidelidad causarán la ruina de infinitas almas.

En efecto, señores, ¿qué otra cosa es un sacerdote, como encargado delante de Dios de los intereses de su pueblo, que uno de aquellos ángeles (para usar de las palabras de un orador moderno) que subian en otro tiempo y baxaban por la escala de Jacob? Un sacerdote baxa para cargar sobre sí los votos y las necesidades del pueblo, y sube por la oracion para presentarlo todo ante el trono de Dios, y abrir el seno de sus misericordias á beneficio de sus hermanos. ¿Qué de bendiciones no es capaz de atraer sobre la tierra un sacerdote fiel, ocupado en tan santo ministerio! Sus oraciones no son de un particular, ni se dirigen al Señor como tales; son oraciones de un ministro público, que pide por oficio, que habla en nombre de la iglesia y de todos los justos,

porción la mas distinguida del cuerpo místico de nuestro Salvador: son oraciones de un ministro, que por su dignidad forma un mismo Sacerdote, un mismo Mediador, una misma voz con Jesucristo, y que se presenta delante del Señor adornado por representacion con los mismos derechos y títulos que Jesucristo.

¿Cómo podréis, ¡ó Dios Omnipotente! dexar de oir unas oraciones que forma la piedad, que la caridad inflama, que consagra la fe de todos los justos, y que la voz de vuestro Hijo eleva á vuestra presencia? Considerad á Elías, dice S. Juan Crisóstomo, y á la innumerable multitud que le rodea, todos en profundo silencio, la víctima sobre el ara y el profeta en oracion. ¿Qué sucede? Baxa al punto fuego del cielo que consume la hostia. Reparad, añade, un Ananías, que pide en su retiro por la paz de la iglesia, perseguida de un enemigo formidable, autorizado por la sinagoga para des-

truirla, y veréis á Saulo derribado del caballo, y convertido en vaso de eleccion para ensalzar el Nombre de Jesucristo entre las gentes.

¿Qué no podria añadir aqui de las bendiciones concedidas por Dios á su pueblo á instancias de los Atanasios, Cirilos, Ambrosios, Baslios, Naciancenos, Nisenos, Leones y Gregorios? Alexandria, Seleucia, Capadocia, Milán, Roma Neocesárea, de una vez, el universo, me proveerian irrefragables monumentos de esta verdad; pero son cortos límites los de un discurso para ilustrar una materia que pedia por sí grandes volúmenes.

¡O venerable dignidad del sacerdote! ¿Qué cosa hay que no puedas conseguir del Padre de las misericordias? Déxame que me irrite, dice Dios á Moisés, porque este pueblo es duro de cervíz, y yo le castigaré en mi justa cólera. El ministro sin embargo continúa en oracion, y logra pacificar al Dios de las venganzas. Tanto puede

con el Señor un ministro de la ley antigua. ¿Qué no podrán, os ruego, los sacerdotes de la ley de gracia, tan superiores en dignidad y en ministerio, respecto de un Dios que hace en el sacrificio del altar ostentacion de ser Padre de las misericordias, y de tener sus delicias entre los hijos de los hombres? ¡Ah! cuando se denomina Dios de las venganzas, conjura á Moisés y á Aaron para que no oren por su pueblo, como quien no sabe recusar las súplicas que presentan delante de su Magestad el mediador y el pontífice de su antigua alianza; ¿cómo arrojará la de los ministros de la nueva este Dios de toda consolacion, que se sacrifica á sí mismo por nuestro amor?

Los tiempos primitivos, estos felices siglos de la iglesia, en que los fieles tenían un solo corazon, un alma sola, y cuyos sacerdotes miraban como único empleo la oracion, el sacrificio y ministerio de la palabra, nos de-



muestran auténticamente los abundantes frutos del sacerdocio en el pueblo cristiano. ¡Qué tiendas entonces tan hermosas las de Jacob! ¡qué amables tabernáculos los del Dios de las virtudes! Aquí mártires generosos; allí pastores venerables; aquí vírgenes castas; allí anacoretas penitentes; aquí fieles fervorosos; allí solitarios afligidos, angustiados, perseguidos, cuya conversacion era con el cielo, y de quienes el mundo no era digno. ¿Quién no ve ya por estos preciosos y abundantes frutos, que los sacerdotes fieles á su ministerio son la feliz resurreccion del pueblo que Dios ha puesto á su cargo?

¿Mas qué sería de éste, del santuario y del honor del sacerdocio, como un sabio se explica, si fuese infiel á Dios el encargado de sus intereses? ¿si usurpasen el incensario manos sacrílegas? ¿y si el tremendo ministerio se encargase á imitadores ambiciosos de los hijos de Coreb, de nuevos Datanes y Abirones? ¡Qué profanacion la del templo, si

nuevos hijos de Aaron encendiesen en él fuego profano! ¡si nuevos hijos de Helí cercenasen las víctimas! ¡ó si nuevos Heliodoros entrasen á robar sus tesoros! ¡Qué estragos no harian en la viña del Señor unos obreros mercenarios, que solo la cultivasen para recoger y amontonar sus frutos! ¡Qué desolacion la de esta nueva Jerusalén, si fuese entregada á profetas falsos, como aquellos de quienes se lamenta el profeta Jeremías! ¿No entraria bien presto en el lugar santo la desolacion que anunció en otro tiempo Daniel? ¿No se verian en el santuario prevaricaciones mas horribles que las que al través de un muro vió el profeta Ezequiél? ¿No saldrian con frecuencia de las casas mismas de oracion escándalos abominables que inundasen toda la tierra?

Temblad y estremeceos, sacerdotes de la nueva alianza. Dios ha puesto á los hombres sobre nuestras cabezas, como David se explica; es decir, nos

ha encargado los intereses de su salud eterna; ¿nos será lícito estar en el santuario como una nube sin agua y tenebrosa, que no solo nada influya, sino que impida tambien el rocío del cielo? Dios, repito, ha puesto á los hombres sobre nuestras cabezas; esto es, nos ha constituido consoladores, defensores, custodios de su fe y promotores de su santidad; ¿nos será lícito estar en el campo del Señor como árboles secos y sin raíces, que ocupando la tierra inútilmente, impidamos con nuestra sombra el aumento de las demás plantas? Dios ha puesto á los hombres sobre nuestras cabezas; quiero decir, nos ha destinado á llorar entre el vestíbulo y el altar, como se explica un profeta, las calamidades y pecados del pueblo; ¿nos será lícito pasar nuestros días en placeres y en el tumulto del siglo, ú ocupar las respetables sillas del santuario como animales mudos y sin voz, privando al pueblo de aquellas gracias que el Señor habia

aplicado á nuestros gemidos? Dios ha puesto á los hombres sobre nuestras cabezas; es decir, nos ha constituido maestros para dirigirlos por las sendas seguras de su justificacion; ¿nos será lícito vivir en ociosidad viendo perecer de hambre á nuestros hermanos por falta de quien les reparta el pan de la doctrina? Dios ha puesto á los hombres sobre nuestras cabezas; esto es, nos ha destinado para que clamemos sin cesar oportuna é importunamente contra los desórdenes de los pueblos; para argüir y corregir con toda paciencia y fortaleza las transgresiones de la ley; para celar en fin el honor y la gloria de nuestro Criador, como dispensadores de sus misterios; ¿nos será lícito aumentar con nuestro mal exemplo los males y escándalos que afligen á la iglesia, esta esposa de Jesucristo, fiada por él mismo á nuestra direccion y custodia? ¿No seriamos en esta lamentable hipótesi reos no solamente de nuestros propios crímenes, sino tam-



bien de la corrupcion y ruina de nuestros hermanos, de cuya salvacion somos los encargados?

II. Pero no limitemos nuestro discurso al ministerio de encargado de los intereses del pueblo cristiano que exerce el sacerdote sobre la tierra, y daños que resultan de tratar con infidelidad este ministerio. Reflexemos sobre la cualidad de reconciliador, anexa al sacerdocio, nada inferior á la primera en dignidad, en obligaciones ni en consecuencias. En efecto, un sacerdote de la ley de gracia sacrifica de nuevo sobre el altar la única y augusta oblacion del Cuerpo y Sangre de Jesucristo á beneficio de su iglesia; sacrificio adorable que la fortalece y defiende de los insultos de sus enemigos, sirviéndole de escudo inexpugnable, y como un gage de la vida eterna.

¡Ó venerable dignidad de los sacerdotes, como S. Agustin se explica, en cuyas manos encarná el Hijo de Dios,

como en el seno de la Virgen! ¡Ó sagrado y celestial misterio el que obra por medio de vosotros el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo! En un mismo instante el Dios que preside en los cielos está entre vuestras manos en el Sacramento del altar. ¡Ó venerable santidad de manos! ¡ó feliz ejercicio! ¡ó verdadero gozo del mundo!.... Comuníquese al hombre lo que no se ha concedido á los ángeles; porque el sacerdote es ministro de este inefable misterio, al cual asisten los ángeles como siervos. Admírense los cielos y la tierra de tan insigne privilegio, vénelelo el hombre, asómbrese el infierno, estremézcase el diablo. Si el alma de cualquier justo, añade este padre, es la silla de Dios; ¿con cuánta mayor razón vosotros, ¡ó sacerdotes! sois el trono y el templo de Dios immaculado? Vosotros sois los ministros de las gracias que el Señor comunica al cuerpo de su iglesia; los que ofrecéis la víctima sin mancha, de donde

dimanan todos los dones; los que como Abél haceis el oficio de atraer las miras agradables á Dios sobre la ofrenda. ¿Qué mas? ¿A quién debió la iglesia la conversion del gran Constantino, su protector y amplificador? A la celebracion de los santos misterios y á la santidad de sus ministros. ¿A quién debió esta esposa de Jesucristo se convirtiesen mas de una vez en mansos corderos los lobos mas devoradores y sanguinarios; esto es, sus mas crueles perseguidores é implacables enemigos? Al sacrificio de nuestros altares y excelente mérito de los sacerdotes. ¿A quién debió esta Jerusalén mística, esta gloriosa Sion la extension de su dominio, la fortaleza de sus muros, el valor de sus combatientes? A la inmolacion de aquel augusto sacrificio, de quien son los sacerdotes dispensadores y ministros. ¿No podré yo concluir de aqui su cualidad de reconciliadores del cielo con la tierra? ¿No podré llamarles dioses

sobre la tierra, por la potestad que el Señor les ha dado de perdonar los pecados?

¿Qué de bienes, señores, no comunica Dios á los pueblos por medio de un fiel reconciliador de su nueva alianza! Los que juzgan, dice un sabio, por los principios de la prudencia humana, atribuyen á la sabiduría de los príncipes y á la profunda política de sus ministros el remedio de las calamidades públicas ó las ventajas de un estado. Mas si pudiésemos registrar los sucesos de su casa superior y secreta, la hallariamos sobre nuestros altares, entre las manos de un sacerdote fiel, de un ministro tal vez obscurecido, que oculto á los ojos de los mortales, decide mas de los acontecimientos públicos, que estos pretendidos héroes colocados á la frente de los negocios, y que se lisonjean tener en su mano la suerte de los pueblos y de los imperios.... ¡Ministerio verdaderamente sublime! por el cual no



solo ofrecemos á Dios la hostia de la propiciacion, sino que somos cooperadores de Jesucristo en la salud de las almas por medio de la administracion de los sacramentos; por la predicacion de su divina palabra y por las demas funciones que miran al bien de nuestros hermanos.

¡Qué de gracias, qué de beneficios, qué dones tan singulares no es capaz de atraer sobre su pueblo un sacerdote que desempeña fielmente su ministerio de cooperador de Jesucristo á la reconciliacion del género humano! Díganlo aquellos pueblos felices, conducidos en otro tiempo por los Nacianenos, Crisóstomos, Agustinos, Ferreres, Borroméos y Xavieres. Su celo y su santidad imponian silencio á los silbos de la venenosa serpiente; y el Espíritu de Dios que abrasaba sus almas se difundia como un torrente impetuoso sobre el corazon de sus oyentes, convirtiendo á veces en hijos de Abraham las piedras mas insensibles.

bles. ¡Ministerio incomparable! que exerciéndose sobre la tierra, como un padre se explica, entra en el grado de las cosas celestiales; pero que debe ser tratado, segun el mismo padre, con tanta fidelidad y pureza como si estuviésemos en el cielo entre las potestades espirituales. De otra suerte, en vez de coadjutores de Dios para la salud del hombre, como el apóstol nos llama, serémos instrumento fatal de su ruina.

Sacerdotes de Dios altísimo: el que tenga oídos para oír oiga una verdad que intiman las mismas escrituras, y que la triste experiencia de todos los siglos nos ha acreditado. Habla el Señor por su profeta contra los pastores que han destruido su rebaño; esto es, los que por negligencia no le han apacentado; los que le han dexado errante por el desierto; los que no le han distribuido el pan de la doctrina; los que por su mal exemplo le han separado del pasto espiritual; los que vis-

ten la lana de su grey y se alimentan de su leche, sin solicitarle el sustento ni curar sus enfermedades. Contra todos estos pronuncia un juramento irrevocable, que vendrá sobre ellos algún día á requerir la sangre de su rebaño de entre sus manos fratricidas. ¡Ay de vosotros, pastores infieles de Israel! ¿qué responderéis á vuestro Dios cuando os veais en su presencia como otros tantos Caínés, manchadas vuestras manos con la sangre de vuestros hermanos? ¿qué confusión la vuestra delante de un Juez inexorable, que habiéndoos elevado á la altísima dignidad de reconciliadores de su pueblo, os halla haber degenerado en ministros de su ruina!

¿Pondero yo, señores? Oxalá fuese en esta parte un falso profeta. ¿De dónde, os ruego con S. Cipriano, tuvieron origen los cismas y divisiones que afligieron á la iglesia de Dios por tanto tiempo? De los malos sacerdotes. ¿De dónde estas tinieblas que han

llenado muchas veces de horror y confusión al mundo? De los malos sacerdotes. ¿De dónde las calamidades públicas que infestaron por tanto tiempo al Africa? De los malos sacerdotes. Por estos, dice el Nacianceno hablando de los arrianos, por estos tienen mal éxito nuestros negocios, y el mundo entero se abrasa en guerras y disensiones. ¿De dónde en fin la separacion de tantos reinos y provincias de la unidad de la fe y verdadera religion? Del furor de Lutero, de Calvino y otros malos sacerdotes sus ministros. ¿No fueron ellos y son aún la causa de la ruina de tantas almas desgraciadas?

Estremeceos, ministros del Altísimo, á quienes Dios ha confiado su rebaño. De nosotros como de instrumentos depende la salud de los pueblos, como se explica S. Carlos Borromeo: cuidad de vuestro pecado, no envuelva en sí á los que debéis salvar por oficio, segun la expresion de san



Bernardo. Somos el espectáculo de Dios, de los ángeles y de los hombres: somos la luz que Jesucristo dexó en el mundo; somos la sal de la tierra; nuestras obras deben sazonar las de nuestros hermanos, y preservarlas de la corrupcion del siglo. Si esta luz se convierte en tinieblas, ¿qué será de las tinieblas mismas? Si esta sal se infatúa, ¿cuál será el condimento y preservativo de los pueblos? Si el doctor yerra, ¿qué otro doctor le corregirá segun los oráculos de Jesucristo? Velad pues incesantemente sobre el desempeño de un ministerio mas elevado que los cielos, para no atraer la ruina sobre aquellos pueblos, cuyos verdaderos intereses estan á vuestro cargo, y á quienes por oficio debéis reconciliar con el Señor.

Vosotros, señores, á quienes he anunciado la sublime dignidad del sacerdocio, sus estrechas obligaciones y el terrible cargo que les espera, no

roqueis ni aun con el pensamiento á los ungidos del Señor, á quienes debéis venerar como á las niñas de sus ojos; no desacrediteis á estos dioses de la tierra, segun la expresion y mandato de Moysés; cubrid sus faltas, como Dios os intima, para no incurrir en la maldicion de Cam; no imiteis sus obras, mas venerad su carácter, y respetadlos como á padres. Aun quando sean díscolos, son ministros de Dios; dexadle la venganza, si no quereis ser envueltos en un terrible juicio de condenacion. ¡Ay de vosotros si tocáis á los cristos del Señor! ¡ay de nosotros mismos, si elevados á tan sublime dignidad no llenamos fielmente nuestros deberes! ¿Qué será de nosotros si olvidados de nuestro ministerio no hacemos cierta nuestra vocacion por medio de nuestra fidelidad? ¿Qué será, repito, de nosotros, si colocados por Dios en el santuario como pastores de su rebaño, nos convertimos en lobos devoradores? ¿Qué

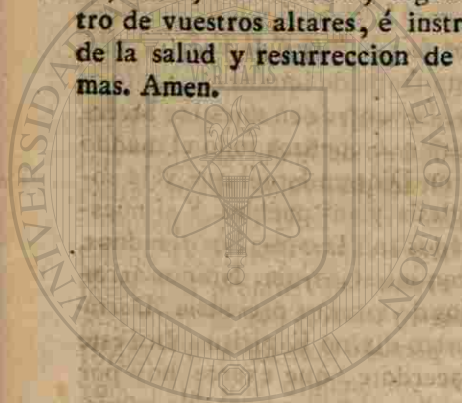
será de nosotros, si en vez de coadjutores de Jesucristo, de encargados por oficio de los intereses de su pueblo, y de cooperadores de su salud eterna, nos convertimos en instrumentos de su ruina por nuestra negligencia ó nuestro mal exemplo? ¿Qué será?... Pero basta. *Non intres in iudicio cum servis tuis, Domine, quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens.*

Suscitad, ¡ó Dios mio! en vuestra iglesia sacerdotes fieles y pastores celosos que promuevan vuestra honra y gloria en la conversion de las almas; formadlos á medida de vuestro corazón, para que dignamente sostengan vuestra causa; comunicadles sabiduría y fortaleza para que puedan disipar esta nube opaca de libertinos, deístas, materialistas y ateístas prácticos, que han osado declararos una cruda guerra, menospreciando vuestros inefables misterios, burlándose de vuestros sacramentos, profanando vuestros ministros, y conspirando por todos medios á la

ruina de vuestro santuario. Levantaos, ¿por qué os dormís, Señor? Levantaos, juzgad ya vuestra causa. Levantaos, y no nos arrojéis para siempre. Levantaos para disipar á vuestros enemigos, y para que huya de vuestra presencia esta tropa de impíos que tanto os aborrece. Levantaos en vuestros sacerdotes, para que conozca todo el mundo que hay un Dios en Israel que vela sobre su iglesia y sus pueblos. Y si nuestros pecados son la causa, castigadnos, Señor, con misericordia. No nos arrojéis vacíos de vuestra presencia. Derramad vuestro divino Espíritu sobre este nuevo sacerdote, que exerce hoy por la primera vez el incomparable ministerio de vuestro coadjutor en orden á la salud de las almas. Abrid á sus clamores el seno de vuestras misericordias sobre las urgentes necesidades que afligen al estado y á la iglesia. Escuchadle cuando os ruegue por sus padres y hermanos. Oidle cuando interceda por sus superiores, maestros, padrinos y



bienhechores. Aceptad, Señor, su sacrificio como un olor de suavidad en vuestra presencia. Hacedle en fin puro, casto, inmaculado, digno ministro de vuestros altares, é instrumento de la salud y resurreccion de las almas. Amen.



EXHORTACION

AD FRATRES

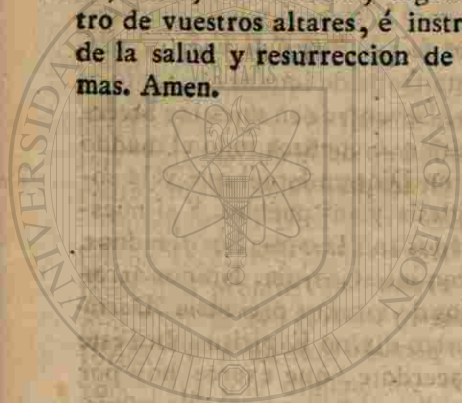
para cerrar la visita del superior hecha en el convento de S. Antonio Abad de Granada año de 1774.

*Fratres, magis satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis: hæc enim facientes non peccabitis aliquando. II. Petr. I. 10.*

A los religiosos legos y coristas.

Carísimos hermanos míos, aunque siempre fue tenida en mas la perfeccion de Moysés cuando oraba sobre el monte, sosteniéndole los brazos Aaron y Hur, que la de Josué que combatia al

bienhechores. Aceptad, Señor, su sacrificio como un olor de suavidad en vuestra presencia. Hacedle en fin puro, casto, inmaculado, digno ministro de vuestros altares, é instrumento de la salud y resurreccion de las almas. Amen.



EXHORTACION

AD FRATRES

para cerrar la visita del superior hecha en el convento de S. Antonio Abad de Granada año de 1774.

*Fratres, magis satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis: hæc enim facientes non peccabitis aliquando. II. Petr. I. 10.*

A los religiosos legos y coristas.

Carísimos hermanos míos, aunque siempre fue tenida en mas la perfeccion de Moysés cuando oraba sobre el monte, sosteniéndole los brazos Aaron y Hur, que la de Josué que combatia al



mismo tiempo contra los enemigos del pueblo de Dios; y aunque el mismo Jesucristo declaró por mas sublime la ocupacion de María postrada á sus sagrados pies, que la sollicitud de Marta en proporcionarle hospedage y sustento corporal; no obstante la iglesia primitiva, digno modelo de la perfeccion cristiana, nos da pruebas nada equívocas del aprecio que hace del ministerio de VV. CC. El Señor, que es la benignidad por naturaleza, que no dexa sin premio un vaso de agua fria dada á sus siervos en su nombre, ni el hospedage hecho á sus profetas, ni la limosna dada al mas mínimo de los hombres, antes sí acepta estos dones como recibidos en sí mismo; ¿cómo no apreciará el ministerio de VV. CC. aunque tan inferior al de los sacerdotes, como el de Marta al de María?

Los apóstoles para administracion de lo temporal eligieron siete diáconos, hombres llenos de santidad, de

sabiduría y de prudencia. S. Pablo y S. Bernabé recogieron limosnas en Antioquía para los fieles de Jerusalem. Creciendo despues el número de los discípulos, y siendo mucha la mies, y pocos los operarios, les dixeron los apóstoles: no es justo que dexemos nosotros la palabra de Dios, y que sirvamos á la mesa; escoged pues de entre vosotros mismos siete varones de buena reputacion, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, á los cuales encargaremos esta ocupacion mientras nosotros nos aplicamos enteramente á la oracion y administracion de la palabra. Empleo recomendable, que obtuvo en Jerusalem el proto-mártir de la iglesia Estéban, y S. Lorenzo posteriormente en Roma.

No de otra suerte en las sagradas religiones fundadas sobre el modelo de la antigua disciplina y perfeccion evangélica, se dividen los ejercicios de la vida activa y contemplativa, para que mientras los sacerdotes se

emplean en la oracion, en el culto de Dios y en solicitar la salud espiritual de los próximos por medio del estudio, del púlpito y del confesonario, los hermanos no sacerdotes, principalmente los legos, trabajen loable y exáctamente en los ministerios humildes de lo temporal, como en la cocina, por exemplo, en el refectorio, en la limpieza y aseo de la casa, en el toque de campanas, como asimismo en la recoleccion de frutos, ya provengan de labores, ya de limosnas y demandas, para representar cabalmente entre unos y otros el ministerio de Marta y de María; es decir, la vida activa y contemplativa, sin confusion, molestia ni desórden. Por este medio los hermanos mismos de la vida activa concurren, cuanto es de su parte, á los ejercicios de la contemplativa. Como Saulo guardando la ropa de los que apedreaban á S. Esteban, estaba en las manos de todos, segun la reflexion de S. Agustin; asi

tambien los hermanos que recogen limosna, que sirven y procuran la subsistencia de los religiosos del coro, que meditan, enseñan y sacrifican, cooperan en cierto modo á los mismos sagrados ministerios.

¡Qué de santos no han florecido en este género de vida en nuestra sagrada religion! S. Diego de Alcalá, S. Pascual Bailon, S. Serafin de Montegranario, S. Felix de Cantalicio, san Benito de Palermo, omitiendo por ahora otros innumerables, á pesar de su inferior estado de legos, fueron vivos exemplos de perfeccion, y algunos de ellos maestros de novicios, y aun prelados celosísimos; ni son inferiores en mérito á los mayores santos de la órden y de la iglesia. Estos son aquellos párvulos del evangelio, á quienes Jesucristo reveló sus secretos, ocultos á los sabios y prudentes del siglo. Estos son los pequeñuelos humildes, que dixo ser los mayores en el reino de los cielos. Con estos



tiene su mas gustoso trato; á estos honra y distingue aquel Dios, que siendo Sabiduría eterna y suprema Magistad, vino á enseñar á los mortales, no acciones ruidosas, magníficas y admirables, no á criar mundos, gobernar imperios, obrar maravillas ostentosas, sino á ser humildes y mansos de corazón. La humildad y la sencillez son el imán y las delicias del Soberano de la gloria.

Tal es, carísimos hermanos, la doctrina, tales los exemplos que debéis seguir en vuestras operaciones. El supremo Señor de cielos y tierra no vino á ser servido, sino á servir. Por eso quiso que los preladados se llamasen no rara vez ministros; es decir, *siervos*, no amos ni señores. Aun el mismo soberano pontífice, vicario de Jesucristo en la tierra, no se desdén del tratamiento de *siervo de los siervos de Dios*, poniéndolo entre sus mas honorosos títulos. ¿Qué mas? Los ángeles que asisten al trono del Altísimo, ¿no

son siervos suyos, y tambien ministros y siervos de los hombres, como lo fue S. Rafael del jóven Tobías? ¿Por qué pues tendreis en poco vuestro estado humilde? ¿ó quién se atreverá á despreciar un ministerio que la iglesia ha honrado, que han exercitado grandes santos, y aun sublimes inteligencias, y lo que es mas, segun la reflexion de S. Bernardo, el mismo Hijo de Dios hecho Hombre? *Humiliavit semetipsum.... formam servi accipiens.... Non veni ministrari, sed ministrare.*

La misma observacion deben hacer los hermanos novicios y coristas para no extrañar los ministerios humildes en que á veces se ocupan; antes bien deben mirarlos como empleos muy propios de la sociedad religiosa. Este es el yugo suave que puso Jesucristo sobre nuestros hombros. La caridad tan recomendada en el mismo tratamiento que les da la religion es la que suaviza esta carga, y la que hace ligero el peso de tanto

trabajo. No hay que desdenarse, hermanos míos, de un tratamiento tan honorífico; porque la caridad es la reyna de las virtudes, el valor de los méritos, la marca de la ley de gracia y de los predestinados. Lo que es mas, el mismo Dios es Caridad, y se distingue con este título, segun el apóstol S. Juan. La caridad pues, la humildad y la mansedumbre forman el yugo suave de Jesucristo, y hacen la divisa de nuestros hermanos muy amados, tanto legos como coristas.

*Bonum est homini si tulerit jugum ab adolescentia sua*, dice el profeta. Desde la primera edad debemos acostumbarnos á este yugo, llevándolo con gusto y resignacion, para que no nos parezca duro ni molesto. El yugo de la religion, llevado desde luego con obediencia humilde, con alegría de espíritu, con amor y caridad, es suave, es apacible, es deleitable, y hace cierta y perfecta nuestra voca-

cion, con edificacion de los pueblos y considerables ventajas del santuario.

¡Cuán malo es y pernicioso por el contrario rehusar este yugo ó sacudirle, como novillos indómitos ó fieras silvestres, impacientes de correccion y disciplina! De aqui proviene, hermanos míos, la ruina del estado religioso. Jóvenes sin modestia, sin humildad, sin sufrimiento, sin respeto á los mayores, sin subordinacion á los prelados ni á los oficiales, ¿cómo serán en lo sucesivo buenos religiosos, verdaderos obedientes, súbditos exemplares? La educacion de los jóvenes es el primer cimiento no solo de la vida religiosa, sino tambien de toda sociedad y república bien ordenada. Las costumbres de la primera edad duran hasta la vejez, segun el oráculo del Espíritu Santo. Si la experiencia dicta que tal vez un jóven bien educado, por la inconstancia del corazon humano y por los malos exemplos degenera en la edad posterior, ¿qué será



de aquellos que estan pervertidos desde su infancia? Si el edificio flaquea desde el cimiento, ¿cómo será permanente? Si el árbol está infecto desde su raíz, ¿cómo producirá frutos saludables?

Deben, es verdad, aplicarse tambien al estudio. Un siervo de talento debe hacerle producir; sería criminal tenerle ocioso con pereza; ni le serviría de excusa esconderlo con afectada humildad. No crió Dios la luz para que estuviese oculta, sino para colocarla sobre el candelero, y que iluminase á los de su santa casa. La vida sin doctrina, dice S. Isidoro, hace al hombre inútil. Es menester la ciencia para solicitar en adelante con aprovechamiento la salud de los próximos. Sería tentar á Dios temerariamente no procurar adquirirla, y esperarla infusa á beneficio de la sociedad.

Pero ¿de qué os serviría, hermanos míos, la ciencia que infla, sin la caridad que edifica? Sería un vano

ropél, un sonido inútil, una sabiduría detestable. Luzbel y sus secuaces, perdida la caridad, la humildad, la obediencia, la sujecion al Criador, á pesar de todas sus luces, no son mas que espíritus rebeldes y abominables criaturas, reservadas á las cadenas y miseria eterna en medio de espesísimas tinieblas. Adán asimismo, desobedeciendo al Superior con espíritu de soberbia y con afectacion de saber mucho, vino á ser comparable á los jumentos mas estólidos, esclavo del demonio y enemigo de Dios con toda su posteridad. ¿No os parece suficiente desengaño de lo que es la ciencia sin subordinacion, sin obediencia, sin caridad, sin modestia y sin humildad? No os dexeis pues deslumbrar de vanas sugestiones y de exemplos malignos. Obedeced á vuestros superiores; estadles rendidos y sumisos, segun el precepto del apóstol, no solo por temor del castigo, sino por principios de conciencia. Aprended á ser

humildes y mansos de corazon, á tener amor á Dios y al próximo, y á llevar este yugo desde vuestra adolescencia: yugo verdaderamente ligero y suave, que solo es pesado, duro é intolerable para los soberbios, que se han propuesto sacudir todo yugo, y que han dicho en su interior con resolucion diabólica: *non serviam.*

Ni os debeis contentar, hermanos míos, con ser rendidos y obedientes á los preladados, oficiales y maestros, sino que tambien debeis respetar á los mayores, y tener suma reverencia á todos los sacerdotes, á imitacion de N. S. P. S. Francisco, de quien escribe S. Buenaventura que solia decir: si encontrára en el camino á un pobre sacerdote y á un ángel del cielo, ó á cualquiera otro santo que no fuera sacerdote, aunque fuese á S. Juan Bautista, primero hincaria la rodilla al sacerdote, le besaria la mano, y le haria mas reverencia que al santo ni al ángel. Imitad, os ruego, tan

celestial exemplo y doctrina: *et non peccabitis aliquando.*

### EXHORTACION á la comunidad.

**T**res principales obligaciones hallo en VV. PP. RR., correspondientes á otros tantos títulos que los distinguen. Tales son el de cristianos, el de religiosos y el de sacerdotes, que debemos representar irreprehensibles toda nuestra vida para edificacion de nuestros hermanos. Pero no nos detengamos en exórdios. El asunto es fecundo y de suma importancia. Entremos desde luego en la materia, individuando lo que corresponde á cada uno de los tres títulos.

La primera obligacion que tenemos es la de cristianos, y toda la ley se reduce á la caridad: *plenitudo legis est dilectio.* Este es el carácter que



distingue á la ley de gracia de la escrita y natural. Admirábase un sabio escritor de nuestro siglo de que todo el celo y vehemencia de los prelados en los capítulos y exhortaciones recayese siempre sobre la observancia exterior, y nunca ó rara vez sobre la caridad, que es el fondo de la vida cristiana. Los judíos se mostraban muy celosos de las ceremonias y culto externo; pero como no habia en ellos caridad, dice S. Juan Crisóstomo, sino envidia é infracciones del primero y gran precepto del decálogo, tenían siempre á Dios en la boca, *templum Domini, templum Domini*, le honraban con sus labios, procuraban el culto exterior; pero su corazón iba muy distante de sus palabras, porque ni tenían caridad, ni amor á Dios ni al próximo.

Por esto nos dice Jesucristo, que si nuestra justicia no se aventaja á la de los escribas y fariseos, no entraremos en el reino de los cielos. ¿Y

qué justicia era la de aquellos? La vana observancia de las ceremonias, el celo de las falsas tradiciones, con olvido de la ley de Dios, solicitar los honores y preeminencias, las cátedras y aplausos de los pueblos, hacer delito capital si los apóstoles se lavan ó no cuando comen, si Jesucristo cura en sábado, si comunica á los pecadores, si recibe obsequio de los publicanos; en una palabra, la justicia farisáica consistia en calumniar la inocencia con pretexto de celar la religion.

Por el contrario la justicia cristiana se reduce toda al amor de Dios y del próximo. Dar culto al Señor en espíritu y verdad; no hacer al próximo lo que nadie quisiera se hiciese consigo mismo; amar hasta los enemigos, y hacerlos bien; orar por los que nos persiguen y calumnian, hé aqui los caracteres de la justicia cristiana: *hac mando vobis ut diligatis invicem*. Esta es la doctrina que Jesucristo nos dexó

como en testamento, y la que nos recomendó especialmente su discípulo amado, reduciendo todos sus preceptos á estas dos palabras: *amaos unos á otros*; porque como dixo S. Agustin, no puede tener concordia con Cristo el que tenga discordia con el cristiano. El fruto de esta caridad es la paz, la sinceridad, la humildad interior, no puramente externa, afectada é hipócrita, con soberbia farisáica y luciferina, ó con piel de oveja é interior de lobo.

¡Bella religion, dice un venerable, la de los escribas y fariseos! Para celebrar con mas solemnidad la víspera del sábado, rogaron á Pilatos se quebrasen las piernas á los crucificados. Tormento inhumano y gravísimo. Tal es la religion de los hipócritas. Creen hacer obsequio á Dios con las mayores injurias del próximo. Los mismos ju-díos no quisieron entrar en el pretorio por no mancharse. Gran pureza la de estos escrupulosos, al tiempo mis-

mo que tenian ensangrentadas sus manos con la del Cordero de Dios. Le acusan con falsos testimonios, llamándole blasfemo, endemoniado, infractor de la ley y rebelde al César, y sedicioso; le ofenden con las mas atroces injurias, posponiéndole á Barrabás; le insultan inhumana y sacrílegamente, negando su divinidad; y al mismo tiempo hacen escrúpulo de una ceremonia legal.

No de otra suerte los falsos cristianos suelen ser cuidadosos de algunas pequeñas observancias, sin hacer escrúpulo de quebrantar los mas graves preceptos. Habia cegado á los fariseos su malicia; y los falsos cristianos son ciegos como aquellos; y guias de otros ciegos, no ven como ellos las vigas y camellos en sus propios ojos, y abultan en los del próximo los mas pequeños átomos. Habian aquellos trastornado todas las ideas, y estos llaman bien al mal, y mal al bien, dando nombres ignomi-



niosos á las virtudes, y títulos honoríficos á los vicios; de donde resulta, que los simples, los superficiales, los mal afectos, atendiendo mas al nombre que al fondo de las cosas, vienen á detestar la virtud y canonizar el vicio.

No os dexéis pues deslumbrar, hermanos míos, de este celo farisáico, de este fermento de maldad. Por los frutos podeis conocer cuál es la hipocresía farisáica, y cuál la sinceridad cristiana. El fruto del verdadero espíritu es la caridad, la benignidad, la paz y las demas virtudes que numera el apóstol; y para que distingamos esta caridad de la hipocresía y falso celo, le describe con los siguientes caractéres. La caridad, nos dice, es paciente, es benigna, no tiene emulacion, no obra en vano, no se infla, no es ambiciosa, no se irrita, no piensa lo malo, no se alegra de la iniquidad, se regocija de la verdad, todo lo padece, todo lo cree,

todo lo espera, todo lo sufre. ¡Ah! no nos engañemos, hermanos míos, Dios no será burlado. No aprendamos por luz las que son tinieblas. Aprendamos á ser buenos cristianos, humildes y caritativos, para corresponder á nuestra vocacion de perfectos religiosos.

No hay religion donde falta el amor y caridad. Si alguno juzga que es religioso, dice Santiago, sin refrenar su lengua, la religion de éste es vana. ¿De qué sirven las oraciones y ayunos, si nuestras bocas y gargantas son sepulcros del próximo, dice san Juan Crisóstomo? Guardaos, decia el apóstol á los gálatas, de morderos unos á otros, no sea que mutuamente os consumais. Pero gracias á Dios, hablo á un cuerpo de notoria religiosidad y de mucha edificacion para el pueblo; á un cuerpo, repito, donde la mayor parte de sus individuos son exemplares, proceden con honor y modestia religiosa, son fieles depósi-

tarios y executores de sus sanas máximas de la moral cristiana; sostienen con su exemplo y doctrina el edificio de la religion, á pesar de los esfuerzos de algunos discolos, que conspiran segun parece á su ruina.

La vida religiosa es un estado de perfeccion, y el vínculo de ésta es la caridad, como dice S. Pablo. Sobre este fundamento estriba todo el edificio de la religion, que substancialmente consiste en la observancia de los tres votos. El de obediencia, por el cual renunciando el religioso su propia voluntad, se conforma humildemente con la del superior. Esta obediencia no ha de ser puramente externa, sino interior, de la voluntad y del alma, en todo lo que no sea contrario á la ley de Dios ni á la regla. No ha de tener los voluntarios límites que le prescriba el amor propio, el apetito desordenado, el juicio apasionado de los súbditos ignorantes, rebeldes ó presuntuosos. No ha de tener por norma las

opiniones laxás del probabilismo, ni de los casuistas relajados. Las santas escrituras, los sagrados cánones, las definiciones de los concilios, las constituciones apostólicas, las reglas y exemplo de los fundadores y patriarcas, la doctrina de los santos padres y varones ascéticos, hé aquí las guías y modelos de la obediencia religiosa; estos son los límites que pusieron nuestros mayores, los cuales no es lícito traspasar. Todo aquello que no se opone á la ley de Dios y á la regla es materia necesaria de la obediencia religiosa. En lo dudoso debe prevalecer el dictámen del prelado, porque es justo que el súbdito, el enfermo, el reo se conformen con la cabeza, con el juez y con el médico.

Seria nunca acabar si quisiese insertar aquí las autoridades de los padres y patriarcas de las religiones que hablan á favor de la obediencia. Extractaré algunas brevemente. Conviene, dice S. Gerónimo, obedecer á



los mayores y ser sumisos á los pre-  
lados para no errar por presuncion.  
S. Bernardo se quejaba en su tiempo  
de que la relaxacion de algunos súbditos  
habia llegado al extremo de ser  
menester que el superior se conformase  
con ellos. Omito lo que sobre el asunto  
nos dixeron S. Basilio, S. Benito, san  
Buenaventura y otros varones espiri-  
tuales, que conspiran uniformes á que  
no es la propia voluntad del súbdito la  
norma de sus operaciones, en atención  
á haberse negado á sí mismo cuando  
profesó. Y este es el sacrificio mas agra-  
dable que podemos ofrecer á Dios, se-  
gun aquella sentencia de Samuél, que  
afirma ser mejor la obediencia que la  
víctima. Por ignorar esto Saúl perdió  
el reino y cayó en tantas miserias.  
Cuánta sea la dignidad de la obediencia  
se conoce, dice un venerable escri-  
tor, en que Dios puso en ella toda la  
suma de nuestra felicidad cuando  
mandó á nuestros primeros padres no  
comiesen la fruta de cierto árbol. Ella

por sí parecia inocente; pero una vez  
prohibida por la obediencia, se hizo  
sumamente perjudicial. En la desobe-  
diencia pues consistió la perdicion del  
hombre, y en la obediencia su repara-  
cion, segun el apóstol.

Tanto quiso Dios honrar la autori-  
dad de los superiores, que al mandato  
de Josué suspendió milagrosamente las  
leyes de la naturaleza: detuvo el sol  
y la luna; y no solo obedeció lo in-  
sensible y lo mas sublime del cielo,  
sino que la sagrada escritura dice  
con hipérbole, que el mismo Dios  
obedeció á la voz de un hombre. ¿Qué  
mucho pues diga el Señor: el que os  
oye me oye, el que os desprecia me  
desprecia? ¿Qué mucho mirase Dios  
como injurias propias las desobediencias  
contra Moisés y Samuél? La au-  
toridad del Señor resplandece en la  
voz del prelado, como en un intér-  
prete de su divina voluntad. Él es el  
ángel de quien dice Malaquías: ob-  
sérvalo y oye su voz. En una pala-

bra, es imagen de Dios, y el que no le escucha ó le desprecia es reo de desobediencia y menosprecio del Señor.

Ni basta alegar por pretexto que el superior es discolo, pues S. Pedro y S. Pablo mandan que se les obedezca no obstante. Porque como en la moneda pública basta el sello del príncipe para que se respete su valor, sin embargo de la diferencia de metales; del mismo modo, aunque no sean iguales los méritos de los prelados, su autoridad siempre es la misma: y así lo tiene definido la iglesia en el concilio de Constanza contra los errores de Wiclef y de Juan Hus.

Pero no limitemos nuestra exhortación á la observancia del voto de obediencia: digamos siquiera dos palabras de la castidad y pobreza. La castidad no solo nos obliga por el precepto del decálogo, sino también por el voto anexo al orden sacro y á la profesion religiosa. Tan estrechos

vínculos nos ligan á esta preciosa virtud. Dios quería fuesen muy puros los sacerdotes de la ley antigua y los que habian de usar los panes de la proposición. Para guardar el maná quiso el Señor se hiciese un vaso nuevo de oro purísimo y un arca de madera incorruptible. Finalmente manda en el levítico, que el que estando inmundo se acercase á las cosas santificadas perezca delante del Señor.

Si esto sucedia en la ley antigua, sombra solo y figura de la ley de gracia, ¿con cuánta mayor razon ahora que tocamos diariamente con nuestras manos el verdadero Maná, el legítimo Cordero, el Pan de los ángeles en el Sacramento de nuestros altares? Si todos los fieles como templos vivos de Dios y miembros de Jesucristo segun el apóstol, deben ser puros, ¿cuánto más los que por tantos títulos y con vínculos tan estrechos de sacerdotes y religiosos estamos tan particularmente obligados á la castidad? Porque



un levita llamado Oza tuvo el atrevimiento de extender su mano para sostener el arca del testamento fue castigado de muerte. ¿Qué ofensa de Dios no sería tratar su Cuerpo sacratísimo con manos sacrílegas, torpes y deshonestas?

Pero no perdamos de vista el voto de la pobreza, tan esencial á un religioso, y tan recomendable por nuestro padre seráfico. El que no renunciáre de todo lo que posee, no puede ser mi discípulo, dice Jesucristo. Esta renuncia, que en cuanto al espíritu comprehende á todo fiel cristiano que desea salvarse, es característica del religioso, el cual por un voto solemne de los que constituyen religion, renuncia no solo espiritual, sino real y efectivamente de todos sus derechos en manos de su prelado; y si alguna cosa ha de usar, debe ser al arbitrio de éste: todo á fin de ocuparse únicamente en el servicio de Dios y ministerio de las almas. Es-

te es el medio que inspira la Providencia á sus siervos, para que sin tener nada lo posean todo, segun la expresion de la escritura. Jesucristo llama bienaventurados á los pobres de espíritu; pobreza que obra dos milagros en el mundo: el primero consiste en hacer ricos á los pobres, y el segundo en hacer pobres á los ricos. Este espíritu empobrece á los ricos cuando permitiéndoles poseer sus bienes, hace que se desprendan de ellos en su corazon; y enriquece á los pobres, cuando habiendo estos renunciado de todos sus bienes, les descubre el secreto de hallar todas sus ventajas en esta renuncia. Así nos lo enseña Salomon en los proverbios. Hemos visto estos milagros en los siglos pasados, y Dios por su bondad se digna continuarlos en el nuestro. Vimos en la ley antigua pobres en la abundancia. Tales eran entre otros Abraham, Job y Josef; y en la ley nueva hemos visto hombres extraordinarios, que habiendo renunciado de todo, eran ri-

cos no obstante. Tales eran los Paulos, los Antonios, los Hilariones, los Franciscos. El primero de estos milagros comprehende como obligacion indispensable á los ricos del siglo; y el segundo es una recompensa infalible de la pobreza religiosa y evangélica. *Tanquam nihil habentes, et omnia possidentes.* Mas vale lo poco al justo, dice David, que las muchas riquezas á los pecadores. Los ricos padecieron necesidad, y tuvieron hambre, dice en otro lugar, mas ningun otro bien faltará á los que buscan al Señor. Es fiel en sus palabras; y si buscamos su reino y su justicia, todo lo demas corre por su cuenta. Considerad, nos dice, á las aves del cielo, y lirios de los campos, no siembran, no encierran en sus troxes, y vuestro Padre celestial las nutre: no trabajan, no hilan, y Salomon en toda su gloria no se vistió jamas como ellos.

Amad pues, hermanos míos, á la santa pobreza, que tantas y tan sólidas ventajas trae al religioso. Nuestro

seráfico padre la miró siempre como patrimonio suyo, y nos la dexó por herencia. Llamábala frecuentemente mi señora, y la recomendaba de ordinario á sus hijos. Guardaos de robar como Raquel los ídolos de Laban, atribuyéndoos alguna propiedad de los bienes temporales que el mundo adora. Guardaos de ocultar como Achan el anatema de Jericó, aplicando á vuestro uso algo de la comunidad. Guardaos de mentir al Espíritu Santo como Ananías y Safira, para no incurrir en su desgracia. Nosotros luchamos continuamente con nuestro adversario, que está desnudo; es necesario pues desnudarnos de todo lo terreno para poderle resistir. Pongamos en fin toda nuestra confianza en Dios, para poseer el tesoro indefectible del cielo; porque ¿qué podrán aprovecharnos todas las riquezas del mundo, si nuestra alma padece detrimento violando efectiva ó afectivamente el voto de la pobreza?



Pero aun nada hemos dicho de nuestra tercera obligacion, anexa al augusto carácter del sacerdocio. Aqui debia empezar mi exhortacion, y yo me extenderia gustosamente sobre esta materia tan importante; si no temiese cansar vuestra atencion. Baste decir, que siendo el sacerdocio, como se explica san Ignacio mártir, lo mas alto y excelente de todos los bienes que Dios ha puesto en los hombres; excelencia y dignidad tan alta, como dice el Nacianceno, que hasta los ángeles del cielo la veneran y honran, crecen á proporcion las obligaciones que nos impone, conforme á la sentencia de san Gregorio el Magno, y el terrible juicio que nos espera. Dios nos ha colocado en su iglesia como dispensadores de sus misterios, como sacrificadores del Cordero divino á favor de sus hijos, como lámparas inextinguibles, que debemos iluminar su casa con su doctrina y nuestro exemplo, como sal de la tierra para sazonar las cos-

tumbres de nuestros hermanos, y preservarlos de la corrupcion del siglo; como pastores de su rebaño para conducirle, apacentarle y defenderle de los lobos; como médicos para curar sus enfermedades; como doctores para desterrar su ignorancia, y conducirlos por las sendas de la salud; como jueces para reprehenderlos y corregirlos. ¿Qué mas? Nos ha revestido de su autoridad para que los reconciliemos con el Señor de la Magestad, absolviéndolos de sus crímenes; nos ha hecho dioses sobre la tierra, para que representemos la Persona y derechos de su adorable Hijo. Atendamos pues á nuestra dignidad, y no vituperemos nuestro ministerio. Un sacerdote, como se explica S. Dionisio, debe ser un varon divino, excelentísimo y sabio en todo género de ciencia sagrada; debe abundar en doctrina sana, como dice el apóstol, para poder redargüir y rebatir á los que la contradicen. Somos el espejo de los pueblos, de los ánge-

les y de los hombres; evitemos pues toda mancha que pueda ofender sus ojos. Si el doctor yerra, ¿qué otro doctor le enmendará? Si los que han de edificar sirven de escándalo y tropiezo, ¿cuál será nuestra suerte en el tremendo juicio? Si la luz del mundo se convierte en tinieblas, ¿qué será de las tinieblas mismas? Si la sal se infatúa, ¿qué cosa preservará de corrupción? Si los pastores se convierten en lobos, ¿quién defenderá el rebaño? Miremos, repito, nuestra altísima dignidad, y estudiemos el desempeño de sus estrechas obligaciones, como conviene á cristianos, á religiosos, y á sacerdotes. Sea notoria á todos nuestra modestia, nuestra obediencia á las leyes divinas y humanas, nuestra humildad, nuestro amor á Dios, y caridad con nuestros hermanos, nuestro celo por la salud de las almas, nuestra pobreza de espíritu, nuestra pureza, y nuestra solicitud por ganar almas para Dios con obras y palabras. De es-

ta suerte harémos cierta nuestra elección y vocacion, y jamás pecarémos. Amen. DIXE.

O. S. C. S. R. E.

*M. Fr. Sebastian Sanchez  
Sobrino.*



## TABLA

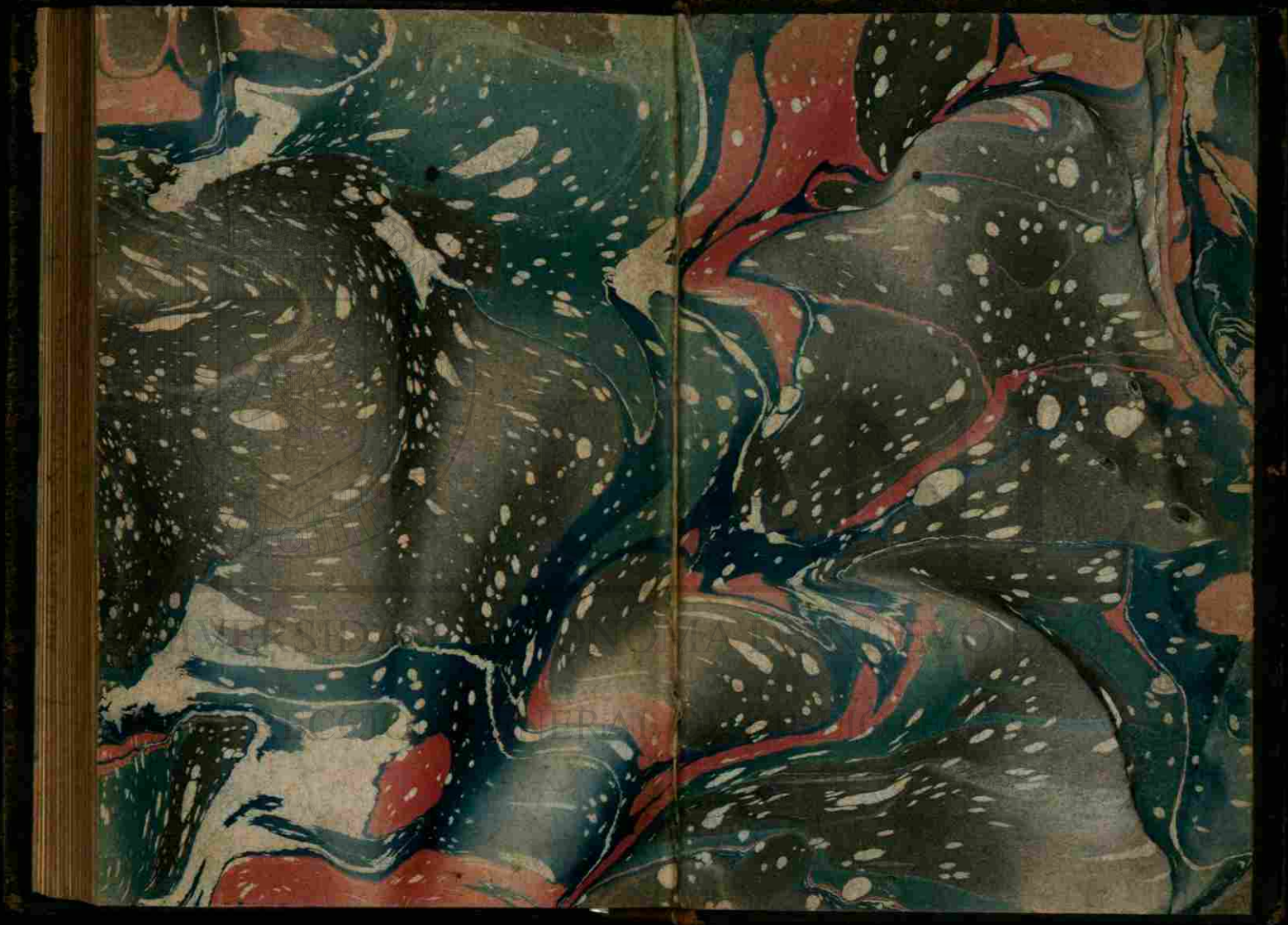
*De los sermones contenidos en  
este tomo cuarto.*

Sermon de S. Matías.	Pág. 5.
Sermon de Via Sacra.	28.
Sermon de nuestra Señora de las Lágrimas.	51.
Sermon de la Natividad de María santísima.	72.
Sermon de N. S. P. S. Francisco en accion de gracias con moti- vo del capítulo provincial.	100.
Sermon del Miércoles de ceniza.	130.
Exhortacion al venerable Orden Tercero en ocasion de capítulo.	153.
Sermon de S. Sebastian.	166.
Sermon de Misa nueva.	189.
Exhortacion <i>ad Fratres</i> para cer- rar un superior la visita.	215.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CAPILLA ALFONSO DE ARAGÓN

Rolle 67 MICROFILMADO 10/1/83

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







BIBLIOTECA DE NUESTRO SEÑOR REY  
BIBLIOTECA DE NUESTRO SEÑOR REY

573